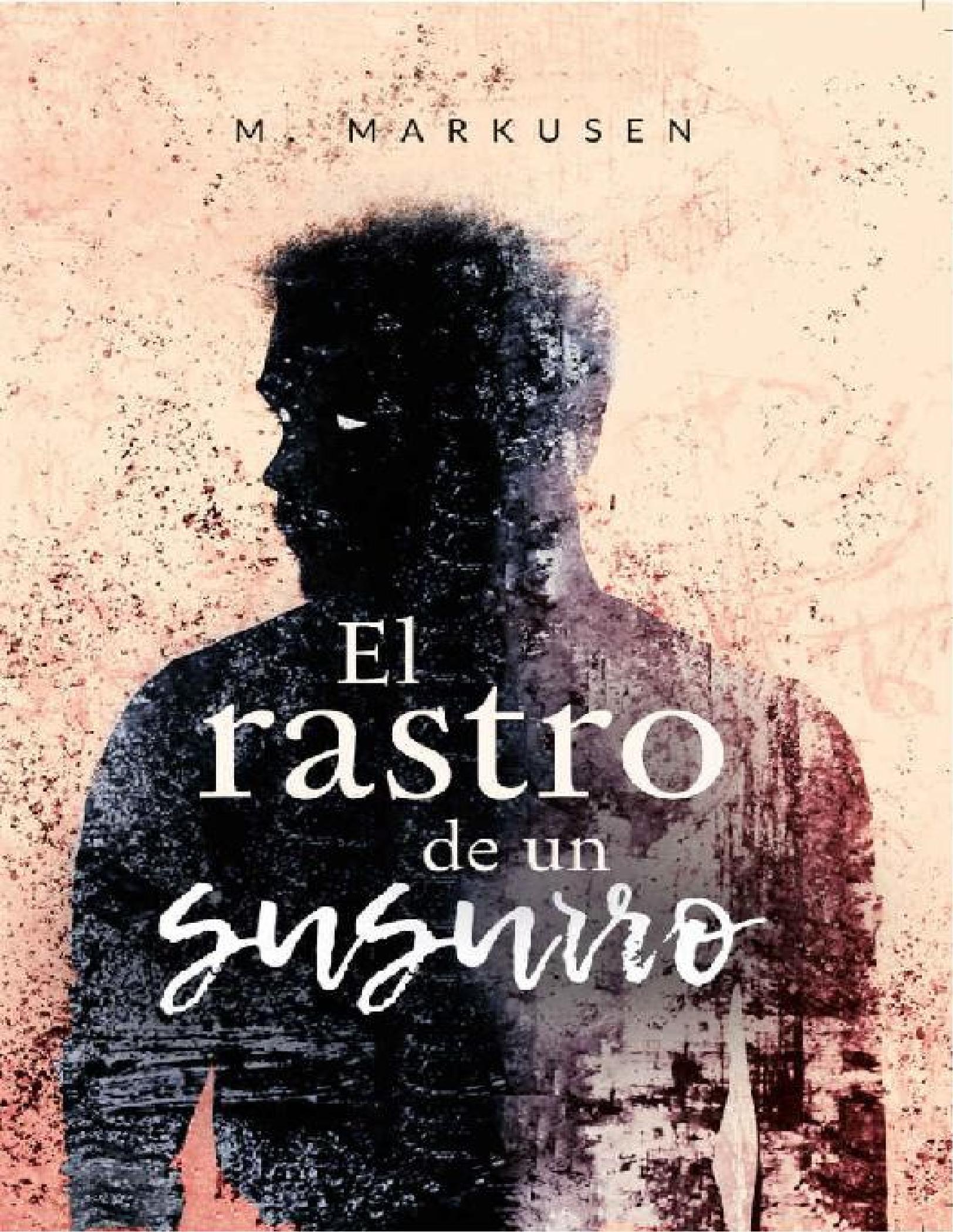


M. MARKUSEN



El  
rastro  
de un  
*susurro*

El rastro de un susurro  
M. Markusen

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del M. Markusen. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© M. Markusen, 2021  
[Instagram @marcmarkusen](#)  
[www.markusen.es](http://www.markusen.es)

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com  
[www.universodeletras.com](http://www.universodeletras.com)

Primera edición 2019  
Segunda edición 2021

Depósito Legal: 1907181478729

*A mi mujer,*

*por revisar mi capricho tantas veces como fuese necesario.*

# El rastro de un susurro

*Asesinos e hijos de la luz 1*

M. Markusen

# Alguien

## *Cercano al final*

Desde las profundidades de un inmenso acantilado espero la venida de mi inevitable destino. El mar infinito se extiende sobre los restos de un ejército de amantes desesperanzados que, a lo largo de los tiempos, han entregado sus almas al dios del abismo como sacrificio. Como ellos, le regalo mi existencia a una inevitable muerte que me observa acariciando su guadaña. Cientos de gotas de lluvia sacian su lujuria sobre mi piel y me refrescan de una forma deliciosa. Me ilusiona pensar que disfruto de un intenso placer entre tanto dolor, pero no puedo estar más equivocado, ya que una tras otra, titánicas olas se esfuerzan por expulsarme de su territorio.

Trago agua, escupo agua.

La tormenta crece y el mar se agita con rabia.

Mi mano izquierda, aferrada a una roca con toda su fuerza, pierde demasiada sangre. La derecha, bajo la espuma del mar retiene a un par de dedos que no me pertenecen y conecta nuestros latidos con ferocidad. Apoyo mi suela sobre la cabeza del propietario de los dedos y hago fuerza para hundirlo en las profundidades. Puedo sentir como se ahoga lentamente. Su sufrimiento se agrava, luchando por sobrevivir, agita mi pierna con ambas manos. Decenas de burbujas escapan de sus pulmones y suben a la superficie. Mi víctima no tiene ninguna posibilidad de escapar. Cuento mentalmente los segundos que han pasado desde el inicio de sus clases de buceo involuntarias.

Noventa y uno, noventa y dos, noventa y tres...

El desgraciado es bueno, pero no es inmortal. Tomo oxígeno profundamente, lo expulso gradualmente y le digo a mis remordimientos que acepten ser los responsables de despojarle de la vida. Puedo explicar mi falta de empatía hacia él; durante días he matado a mi enemigo de terribles y grotescas formas entre la soledad de mis pensamientos. ¿Cómo me siento? Con escalofríos emoción y nervios; perdiendo la virginidad.

La tormenta se hace más intensa y levanta olas más altas.

Ciento siete, ciento ocho, ciento nueve...

Mi acompañante apenas se mueve. La muerte se está apoderando del escaso oxígeno que perdura en el interior de sus inundados pulmones. Un poco de tierra húmeda se desprende de mi mano como la suela de una zapatilla de imitación y pierdo el equilibrio. Me golpeo la barbilla accidentalmente contra una piedra afilada. Sangro. Vuelvo a apoyarme en un pequeño saliente y consigo mantenerme a salvo lo más rápido que puedo. Miro al cielo y contemplo la colosal roca que descansa sobre mí. Es imposible trepar a través de sus brazos, tengo que hacerme a la idea.

Mi invitado deja de moverse al fin, eso me reconforta. Suelto su mano y su cadáver se hunde muy dócilmente en la oscuridad, alejándose de mi vista. Sin una segunda oportunidad; sin solución ni vuelta atrás.

Sueños y susurros, buscándome noche tras noche...

Sueños y susurros...

**Alan Brody***El origen de todas las grandes tragedias*

¿Por qué a mí? No puedo creerlo. ¿Esto es real? Mi credulidad descansa apaciblemente sobre un lejano horizonte perdido en otro mundo y aun así no puedo evitar darme cuenta de la realidad de la situación. El sufrimiento que aflora de mi interior es inmenso e insoportable. Todo espíritu tiene un límite marcado por una línea y cuando la agonía la sobrepasa, la cordura emprende una muerte lenta y la locura renace como una raíz en el cerebro que crece despacio, controlándolo todo poco a poco.

Dios misericordioso, eres incapaz de imaginarte lo mucho que ahora te odio.

Calentado por una pequeña manta y en mitad de la noche observo bajo la seguridad de la parte trasera de una ambulancia como, en el exterior, el fuego purifica mi casa y la transforma en polvo gris. Un dios arroja incontables lágrimas sobre el mundo que aplauden al tocar el suelo y empapan a los curiosos que se amontonan tras un muro resguardado por policías. Mis padres compraron la hermosa montaña de ladrillos que arde meses antes de mi nacimiento. Dos pisos rebosantes de una independencia lo suficientemente sólida como para dar refugio a una pequeña familia y a su felicidad durante muchos años. El exterior está, o quizás debería rectificar y decir estaba, decorado con un delicado y minúsculo jardín donde se podían almacenar un par de matorrales, ni uno más. Mi madre siempre me solía decir que plantar un puñado de flores a lo largo de toda nuestra vida no iba a cambiar el mundo, nuestros actos tenían que ser más intensos para dejar una huella en los demás; opino que algo es algo, ¿no? Decenas de residencias perfectamente simétricas a la mía abrían un largo círculo lunar que llegaba hasta el horizonte. Las paredes eran gruesas e impedían que alguno de mis vecinos se enfadase por escucharme improvisar un estornudo o por ir al baño a altas horas. En las noches más iluminadas se podía ver al final de la carretera el reflejo de las luces de los edificios altos que estaban en el centro de la ciudad. Mis padres trabajaron muy duro durante muchos largos y pesados años para conseguir quitarse de encima la asquerosa deuda de la casa. Ambos murieron en un grave accidente de tráfico durante un viaje que hicieron por sus bodas de plata y al ser hijo único no tuve problemas para repartir la herencia entre uno solo. Al principio disfruté de la soledad, pero con el tiempo la casa se hizo cada vez más grande, hasta que conocí a Judith y la compartí con ella, con el amor de mi vida, el mismo amor que estoy viendo en este instante salir por lo que queda de la entrada principal de mi casa metida dentro de una bolsa de plástico negra para cadáveres.

Sí, es real. Ahora no tengo con quien dormir ni donde hacerlo; solo una pequeña manta sobre mi espalda se ha quedado conmigo. Mi vieja vecina, como es costumbre en ella, me observa desde la seguridad de su solitaria morada de piedra. La anciana nunca aparta sus brillantes ojos de los movimientos de los demás residentes en ningún momento para contárselos a su almohada. Maldita seas un centenar de veces.

—Entra en tu cueva y vuelve a quedarte a solas con tus gatos, insolente y nauseabunda vieja arrugada. —susurro.

Los bomberos corren de un lado para otro, esforzándose por eliminar los últimos vestigios del fuego que aún permanece latente. Ya no queda nadie dentro así que pierden el tiempo.

¿Un gato quizás? Imposible, los odio y no recuerdo el motivo, pero los detesto y los temo.

Lloro... lloro en soledad. Unifico todos los lamentos de mi vida y los expulso como uno solo, fuerte y uniforme. Según avanza el tiempo, las sirenas inician el cese de su canto y las voces de los bomberos se silencian, un símbolo indudable de que su trabajo está llegando al final. He intentado salvarla con todas mis fuerzas, lo juro por dios, pero no han sido las suficientes.

Tendría que haber sido mi turno...

En mi cabeza veo su cuerpo envuelto entre intensas llamas, retorciéndose de un lado para otro; es ciertamente una escena insufrible, una pesadilla perfecta.

Un hombre entra en la parte trasera de la ambulancia en mitad de mi lamento. Viste un elegante traje negro y lleva puesta una reluciente corbata gris, todo recién lavado y planchado, un uniforme demasiado refinado para pertenecer a un simple agente, debe tratarse de un oficial. Sus mejillas rebosan cicatrices y su cuerpo desprende un aroma a cerveza repugnante, similar al de un matón barato. En su mano derecha sujeta una carpeta plana y un bolígrafo atado con un nudo simple cuelga de ésta. Se sienta frente a mí y cierra la puerta del vehículo con suavidad. Fuera llueva tan intensamente que al quedarnos solos lo único que escucho es el traqueteo de las gotas rebotando sobre el techo.

—Menuda tormenta, ¿no le parece? —me pregunta.

¿Cómo le puede hacer esa pregunta a un hombre que acaba de perderlo todo? Me hace pensar que es imbécil y que ha conseguido el puesto de oficial... bueno, ya os imagináis cómo.

—No me había dado cuenta, estaba más pendiente del olor a quemado de los restos de mi mujer. —respondo.

—Obviamente. Discúlpeme, señor Brody. ¿Qué tal se encuentra?, ¿tiene alguna herida? —estoy trastornado y en estado de shock absoluto, lo cual es algo razonable y lógico teniendo en cuenta el drama que estoy atravesando, pero guardo silencio; no me veo capaz de contestarle cortésmente —Lo que ha hecho usted ha sido muy valiente, aunque muy arriesgado para su vida. Comprendo su reacción a la perfección, señor Brody, yo habría hecho lo mismo por mi esposa si se hubiera visto envuelta en algo similar, pero tiene que comprender que salvar a una persona retrasa el rescate de otra, ¿lo entiende?

—¿Insinúa que ella ha muerto por mi culpa? —le pregunto muy enfadado.

El oficial suspira.

—No, usted se confunde, nada más lejos de mi intención el ofenderle, pero si no hubiéramos entrado a sacarle a usted todo se habría agilizado más y... bueno... ¿Comprende lo que le intento decir, señor Brody?

Quiero partirlle su boca diente por diente y mostrarle el resultado tras una larga sesión fotográfica, pero me contengo. Demasiado estrés por hoy.

—Por supuesto que lo comprendo, —miento —sin embargo, solo me he dejado llevar por el instinto, sin importar las consecuencias en lo más absoluto. Por mucho que usted me diga que lo entiende, estoy convencido de que no es así.

Medito durante un pequeño instante y mi vigilante respeta mi deseo sin pronunciar palabra alguna. Los ojos de Judith, el amor de mi vida, resaltan entre la oscuridad de mi interior, volando libres a través de mi dolor.

—Lamento mucho lo sucedido, sinceramente. Sé que no es el mejor momento para hacer esto,

pero tendrá que contestarme a unas preguntas. —interrumpe mi meditación.

Más lágrimas se deslizan a través de mis mejillas.

—Pregunte lo que quiera. Ayudaré en lo que pueda, le doy mi palabra. —cedo.

Da unos ligeros toques en su libreta con el bolígrafo.

—¿Dónde estaba usted cuando se inició el incendio, señor Brody? —inicia el interrogatorio.

Seco mis lamentos con la manta que me han prestado.

—Trabajando. —contesto —Soy camarero en un restaurante cercano desde hace dos años, más o menos. Justo cuando llegué a casa al terminar mi turno, el fuego estaba muy avivado y los vecinos acababan de llamarles a ustedes. Ninguno de ellos tiene mi teléfono y no pudieron comunicarse conmigo. Intentaron evitar que entrara en la casa cuando me vieron correr hacia la puerta con un ataque de pánico; no lo consiguieron, ya lo sabe.

—¿Puede probarlo? —me pregunta.

Me doy cuenta del rumbo que están tomando sus preguntas.

—Hay cámaras de seguridad en el local, si pide las grabaciones a mi encargada seguro que se las mostrará sin ningún inconveniente. Mis compañeros también me vieron trabajando, pregúnteles a ellos. —le explico.

—¿Garantiza que todos dirían lo mismo?

—Bueno... siempre hay algún gilipollas, como en cualquier parte, ¿no?

En nuestro trabajo todos tenemos a un insoportable, vago, sucio y prepotente compañero capaz de amargarnos el día y al que es mejor ignorar por completo. Se convierte en una excusa para arrojar el despertador con furia contra la pared al apartar las sabanas para levantarnos. No lo hagas contra el suelo si lo que pisas es parqué de calidad, no hace falta ser tan estúpido. Inexplicablemente, a él lo ascienden antes que a ti.

—Tras revisar las escrituras he comprobado que usted es el único propietario del inmueble incendiado, ¿no es así?

—Eso es, lo heredé de mis padres.

—¿Y desde cuando compartía su piso con la señorita Hall?

—Desde hace poco más de un año. —respondo fatigado y con ganas de terminar el maldito interrogatorio.

—¿Discutían mucho? —me pregunta sin rodeos y me pongo más nervioso por segundos.

—Escuche, esto no es serio. Hoy no es el día adecuado para hacerme ciertas preguntas, ¿no cree?

—Verá... tras preguntar a varios de sus vecinos estos aseguran que han escuchado discusiones casi a diario entre la señorita Hall y usted.

—No me diga, ¿y qué pareja no lo hace? —digo sin temblar. —¿Usted no riñe con su mujer de vez en cuando?

—Señor Brody, soy soltero.

No me extraña.

Coloco una pierna por encima de la otra para relajarme. Me siento incomodo con la vomitiva cara de este tipo mirándome fijamente.

—Ellos escuchan discutir a cualquiera en cualquier casa, aunque esté deshabitada. Se entrometen demasiado para mi gusto. —le explico.

Escribe sin parar. Analiza mis gestos en profundidad, no mis respuestas.

—¿A qué se dedicaba su mujer?

Garabatea en su libreta, pero no alcanzo a ver de qué se trata.

—No era mi mujer, no estábamos casados; éramos pareja, por llamarlo de alguna forma.

—Limítese a responder a mi pregunta, por favor.

Es un viejo maleducado.

—No lo sé, nunca me lo dijo.

En verdad no lo sé, no he mentado. Nunca me lo contó. Llegué a pensar que era prostituta, pero no me habría importado, la verdad. La amaba.

—¿Nunca se le ocurrió preguntar a su compañera? —me siento ofendido por sus palabras. Estúpido, engreído y cicatrizado hijo de... —Bien, olvídelo. Necesitaré toda la documentación que tenga sobre ella, por poca que sea. Algún carné o algo similar puede ser de mucha utilidad.

Su presencia se vuelve insoportablemente incómoda para mí. Le imagino ardiendo mientras parlotea. Busco en el interior de mis bolsillos algo de Judith para contentarle y hacerle marchar de una maldita vez. Doy con algo minúsculo entre mis dedos.

—Tenga, una fotografía que guardaba en el bolsillo. La única que me queda. Siento no poder conseguir nada más. El resto se ha quemado con la casa.

Le entrego la foto. En su mano reside una verruga peluda, inmensa y uniforme similar al Monte del diablo.

—¿Hay algún familiar cercano de la fallecida que deba informarse acerca de lo sucedido? — pregunta.

—No, ni cercano ni lejano; por ninguna parte que yo sepa.

Nunca ha mencionado a ningún pariente suyo.

—¿Algún dato más, algo que debemos saber sobre ella?

—Sí, tiene pequeños tatuajes por todo el cuerpo, sobre todo en los brazos.

—Ya veo. —susurra—No creo que sea de importancia, pero lo anotaré.

—Es lo que sé, —respondo —pequeños animales y algún instrumento musical.

Vuelve a desgastar el bolígrafo sobre su libreta.

—¿Podría facilitarme el teléfono de algún pariente o conocido para que se haga cargo de usted?

¿Por qué me habla así? No soy un bebé.

—No tengo a nadie vivo en kilómetros a la redonda.

—¿Nadie?

—Mis padres eran los únicos miembros de mi familia que residían en esta ciudad.

—Vaya, lo siento. —sí, estoy convencido de que lo lamenta muchísimo —¿Algún amigo al que poder llamar, quizás?

—Sí, solo uno. Aquí tiene su número de teléfono.

Extiendo el brazo y le muestro la pantalla iluminada de mi móvil. Apunta despacio.

—Todo correcto. —coloca el bolígrafo sobre la carpeta y guarda su teléfono móvil en su lugar de origen —Señor Brody, va a entregarse a la justicia mientras se resuelve todo este turbio asunto. —¿turbio? No estará insinuando de nuevo... —No se preocupe; si es usted inocente, todo se resolverá, pero antes tenemos que hacerle algunas preguntas. Simple protocolo, no se preocupe. Tranquilo por sus quemaduras; en un instante le atenderá un médico, así que relájese.

Se marcha y deja una de las puertas levemente abierta. Una decena de policías no me quitan la mirada de encima. Me siento presionado dentro del habitáculo con tantos ojos acosándome. El servicio de rescate hace tiempo que ha terminado el trabajo y ahora recoge sus utensilios.

Entra un enfermero armado con unas enormes gafas y un acento extraño.

—Bien, señor, ahora tumbese y le podré examinar detenidamente. —me indica. Hago lo que me pide sin rechistar —Ha sido usted muy valiente al entrar en su casa a pesar de las llamas, solo quería que lo supiera.

Saca una jeringuilla de su envoltorio, me produce un profundo escalofrío, desde pequeño he

detestado las agujas.

—Tengo pánico a las inyecciones. —digo, entre ligeros temblores.

—Vaya por dios, belonefobia, pánico a las agujas. —se echa a reír, pero a mí no me hace ninguna gracia —No se preocupe, es algo muy natural; yo también la tuve de niño y con el tiempo aprendí a controlar el miedo. Por mi parte, le prometo que no le dolerá. Soy todo un profesional, se lo aseguro. —introduce la aguja en mi carne; mi pulso se acelera, descontrolado —Esto le ayudará a descansar.

Se equivoca. Duele.

Observa mi piel con detenimiento en busca de problemas que se pudieran haber producido debido al intenso calor del fuego.

—Estoy preparado para cualquier percance, doctor. Si ve algo extraño, dígamelo.

—Está usted perfectamente, a excepción de alguna quemadura leve en el brazo derecho. No es nada que deba preocuparle.

El techo de la ambulancia, tan blanco como un folio virgen, inicia una distorsión del espacio, el tiempo y la realidad.

—Me siento extraño, —susurro —muy extraño.

Mi cuerpo me cierra los ojos y me acurruco en un profundo sueño. El medicamento que circula por mis venas cumple bien su función.

*Sueño a través del agujero*

Retorcido sobre el suelo, desnudo y dolorido como un niño recién nacido. Mis músculos se contraen igual que un producto de ejercicios barato; cada intento de moverme se convierte en un siglo de intensa tortura. Lucho contra mis párpados fuertemente cerrados y consigo ver. No sé porque estoy en este desconocido rincón, sin una puerta, sin una ventana, sin luz ni oxígeno. Una diminuta habitación cuadrada me custodia, con sus cuatro paredes que me observan, bañadas en mugre y oxido. Inhalo profundamente el poco aire que queda para conseguir algo de valor. Empujo con mi alma y soy capaz de levantarme. Un extraño crujido cercano me sobresalta. Busco la procedencia del eco y al descubrir su origen me siento confuso al no haber notado ningún dolor cuando ha intentado escaparse de mi interior mi fémur derecho rompiéndose en dos. A pesar de la importante intensidad del dolor, no hay sangre por ninguna parte. Quito de mi cabeza la idea de buscar un médico; lo último que necesito en este momento es un cirujano acorde con la decoración de las paredes. Tengo que moverme rápido y decidirme a actuar.

Quedo ciego. Todo se apaga de repente y me veo obligado a arreglar el daño de mi extremidad palpando entre la total oscuridad. Coloco el hueso en su lugar a la vez que escucho una voz desde fuera de la sala. La luz se hace y una puerta se presenta ante mí. La voz continúa en el exterior, esta vez con un tono más agresivo. ¿Se dirige a mí? No lo preciso con exactitud, solo escucho un leve murmullo y no distingo palabra.

El pomo dorado que protege la puerta gira sigilosamente. Corro para evitar que el intruso entre. Al tocarlo, la palma de mi mano se quema como si hubiera acariciado una fundición. No puedo evitar que se abra. La soledad está a punto de terminar y no sé si para bien o para mal.

Me duelen los músculos de nuevo; algún impulso los contrae muy violentamente. Si continúan comprimiéndose tan ferozmente, se acabará abriendo la carne. Me arrugo sobre el suelo para no perder mis extremidades y poder aguantar un poco más.

La puerta cede el paso al visitante. Se mantiene parado frente a mí y habla, sin una cara ni una expresión que yo pueda ver.

—Márchate, chico, —amenaza —márchate de aquí.

Se vuelve imposible respirar.

Mi torso se retuerce violentamente, como una hoja de papel entre las manos de un estudiante mediocre. Mi acompañante no me quita el ojo de encima, lo sé por el sonido de sus pasos a mí alrededor. Me observa mientras yo sufro.

Posa su mano sobre mi espalda y no puedo evitar gritar.

—Este no es tu lugar, vete. —dice la voz de nuevo.

El insuperable dolor termina y después se hace el profundo silencio. La tortura ha cesado. Mi cuerpo vuelve a ser libre, sobre todo mi pierna derecha que está de una pieza otra vez. Incrédulo, miro hacia arriba para ver a mi verdugo, pero no hay nadie. Me pongo en pie y echo un vistazo por el hueco de la puerta que aún está sensiblemente abierta. Todo parece despejado y tranquilo.

Debo escapar.

Ya en el exterior, un oscuro pueblo sin habitantes se encuentra ante mí, esperando mis pasos. Miro hacia atrás para ver cómo es la habitación que acabo de abandonar, ahora reemplazada por una plaza redonda llena de farolas que alumbran levemente, mucha niebla y sin salida. El lugar me vigila con ojos endemoniados. Vuelvo la mirada al frente. Edificios antiguos, sacados de una película de Jack el destripador, crean un largo pasillo de ladrillos sin callejones laterales.

—¿Hay alguien?! —exclamo al viento.

Nadie responde. Estoy solo, desesperado y confundido.

Tras un largo paseo, el viento me envía una ligera voz.

—Nadie puede ayudarme, —escucho —nadie lo hará.

Corro, desesperado por intentar encontrar la fuente de las palabras sin pensar en lo desgarradora que pueda llegar a ser su procedencia. Veo algo a lo lejos.

Una niña, con dos grandes coletas marrones y arrodillada sobre el suelo, llora de espaldas a mí, pero de cara a una iglesia con más de tres pisos que la vigila atentamente, similar a un gigantesco guardián de piedra que espera su relevo con disciplina. Me acerco tanto a ella que huelo su infantil aroma.

—¿Qué te ocurre, chiquilla, estás bien? —examino.

Ninguna señal sale de sus labios durante un leve instante.

—Nadie puede ayudarme; tengo que entrar, pero él me vigila. —dice la pequeña.

—¿Quién te vigila?

Gira la cara. No puedo ver su rostro, lo tapa con sus manos. Vuelve la cabeza hacia adelante y señala al sagrado lugar con el dedo.

—Me da miedo, —expresa —no quiero entrar.

Alzo la vista y comprendo el temor de la joven criatura. La escena es horrenda. Decenas de cuerpos se arrastran por la fachada, gimiendo y gritando. Sus extremidades, plagadas de cortes y heridas, han dado vida a una espesa cascada roja que se precipita hasta nuestros pies.

—Pero qué coño... —es lo único que soy capaz de pronunciar.

Las puertas del lugar se abren de golpe y el santuario me muestra la oscuridad de su interior con un ensordecedor golpe seco. Busco a la niña, pero ha desaparecido, ¿qué ha ocurrido con ella? Me adentro en la enorme iglesia tan preocupado por el destino de la pequeña que no hago ningún caso a los gruñidos de los trepadores sangrantes. Atravieso las puertas y acelero el paso a través de un estrecho y largo pasillo, interminable a mi parecer. Espero estar equivocado.

Corro... corro durante horas.

El pasillo no tiene fin; tengo que pensar en algo. Busco el camino a seguir, pero solo hay extensa oscuridad a ambos lados. Es un túnel eterno, con densa niebla negra que me impide ver una meta. A los lados hay paredes frías y vacías con baldosas de colores uniformes, blanco enrojecido y rojo emblanquecido.

Ninguna pista.

No sufro claustrofobia, todo lo contrario, los lugares estrechos me han atraído desde pequeño por la seguridad que inspiran. Me escondía en el hueco de la escalera o en una caja de cartón. No era muy aplicado a la hora de hacer amigos, así que mi mente era la única compañera fiel que no necesitaba apenas espacio para expandirse.

¡Sobresalto!, algo o alguien me ha tocado el hombro. No veo a más de un metro por delante y no puedo comprobar qué ni quién ha sido. Continúo mi marcha en la penumbra. A los pocos segundos mi búsqueda es interrumpida; algo me ha tocado por segunda vez, solo que ahora ha sido en la pierna izquierda. Me detengo para averiguar quién me acompaña y desgraciadamente si lo hace.

Aquello a lo que tengo autentico terror está invadiendo todos los rincones de mi debilitado cuerpo desde el techo, descendiendo por centenares. Me golpeo a mí mismo con dureza para quitármelas de encima, pero es imposible liquidar al centenar de arañas que bailan en mí; una masa oscura que, a través de los orificios recién abiertos en mi piel, entra y sale a voluntad por todo mi interior.

De nuevo el dolor, la agonía y el agarrotamiento.

Los arácnidos arden como cientos de diminutos soles sin luz. Caigo de rodillas, gritando y sufriendo. Al mirar mis manos descubro que no solo los huesos de estas se vuelven perfectamente visibles, el resto de mi cuerpo también se deshace despacio. Mi piel es de plástico ardiente y se derrite en cuestión de segundos, mostrando los órganos internos al aire.

—Ayúdame, —oigo decir a la niña desde uno de los extremos más lejanos del pasillo — ayúdame, te lo suplico.

Intento girar hacia el lugar de origen de las palabras, pero es muy complicado. La fundición ha llegado a mis huesos para, poco a poco, hacerme desaparecer entre humo y ceniza. Todo se vuelve oscuridad y silencio.

Puedo sentir la voz de Judith en un pequeño susurro.

—Buenas noches, Alan. Que descanses, mi amor.

**James Galvin***Una llamada inesperada*

¿Por qué habré aceptado hacer horas extra? Odio mi generosidad. Fuera, la noche es tan profunda que hasta las ratas duermen, brillan decenas de estrellas con escote y perfume y, sin embargo, en vez de babear sobre la almohada estoy aferrado a un ordenador para pulir el artículo de un compañero que no ha podido terminar su trabajo a tiempo.

—James, compéndelo, tengo hijos que cuidar... —me dijo.

Aunque el mentiroso busque una excusa, algún día me tendrá que devolver este favor.

Necesito café, montañas de café, majestuosos océanos de café; es lo que sueles tomar cuando trabajas más de doce horas seguidas. Te levantas por la mañana, tomas una dosis de cafeína, espabilas, tecleas y vas al baño para fraternizar con la taza durante unos pocos minutos, vuelves a tu puesto de trabajo, tecleas a toda velocidad y más café, envías correos electrónicos mientras el sol comienza a descender, más café y palabras en la pantalla que cuentan vidas ajenas para curiosos que desatienden la suya, segunda entrevista tradicional con el cuarto de baño por culpa de la cafeína, muchas ganas de terminar la jornada, llega la noche, miras el escote de la secretaria con deseo sin que ella se entere, y ya que la mitad de la plantilla se ha marchado intentas conquistar el planeta Zandor en una intensa cruzada virtual; tras toda esa rutina, día tras día, cuando llega el momento de cobrar discutes con tu jefe porque te faltan horas en la nómina y sueños en tu mente.

Qué asco de vida.

En fin... continúo a lo mío.

Alcanzo la máquina para consumir mi última copa negra del día, cuando suena el teléfono móvil. Me enfrento a mis párpados y contesto.

—¿Dígame? —pregunto —¿Quién es?

—¿Señor Galvin, James Galvin? —preguntan desde el otro lado.

—Sí, soy yo.

—Le habla el oficial Irons, de la policía. —no soy lo suficientemente adicto a ciertas sustancias ilegales para recibir una llamada de la policía. Seguro que hay otro motivo —¿Usted conoce al señor Brody?

—¿Alan?

—Sí. —indica.

Ya tengo el motivo.

—Claro que lo conozco, es un viejo amigo de la infancia, aunque no sé nada de su vida desde hace alrededor de un año, ¿por qué me lo pregunta?

—Ha ocurrido un grave accidente doméstico y usted es el único al que conoce en esta ciudad. —¿un accidente, a que se referirá? —¿Sería posible que se acercara a la residencia del señor

Brody lo antes posible?

—Ahora estoy ocupado. —soy un adicto al trabajo, lo sé —Estoy a punto de terminar un artículo. Veinte minutos como mucho.

—Está bien, termine lo que tenga que hacer, pero no tarde, por favor.

Cuelga y cuelgo. Mala noche. Necesito más café.

Unos diez minutos después, mucho menos de lo esperado, apago el ordenador tras terminar con mi trabajo, me pongo mi vieja americana de piel a la que amo más que a mi propia vida, entro en el ascensor y pulso el botón del aparcamiento. Me alegro de salir; adoro el hedor de la calle infinitamente más que escribir estupideces sobre famosos. ¿Dejarlo? Es imposible, hay un vigilante llamado apartamento tirando de mí. No me importa la vida de las personas sobre las que escribo lo más mínimo, pero si he de sobrevivir que remedio me queda, ¿verdad?

El ascensor alcanza el aparcamiento. Camino hacia mi coche fumando un relajante cigarrillo.

Alan Brody, mi viejo amigo al que no veo desde que conoció a aquella chica, y eso que vivimos en la misma ciudad. Un día, solo es necesario utilizar un único día para ver a un compañero y dedicar unos segundos a alguien que siempre ha estado ahí. Es un amigo egoísta y desagradecido, pero es un amigo, al fin y al cabo. No puedo dejarle de lado.

Arranco el motor y conduzco.

Tras unos veinte minutos llego a la vieja dirección de Alan. Coches patrulla iluminan con su luz todo el barrio que se ha quedado en la penumbra por algún motivo que desconozco. ¿Puede que tenga algo que ver el incidente de Alan? Aparco. Lluve endiabladamente. Subo el cuello de mi chaqueta para no morir empapado. He olvidado traer el paraguas, mala suerte.

Donde yo vivo destacan los altos y oxidados rascacielos para pobres; esta parte de la ciudad es diferente, más clásica. Cuantos recuerdos. El lugar mantiene el mismo encanto de siempre, con el olor a orina proveniente de las puertas de los garajes y el suelo de roca cuadrada que se niega a ceder el puesto al progreso del asfalto. Algunas de las casas consiguen mantenerse en pie a duras penas, cargando con más de sesenta años en sus cimientos y con jóvenes adosados sosteniéndolas con sus brazos a cada lado.

Aparto a las decenas de personas que se amontonan tras una valla de seguridad, deseosos de ver salir un cuerpo sin vida. Es muy aburrido si no hay víctimas, es lo que piensan y guardan en lo más profundo de su alma oscura. Me acerco a uno de los guardias que habla por un comunicador.

—Oiga, agente, me llamo James Galvin. —le explico.

No sé cómo ha conseguido escucharme entre todas las voces de la gente y las sirenas sonando sin cesar.

—Disculpe, ahora no puedo hablar con usted, —me dice —comprenda que mi prioridad es organizar todo este lío.

—Me ha llamado el oficial Irons para escoltar a Alan Brody. —señalo con el dedo índice a la casa de la que sale humo.

Mierda... un incendio. Espero que Alan esté bien.

—Oh, cierto. —rectifica —Discúlpeme un segundo, si es usted tan amable. No se mueva de aquí, por favor.

—Claro, no se preocupe. Haga su trabajo, no me moveré.

Se pierde a través de los coches patrulla. Hay dos ambulancias en la lejanía. Una de ellas tiene la puerta entreabierta por la que asoma alguien aparentemente cubierto con una manta y dormido, la otra deja ver ligeramente una bolsa negra con un contenido obvio. Se para mi respiración. ¿Alan? No creo que se trate de él, no me habrían llamado para llevarle a casa, tiene que ser otra persona. Si no es Alan, ¿quién ocupa la bolsa para cadáveres? Judith... no puedo creerlo, pobre

Alan.

El fuego se ha extinguido y los bomberos recogen sus objetos de trabajo. El estado del hogar de Alan es muy diferente de cómo yo lo recuerdo.

El agente se acerca corriendo, con su uniforme de novato y sujetándose la gorra con una mano para no perderla. Me mira como un niño inocente, empollón y sumiso, pulidor de deberes de matones para evitar una inminente paliza. Siento lástima durante un leve instante, pero se me pasa enseguida. No lo conozco de nada, ¿qué me importa su pasado? Ahora lo importante es Alan.

—Señor, pase, —me dice —le acompañaré hasta el oficial Irons.

Aparta la valla y entro.

—Muchísimas gracias.

Una de las ambulancias se marcha con los restos de Judith y en la otra Alan duerme. Éste conserva las mismas facciones de despistado de siempre. Fuera, un hombre que por lo visto tiene la piel fabricada en la guerra, sostiene una libreta y no para de escribir en ella. No se consiguen esas cicatrices jugando a los videojuegos ni leyendo libros, lógicamente. Al verme, estrecha su mano con la mía.

—¿Señor Galvin? —dice —Oficial Irons. Hablé con usted recientemente por el asunto de su amigo.

—Es un placer. —es prioritaria la educación superficial y obligatoria —Me gustaría saber por qué está Alan dormido. ¿Ha sufrido alguna especie de trauma o algo parecido?

—No, se equivoca, —me responde —no ha sido nada de eso.

Mira durante un segundo a mi amigo. Qué asco... la mejilla del oficial empeora cuando la ves de perfil, cortada y perforada.

—Yo no habría podido dormir en un momento así, —le acentúo —ha tenido que ser muy traumático para él.

—El señor Brody se ha alterado un poco y nos hemos visto en la obligación de sedarle, —no deja de escribir aleatoriamente en su libreta mientras habla —pero su estado de ánimo es perfectamente comprensible teniendo en cuenta que acaba de perder a su mujer.

—¿Estaban casados? —pregunto sorprendido—No puedo creerlo, no me lo contó.

—No, no lo estaban, era su pareja; es una forma de hablar.

Hace frío y la lluvia aumenta. Tengo que cruzarme de brazos con fuerza para no congelarme.

—¿Y qué quiere de mí, tengo que hacerme cargo de Alan? No puedo llevármelo a mi casa si lo han sedado. Esperaré a que despierte.

—Los planes han cambiado. —¿cambio de planes? —Nuestros científicos acaban de encontrar pruebas que no le permiten llevarse al señor Brody de momento. Es recomendable que pase la noche con nosotros y ya se hará usted cargo tras nuevo aviso.

—¿Pruebas, a que se refiere? —pregunto —Alan no es un asesino, de eso estoy convencido.

—Es confidencial. —me explica.

—Soy periodista, ¿sabe? —no parece importarle mucho —Yo podría ayudarles.

El oficial con la cara reconstruida deja descansar a sus dedos y esconde el cuaderno bajo su brazo.

—Le conozco. —¿en serio me conoce? —Al ver su nombre en la pantalla del móvil del señor Brody he recordado la admiración que siente mi mujer por los reportajes que usted escribe sobre la vida de los famosos de pacotilla. —me golpea con las notas sobre el pecho de una forma prepotente —Cuando necesite saber cuál es el programa favorito de un asesino en serie, cual es el color preferido de un psicópata demente o de que equipo deportivo es fanático un violador perturbado, no se preocupe, le llamaré a usted sin dudarle ni un segundo.

Enciendo un cigarrillo. Viejo bastardo.

Voy a fumar tranquilamente para evitar ser grosero con él. Con esa cara el viejo solo podía satisfacer su ansia sexual con un trueque económico o aceptando el onanismo, lo que explicaría su mal carácter.

De nuevo se sumerge en sus apuntes, ajeno a todo.

—¿Entonces? —pregunto.

—Vuelva a su coche, acuda al puesto de trabajo del señor Brody y hable con su encargado. —  
arranca una de las hojas y me la entrega —Dele esto y dígame que va a estar de baja durante una  
temporada indefinida. Días, semanas, meses... todavía no lo sé con certeza. Depende de la  
evolución de todo esto.

—Está bien, yo me encargo. Me marcho.

**Alan Brody***El pie izquierdo*

—¡Aparta de mí, estúpido! —el grito llega a mis oídos de forma ruda y grotesca.

Todavía no he abiertos los ojos y alguien me ha empujado, golpeando mi cabeza contra una pared gris. Quedo aturdido durante unos segundos. Un hombre gigantesco está sentado y apunta con su puño hacia mi tabique nasal. Su mirada brusca y su torso grueso hacen juego con las prominentes cejas que sostienen a dos oscuros ojos. Se ha convertido en mi almohada y, por lo que parece, no le ha hecho mucha gracia. Acerca tanto su hocico a mi cara que me asfixio por su halitosis. Es la combinación de un troglodita, un mono y litros de testosterona pura. No tengo ningún plátano, lástima.

Creo que la habitación oscura, la niña y los cuerpos trepadores fueron un sueño.

—Lo siento mucho, me he quedado dormido. —me disculpo —¿Dónde estoy?

No me responde. Me duele la cabeza y estoy algo mareado. La luz todavía me ciega y no veo del todo bien.

—Como vuelvas a apoyarte en mi hombro te mataré, lo juro. —me amenaza.

Una jaula para criminales me niega la libertad. Estoy encerrado y no sé cuándo ni dónde. ¿Qué coño hago yo aquí? Esto va de mal en peor. Aguanto la respiración durante un instante para calmarme. Uno, dos, tres... Regreso al mundo real y me acerco a los barrotes. Solo veo un largo pasillo, la pared que tengo a menos de dos metros de mi celda me impide ver nada más. Por un ventanal en lo alto entran rayos de luz. Escucho como una puerta se abre, no muy a lo lejos. En el techo, una pequeña cámara produce un sonido de rodamientos mientras me apunta.

—Señor, el preso Brody ha despertado. —dice una masculina voz al fondo.

Pasos hacia mi posición, uno a uno, se acercan. Llega el hombre de la cara cortada. Vuelve a darme nauseas.

—Sáqueme de aquí, me han traído a traición. —ruego.

—Si no le hubiéramos sedado no habría venido pacíficamente. —dice cara cortada.

—¿Por qué me han encerrado?

Saca de su chaqueta la carpeta con el mismo bolígrafo que la noche anterior. Tengo un déjà vu.

—Señor Brody, ha sido usted retenido aquí por una razón. —da unos toques con su bolígrafo sobre la libreta, como si ya fuera una rutina —No nos ha quedado claro lo que ha ocurrido en su casa. Estará bajo supervisión mientras todo esto se resuelva.

—¿A qué se refiere? —me temo lo peor —¿Dónde está el cuerpo de Judith?

Otro golpe a su chuleta privada, mirando fijamente al suelo.

Su cara me irrita de forma incontrolable.

—Está bajo nuestro control, no se preocupe. No podrá ver el cuerpo de momento.

—¿Tiene que tratarse de una broma, una maldita broma! —me enfurezco.

Golpeo la reja violentamente. Llegan dos agentes más en mitad de mi histeria para sugerir que me calme.

—Disculpe, señor Brody, pero tiene que apartarse. Tenemos que colocarle un brazalete electrónico en la pierna para detectar su localización. —explica el señor cicatrices en las mejillas mientras los otros agentes hacen lo que él dice —No podrá salir de la ciudad sin permiso.

—Yo no he matado a mi mujer, me encontraba trabajando en el momento del incendio.

Los dos perros dóciles, rudos como rocas cayendo por un precipicio, se abalanzan como jugadores de fútbol americano sobre mí y me atrapan. Me rindo.

—Señor Brody, su pareja no reaccionó ante el humo, ni siquiera se despertó; seguía en la cama mientras se quemaba, algo prácticamente imposible a no ser que tomase somníferos o algo similar, lo que se sabrá tras la autopsia. —explica el cicatrizado —Hay demasiados interrogantes y necesitamos tiempo. Si usted es inocente, no tiene ningún motivo por el cual preocuparse. He llamado a su amigo para que pase a recogerle.

Me siento tranquilamente en el banco y el gorila gruñe. Dejo que me coloquen el sensor en el tobillo. Estoy atrapado.

James es mi mejor amigo desde niño. Poco a poco nos hemos distanciado. No sé nada de él desde hace un año, más o menos. He de reconocer que ha sido por mi culpa. Desde que conocí a Judith me he dedicado plenamente a ella, un acto egoísta y del que ahora me arrepiento.

Llega a mi celda y me saluda.

—Alan, amigo mío. Lamento mucho lo que te ha ocurrido.

Pelirrojo y pecoso pero atractivo y esbelto, por eso siempre se ha llevado a las chicas. Nos miramos como si no hubiera pasado el tiempo y nuestra amistad se restaurase completamente. James lee la mente observando las expresiones. Le pido perdón con los ojos y él asiente aceptando mis disculpas. El hombre con la cara mutilada se acerca.

—Bien, puede irse. Recuerde que no debe salir de la ciudad. —dice éste.

—Está bien, le ha quedado claro. —dice James —Alan sabe perfectamente cómo debe comportarse.

Me quitan las esposas.

—No se preocupe por el trabajo, —dice cara mutilada —todo está hablado y le hemos entregado los documentos necesarios a sus superiores. Podrá librarse del trabajo durante una temporada. Aproveche y descanse un poco.

—¿Qué clase de descanso quiere que tenga si no puedo ni enterrar a la mujer que amo? —me quejo.

—Discúlpele, ha sido una noche horrible y necesita un buen descanso, —se excusa James —¿verdad Alan?

No tengo opción. Me disculpo.

—Sí, ha sido una noche horrible. —susurro.

Le entregan unos documentos a James para que los guarde; nada importante, imagino. Nos marchamos hacia su coche. Amanece al fin y soy independiente a medias, el hijo bastardo del libre albedrío.

*Un nuevo pupilo en la manada*

Miro desolado a través de la ventana del coche, inmerso en mi incredulidad. No acepto la muerte de Judith.

James no me quita el ojo de encima.

—¿Puedes aclararme algo personal? —pregunta.

—No es el momento, pero adelante.

El vehículo continúa rumbo al apartamento de James. Vive en una zona fría y habitada por solterones y delincuentes; muy diferente de mi barrio. A mi amigo le fascina escuchar cada mañana el incesante ajeteo de la ciudad y el estrés contundente de los pitidos de los coches mientras se dirige al trabajo. Seguro que es mejor que los cuchicheos de los vecinos que soporto día tras día, como un murmullo en mi rutina matinal.

—¿Es cierto que no sabías nada sobre ella?

—No es así exactamente, James. La conocí, demasiado bien, aunque no su pasado ni su trabajo. Pero no quiero seguir hablando del asunto, por favor.

—Tienes razón. Lo siento, amigo. —se disculpa.

En ningún momento ha sido necesario que James se disculpe, pero agradezco que lo haga. Seguimos atravesando la ciudad. Las chimeneas de los áticos envían contaminantes nubes negras al cielo que recibe los golpes de humo como los pómulos de un boxeador novato. No falta mucho para llegar.

James abre un bolsillo que tiene a la altura del pecho y se sirve un cigarrillo.

—¿Quieres? —pregunta.

—No gracias, sabes que no fumo desde hace años. —respondo.

—Pensaba que hoy querrías.

—No te preocupes, estoy bien.

Continuamos recorriendo la extensa urbe y llegamos a la zona central, donde todos los edificios son extremadamente altos y están muy iluminados. La gente se amontona en las puertas de las tiendas; son víctimas arrodilladas sobre los pies de los gigantes a los que suplican objetos inútiles una y otra vez.

—¿Hoy no trabajas? —cambio de tema.

—En teoría debería, ¿pero sabes?, voy a regalarme el día. —explica James.

—¿No te supondrá un problema?

—Soy uno de los redactores más importantes. No creo que me despidan por faltar un día, no les interesa.

Ha mentido, lo conozco. La realidad es que siempre ha estado hasta los huevos de su trabajo de mierda, pero no lo acepta ahora ni lo aceptará jamás.

Atravesamos unos callejones estrechos donde todo es silencio. Para el coche delante de la puerta de un garaje. El humo que mana de los conductos de ventilación crea una peste repugnante

que procede del interior de las viviendas y me regala una pequeña pista sobre lo que puedo encontrar en los pequeños apartamentos. Nada bueno, seguro.

—No te confíes, —le digo a James —tienes que cumplir con tus obligaciones. Lo ocurrido ha sido importante para mí, pero no creo que para tu jefe lo sea igual. No me gustaría que perdieras tú puesto de trabajo por mí.

Se hace el sordo y no escucha mis consejos. El trabajo es el trabajo, ¿verdad? Dejar de cumplir con tu deber por un amigo no es lo correcto. Busca en la guantera y hace como si no me estuviera escuchando.

—Un segundo... no encuentro el dichoso mando de la puerta. —dice.

James rebusca por todo el habitáculo.

—Tranquilo, no hay prisa.

Empiezo a tener algo de hambre, eso significa que deben ser las diez de la mañana más o menos, mi hora sagrada para tomar un pequeño tentempié.

Recuerdo a mi querida Judith. Todo el que ha perdido a un ser amado mira al cielo y piensa que su pariente está en el otro mundo, observándole. No soy capaz de imaginármela en lo alto; algo en mi mente me dice que no me está esperando en el paraíso. Al fin James encuentra lo que busca. Abre la puerta con una mano y con la otra carga el mechero del coche para encenderse otro cigarro.

A mi derecha veo a un hombre que se acerca tambaleándose, sin un centímetro cuadrado de higiene en su cuerpo, con una chaqueta plagada de medallas militares, refunfuñando a la nada.

—Es el viejo Capitán Dread. —anota James, quien ha estado cerca de prender fuego al suelo del vehículo por balbucear las palabras con el cigarro colgando de su boca —Es inofensivo, no le prestes atención.

El portón del garaje se abre. Vive en este apartamento desde hace solo seis meses y no nos vemos desde hace más tiempo, no estoy al corriente del tipo de persona que es en la intimidad; sucio, limpio o un insoportable perfeccionista. No conozco del todo a mi mejor amigo.

Atravesamos la entrada. El aparcamiento es similar al de un centro comercial, con pilares por todas partes acechando a la impoluta carrocería. Apenas hay vehículos aparcados y deduzco que la economía de los residentes no se lo permite. Llegamos a las escaleras y subimos unos cuantos pisos. La pintura se ha desprendido de las paredes en algunos lugares y en otros asoman enormes grietas fruto de la longevidad del edificio.

James se para en seco frente a la puerta de su casa, jugando con las llaves en su mano.

—Antes de nada, tengo que avisarte de un pequeño detalle. —explica.

Llamas.

Llamas en la soledad de mi ambulancia que envuelven mis recuerdos como los reflejos de una hoguera.

Llamas.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Comparto piso con un chico que es un poco extravagante. Está encerrado en la habitación todo el día atrapado entre ordenadores, videoconsolas y chorradas de esas. Cada vez que traigo una amiga es un problema, no sé si me entiendes. Es un buen chico, sabe lo que te ha pasado, pero discúlpale si no se comporta de forma normal. Es muy reservado, aunque a su vez inofensivo. No se le dan bien las personas, pero si los libros. El cabrón es un maldito genio. Hoy tiene el día libre, pero mañana temprano tiene que trabajar y no vendrá hasta después de comer, entonces tendremos tiempo de charlar a solas.

—Claro, sabré soportarlo.

James abre la puerta y justo cuando nos disponemos a entrar, su teléfono suena. Me mira a mí, mira al móvil y me indica con un gesto que pase al interior. Entro y cierra la puerta tras de mí. Él se queda fuera, hablando.

Curioso la casa. Todo está bastante limpio y huele muy bien. Un gran balcón al fondo, desde el cual se alcanzan a ver los edificios altos de al lado, permite la entrada de gran cantidad de luz tras el amanecer; a la izquierda hay una puerta que debe ser de un dormitorio, ya que no veo ninguna cama por todo el salón; entre la puerta del supuesto dormitorio y el balcón hay una tele antigua con más cintura que una cantante de ópera; frente a ella esperan una mesa de madera pequeña y un sofá de cuero negro para unas tres personas; a mi derecha hay una puerta entreabierta y tras ella se puede ver el cuarto de baño; la cocina está tras una barra americana en el otro extremo del salón y tiene todos los utensilios colocados al milímetro. Nunca pensé que James fuera tan ordenado. Es un piso pequeño, ideal para un par de amigos solterones o una pareja sin hijos. Sencillo, pero suficiente.

James continúa hablando fuera. Acercó el oído a la puerta. No consigo escuchar nada. ¿Con quién habla? Lo más probable es que sea una de sus muchas amigas íntimas. Su adicción al olor femenino no ha cambiado nada.

—¡Alto ahí! —grita una voz chillona detrás de mí. Me doy la vuelta y veo a un chico de unos diecinueve años señalándome con el dedo desde la puerta de la habitación ahora abierta, con unos vaqueros ajustados y una camiseta enorme de un grupo de rock de los ochenta. Tiene unas gafas tan grandes que se le pueden caer en cualquier momento y el pelo tan grasiento como la carne de hamburguesas baratas —¿Quién eres tú?

—Alan Brody, el amigo de James.

—Ah, cierto, eres tú. —se acerca y me ofrece la mano cordialmente —Encantado de conocerte, Alan. Me llamo David Heytar, aunque mis amigos me llaman Data. James me ha hablado de ti. Me tiene en segundo plano respecto a ti, yo solo soy su colega informático que le busca chicas por Internet.

—¿Data? —pregunto.

—Eso es, Data. Es el apodo de un personaje de una película de los ochenta, pero no tienes pinta de haberla visto así que no le des importancia.

—Tienes razón, no la conozco.

Olfatea al conversador del pasillo desde la seguridad de su puerta, como un sabueso rastreando.

—¿Qué hace James? —pregunta.

—Está hablando por teléfono. No sé con quién, aunque intuyo que se trata de alguna amiga. —digo riendo.

—No, te equivocas, lo conozco bien, no es una amiga. Si fuera una chica hablaría con ella dentro del salón para que todos supiéramos lo bien que funciona su aroma atractivo. Creo que es su jefe, escucho demasiados pasos de un lado para otro. Me parece que no le ha sentado muy bien que faltase al trabajo.

—James se ha tomado el día libre, ¿no? —le pregunto—No quiero que tenga problemas por mi culpa.

—James es como una prostituta barata, siempre está disponible para su jefe. Los cotilleos nunca paran.

—¿Tú no trabajas, David?

—David no, Data. Eres amigo de James, eres mi amigo, así que no me llames así.

—Como tú digas, Data. —digo mientras me siento en el sofá.

Data continúa pegado a la puerta.

—Soy técnico informático en una empresa de telefonía; el puesto es una mierda y el sueldo es una basura, pero de momento me da lo suficiente para sobrevivir y poder pagar el apartamento. El resto del día estoy frente al ordenador, llenando mi cerebro con información, estudiando.

—¿Eres bueno con los ordenadores?

Le hago esta pregunta para despertar su entusiasmo y apartarle de la puerta. Está agarrado a ella como a un billete de lotería premiado.

—¿Bueno?, soy el mejor. —presume Data mientras se sienta a mi lado —Si yo reparo un ordenador es como si lo repase Dios, aunque esté mal que lo diga. He creado mi propio sistema operativo que es capaz de...

—Y qué me dices de las chicas, ¿también eres bueno con ellas como James?

Detiene su incomprensible discurso en seco. Gracias a dios que le he interrumpido, habría seguido hablando acerca de teóricas informáticas raras durante los siguientes veinte años. Creo que con esta pregunta Data se va a poner rojo como un marcador de reses. Miro su cara para comprobarlo. ¿Sigue sin ponerse rojo? No es tan tímido como creía.

—¿Mujeres, yo?, que va, no se me dan bien. A decir verdad, nunca he intentado acercarme a ninguna porque me asustan, así que no puedo saber si se me dan bien. —dice Data poniéndose serio —Y hablando de mujeres, James me ha contado lo tuyo. Lo siento mucho, sinceramente.

La puerta se abre.

James entra, guarda su teléfono en el bolsillo y apaga el cigarrillo en el cenicero que hay sobre la mesa. Éste es una barra de ceniza por culpa de la interrupción telefónica y no le ha dado tiempo a degustar la nicotina.

—Perdonadme, era una llamada importante. Según parece el desgraciado de mi jefe ha cancelado mis vacaciones. —explica —Quiere que mañana pegue el culo al taburete durante todo el día porque tiene que llevar a su hija a un campeonato de balé. Tendré que irme por la mañana. Menudo hijo de puta.

—Me lo imaginaba, —dice Data —siempre pasa lo mismo.

James rebusca en un armario de la cocina con la puerta de metal, saca de dentro una botella de whisky y la coloca sobre la barra, coge unos vasos y los llena con la bebida. Si James pretende que yo beba, algo que nunca consiguió tras años de salidas nocturnas, hoy es el día perfecto.

—Alan, nunca has probado el alcohol. Hoy lo vas a hacer. —dice James.

No se equivoca en absoluto.

—No te lo voy a negar, amigo. —acepto.

No puedo negarme, necesito escapar de la realidad. Pone los tres vasos y la botella sobre la mesa frente al televisor y se sienta en el sofá.

—Háblame sobre ella y cuéntame como la conociste. Es una buena forma de despedirte. —dice James. Da un trago a su vaso y expulsa el aliento caliente del alcohol al exterior —Te vas a liberar del dolor, lo prometo.

Para enfrentarte a tus miedos, estrangúlalos y riéte de ellos.

Lo bebo todo de un trago. El fuego atraviesa mi garganta y mi esófago se derrite plácidamente.

—¿No es la hora de comer y ya vais a poneros borrachos? —pregunta Data.

—¿No has quedado con tus amigos frikis para jugar a rol? —vacila James.

—Sí, eso es. Yo tomo un par de sorbos y me marchó a la ducha, así que haced como si no estuviera.

Da el par de sorbos que prometió a su vaso y se dirige al cuarto de baño. Con el poco interés que muestra Data con el alcohol el vaso se quedará como está, prácticamente lleno.

Hablo.

—¿Recuerdas que encontré un trabajo como camarero?

—Sí.

James llena nuestros vasos nuevamente. La botella tiembla. Hay suficiente alcohol frente a nosotros para dejar a dos jóvenes fuertes completamente inconscientes; lo peor de todo es que aún nos quedan horas demasiado extensas por delante.

—Yo terminaba tarde casi a diario. El primer día que la vi estaba esperando en la parada del autobús, sola, sin un bolso ni nada personal. Siempre nos quedábamos mirando durante unos segundos. Un día, al acabar mi turno, ella estaba en la parada, ausente, perdida... Me acerqué y le pregunté qué le ocurría. Me dijo su nombre, Judith Hall. Acababa de perder su casa y no tenía a donde ir. Le ofrecí mi teléfono para llamar a un familiar, pero no tenía ningún pariente cerca, al menos eso me dijo. Si era verdad o mentira nunca lo sabré. Yo le ofrecí mi casa temporalmente. Al principio dudó, pero comenzó a llover y aceptó. Nos fuimos en mi moto a mi casa. —me da la risa floja —Yo en su situación le habría tirado spray anti-violadores a los ojos del primero que me hubiera preguntado.

—Se nota que no has bebido nunca. —ríe James.

—No me río por culpa de la bebida, es porque recuerdo la cara que puso cuando vio el desastre que era mi casa.

—Continúa, Alan, por favor. —pide James.

Está muy serio. Parece que la historia le afecta más que a mí. Creo que no es de piedra.

—Le ofrecí un cuarto donde dormir hasta que encontrara un lugar a donde ir. Le di unas mantas y me fui a la cama. Te mentiría si dijera que pude pegar ojo con ella durmiendo como un ángel tan cerca de mí. Todo fue bien hasta pasados unos minutos, —me pongo serio —de repente gritó, aterrorizada. Me acerqué corriendo.

—¿Gritó? —interrumpe James.

—Sí, y mucho. Cuando la desperté estaba exhausta. Me pidió que me calmara, que todo estaba bien y solo había sido una pesadilla, aunque no me quiso contar que fue lo que soñó.

—Siento interrumpir. Me tengo que marchar. Los dragones y los caballeros no pueden esperar. —dice Data. Me estrecha la mano débilmente y coge un pequeño llavero que hay sobre la mesa — Siento ser tan mal educado, pero hace casi diez minutos que me están esperando.

—No te preocupes, no tienes por qué disculparte. —digo.

—Intenta no perder las llaves esta vez. —pide James —Como vuelvas a llamarme a la oficina pidiendo las mías te mataré.

—¡Sin problema! —grita Data, cerrando la puerta.

—Continúa, Alan.

—Tuvo una segunda pesadilla, esta vez más fuerte. Ya no podía mentirme y fingir que algo no marchaba bien. Me dijo que tenía ligofobia, miedo a la oscuridad. Quiso quedarse a dormir conmigo, no podía conciliar el sueño sola. Imagina estar con una belleza como ella en la cama... Llegué a pensar que todo era un sueño.

James no pronuncia ninguna palabra, solo me mira y bebe. Ambos tomamos pequeños sorbos de cuando en cuando. El alcohol me está afectando más de lo que esperaba.

—¿Y qué hiciste? —me pregunta.

—No hicimos nada, si te refieres a sexo. Tenía a una desconocida llorando en mi cama.

—¿Y cómo acabasteis juntos?

—La convivencia diaria, supongo. Poco a poco, con la confianza y el cariño que nos cogimos, ella se convirtió en parte de mí.

No puedo evitarlo, aunque lo intento, y lloro al acordarme de las llamas rodeando mi casa. James lo comprende.

—Alan, si no quieres hablar del incendio lo entenderé.

—No sé cómo ha podido ocurrir, no me entra en la cabeza.

Derritiéndose y fundiéndose... gota a gota.

El cuerpo de mi amada, envuelto en calor y fuego, gritando junto a la luna llena que la observa, inerte.

—Alan, vuelve al mundo real y cálmate. —dice James.

—¿Cómo pudo dormir sola? Tiene pánico al silencio y a la oscuridad. Solo duerme cuando yo estoy con ella.

—Cambiaría de idea, Alan. No hay que buscarle la lógica, simplemente ha ocurrido. —dice James.

Continuamos hablando durante largo tiempo. James mira la hora de su reloj, alza la vista y se da cuenta de que la botella está vacía.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Madre mía, nos hemos pasado un poco. Deberíamos comer algo.

Yo también miro la hora en un reloj grande que cuelga de la pared de la cocina. Las dos del mediodía.

—Tienes razón, han pasado unas horas. Puedo cocinar algo, se me da bien. —sugiero.

—No te preocupes, Alan. No deberíamos encender un fuego en estas condiciones, podríamos provocar un incendio.

Conozco bien a mi amigo, es imposible llevarle la contraria. Data vuelve de la batalla contra los dragones. Se tapa la nariz con la palma de la mano.

—Joder, menuda peste a alcohol. —dice.

James y yo reímos mientras Data tira la botella vacía a la papelera. James intenta llegar al cuarto de baño, pero se tambalea como un equilibrista novato. En su cara se muestra una sonrisa permanente fruto de la gran borrachera que tenemos los dos.

—Deberíais acostaros un rato. —sugiere Data —James, apenas has dormido en el último día y Alan, con los nervios de todo esto tendrías que tumbarte un rato y descansar.

—James es fuerte, aguantaría horas y horas de historias. —explico, a punto de vomitar.

James anula su cita con el cuarto de baño y opta por acurrucarse como un cachorro sobre el sofá para dormir. Han terminado las historias por hoy.

—Vete a la cama, Alan. Cuando James alcanza el sueño no existe forma humana de despertarle.

—¿Seguro? —pregunto.

—Seguro, descansa un rato en mi habitación. Yo me encargo de tapanlo.

—Gracias.

Dentro del dormitorio, más grande de lo que esperaba, hay dos inmensas camas de matrimonio. A James y Data les gusta descansar a su aire, en un enorme colchón. Me tumbo en la primera cama que veo, miro al cielo a través del techo y respiro profundamente.

Me molesta el grillete que tengo en el pie. Se me pasa por la cabeza quitármelo, pero eso sentenciaría mi condena y no debo hacerlo.

Tras cuidar de James, Data entra y se sienta en el escritorio que hay junto a una ventana corredera que da al callejón del Capitán Dread y enciende el ordenador. La luz de la pantalla elimina levemente algo de oscuridad de la habitación dando un toque cálido al lugar. Cierro los ojos y el alcohol en mi sangre se encarga de darme el profundo y ansiado descanso que necesito como un sedante.

*Soñando desde un rincón*

El dormitorio de James se ha vuelto oscuro, terriblemente oscuro. Observo con cautela por encima de la sabana y siento las sombras a mí alrededor. El monstruo de debajo de la cama espera mi salida para cogerme por los pies. Asomo un poco mis sentidos. El escritorio y la cama de Data están vacíos.

Siento rojizas sombras por todas partes. Me levanto para verificar si realmente estoy solo o no.

—¿Lo ves?, alguien te espera. —escucho.

Me quedo paralizado.

La voz de Data suena detrás de mí. Al darme la vuelta él no está presente. El escritorio de Data ha cambiado, suplantado por un vacío inmenso. Vuelve a escucharse, esta vez más débil, como un susurro o un suspiro, la voz de Data llegando desde detrás de la pared.

—Ve, Alan, adelante. —escucho de nuevo.

Me aproximo pausadamente y espero una nueva señal, una que certifique que mis sensaciones son reales. Aproximo el oído para escuchar la voz de nuevo y obtengo mi premio a los pocos segundos, aunque no de la persona que yo espero.

—Alan, ayúdame.

La voz de la niña se escucha esta vez.

Estoy tan inmerso en aquellas voces que ni siquiera me he percatado de la presencia de James. Este no me pierde de vista, sentado entre las dos camas, con el rostro inexpresivo y fumando tranquilamente.

—James, ¿has escuchado las voces? —pregunto.

—No pienses en lo que escuches ni en lo que veas, Alan. Simplemente observa con atención la oscuridad y aprende de ella.

Camino hacia él.

—¡¿De qué estás hablando?! —grito. Algo me detiene, cogiéndome de la muñeca. Parece la mano de una niña pequeña, adornada con pulseras rosas y amarillas. Tira de mí con una fuerza sobrehumana —¡Suéltame!

No funciona.

James se aproxima lentamente. Estoy aterrado, temblando de los pies a la cabeza.

—Cuando seas capaz de crear tu propia luz, cuando te enfrentes a tu oscuridad, verás el sendero frente a tus manos, moldeable. — dice James.

La pequeña vuelve a tirar de mí a través del ladrillo. Siento mucho frío.

Atravieso el muro sin problemas. La plaza de las farolas que visité en mi primer mal sueño vuelve a alzarse ante mí con la misma niña que anteriormente. Esta vez la criatura me mira de frente, sonriente. Muestra sus dientes. Apenas tiene cuatro o cinco. El ratón Pérez ha hecho horas extra con ella. Las dos coletas marrones no han cambiado.

—¿Quién eres? Acércate, no te haré daño. —digo.

La pequeña mellada se mantiene inmóvil frente a mí, sin responder. Toda la calle se convierte en una inmensa caja torácica que se abre y expulsa las costillas de hormigón y cemento al exterior. Mis cabellos se erizan como con la caricia de una mujer. El sonido de miles de diminutas patas se escucha muy cerca y un centenar de arácnidos surgen de una grieta.

—Ven a jugar. —dice la pequeña mellada.

—No puede ser. —tiemblo —Tengo que irme, no puedo con esto.

—Afróntalo.

Las arañas brotan en masa.

—¡Maldita sea, no puedo quedarme aquí!

Busco la salida por todas partes. La calle se vuelve esférica y no tengo opción de escapar.

Algo toca mi mano. Por un segundo siento que al fin me han alcanzado los insectos a los que temo, pero es la niña.

—Ven, sígueme. Confía en mí. —dice.

Forcejeo con ella. Aunque no mide más de un metro, tiene una fuerza impresionante.

—¡Suéltame, odio las arañas! —grito. Mi corazón suena como un motor barato y siento que me falta oxígeno. Los arácnidos se acercan. El pecho me duele demasiado y tengo que arrodillarme para no desmayarme —¡Déjame ir, por favor!

Cuanto más grito la chiquilla más me aprieta las muñecas, imposibilitando mi escape.

—No te irás, te quedarás conmigo. —se gira mientras me sostiene, complacida por controlarme.

Un océano de insectos corre detrás de ella y se acerca rápidamente. La sonrisa de la niña desaparece en un segundo, tapada desde los dientes hasta las encías con patas de arañas que viajan por todo su cuerpo. Suben por mí, quemándome y deshaciendo mi ropa. Me calcinaban todos los órganos internos y me tumbo sobre el suelo, dolorido.

Todo es oscuridad.

—¡Me duele, dios mío!

—Levántate, Alan. Levántate.

La niña me ayuda, pero yo no tengo fuerzas.

—Lo siento, no puedo hacerlo. —digo entre dolor y agonía.

—Debes. —suplica. Mi cuerpo se derrite. Siento el calor en mis músculos y mis huesos. No puedo hablar, mi lengua ya no está —Levántate.

Mis pulmones se llenan de diminutos corredores oscuros y me impiden respirar. Todo mi cuerpo se carboniza hasta desaparecer, flotando como ceniza entre el viento. Es imposible conseguir escapar; siento la muerte.

Escucho en mi interior las palabras de Judith como caricias en la nuca, como suspiros en el viento, como mensajes perdidos en el pasado...

—Buenas noches, Alan. Que tengas dulces sueños.

*Dragones en el salón*

Mis ojos, gestados en el infierno, arden con intensidad. No tengo más remedio que frotarlos para resucitarlos. La luz de la realidad inunda mis retinas y me produce el dolor de cien resacas.

—No creo que esté en condiciones, pero tiene que continuar con su vida normal. —escucho a James hablar desde el salón con Data —Debería ayudarle a buscar un especialista y creo que conozco a la persona perfecta.

—Jamás he sufrido nada similar. Debe ser muy duro para él, compréndele, el pobre lo está pasando mal. Es cuestión de tener un poco de paciencia. —dice Data.

Me sobrepongo y vuelvo en mí. Estiro el cuerpo y salgo.

Ambos charlan en el sofá.

—¿Qué tal estás, amigo? —pregunta James al verme.

—Me duele mucho la cabeza, he tenido un mal sueño. Estos últimos días los tengo a menudo.

Data se levanta de la silla y se pone una chaqueta marrón infestada con decorativos dibujos extraños que cuelga de una vieja percha de madera anclada a la pared.

—Si no les molesta, caballeros, me marchó. He quedado con amigos.

Sale por la puerta. James y yo nos quedamos solos de nuevo.

—Tardará en volver. Va a reunirse con unos amigos para jugar a videojuegos. El pobre está enganchado a esa mierda. Siempre le sugiero que venga conmigo para socializar un poco pero nunca acepta, está encerrado en su mundo de ordenadores. —dice James.

Otra madre envenenada, por la que mana una dulce muerte, cuelga de su boca. Salpica humo de tabaco al espacio.

—A mí me parece que hace más vida social que tú, apenas está aquí. —le rectifico.

James ríe.

—Puede que tengas razón. —cambia de tema —¿Tú qué tal te encuentras?

—No muy bien, estoy algo aturdido.

—Pues acomódate, estás en tu casa. Relájate un poco y te prometo que dentro de unos minutos te encontrarás perfectamente.

James da otra calada.

—Ya es casi de noche, habré pasado unas cuantas horas dormido. —afirmo.

—Según Data no te dormiste, caíste muerto sobre la cama, —James se levanta y busca su teléfono móvil —probablemente sea debido al estrés de la noche anterior. Las últimas horas han sido una carga muy pesada para ti. Tienes que desconectar, seguir adelante, ya me entiendes.

—No sé si puedo hacerlo.

—Claro que puedes, con tiempo.

Marca números en su teléfono. Mi cabeza da vueltas en espiral y se come a sí misma. Veo la imagen de Judith una y otra vez, gritando y sufriendo. Los sueños que tuve revolotean por mi cráneo repetidamente y picotean mis neuronas sin compasión. Me refresco un poco la cara para

intentar desconectar un momento.

—James, necesito una ducha.

Su móvil acapara toda su atención y no se da cuenta de mis palabras, así que voy al baño sin confirmar su permiso. Al fin y al cabo, acaba de decir que es mi casa. Me quito la ropa y entro en la ducha mientras James sigue a lo suyo.

Chorro a chorro, suspiro a suspiro, siento escalofríos y cierto alivio gracias al suave frescor del agua. La puerta principal se cierra y me deja completamente solo en la casa. Lleno la bañera y me tumbo entre el vapor ardiente. A través de la cortina me parece ver una sombra que me vigila. No tengo espacio en mis arterias para más sorpresas, así que no presto mucha atención y me relajo. Ha llegado el momento de darnos un respiro a mi vigilante y a mí.

Conectado a solas con mis pensamientos, voces involuntarias aparecen de repente en mi cabeza.

¿Quién eras, mi querida Judith?

No puedo escapar al eco de mis reflexiones. Mientras viajo a un mundo de relajación y calma absoluta la puerta del apartamento suena.

Toc, toc.

Alguien llama con su puño y fuertemente.

—Estoy duchándome, James, ahora mismo salgo. —toc, toc, de nuevo, más insistentemente —  
¡Un momento, ya voy!

Las gotas caen sobre mi cara y me producen una relajación extrema. Respiro profundamente. Se hacen nudos en mi garganta. No recuerdo lo que es poder llenar los pulmones apaciblemente.

Llaman a la puerta de nuevo. James parece impacientarse. Cierro el agua y abro la cortina. El vapor ha empañado el espejo. Una gran gota se resbala poco a poco, seguida de otra, como si una pequeña figura invisible tocara el cristal con sus minúsculos dedos. Dejo de prestar atención. La puerta vuelve a sonar.

Toc, toc, toc.

Me pongo la ropa lo más rápido que puedo, sin poder secarme del todo. Abro. Cientos de arrugas se asientan sobre el rostro del inquilino que espera detrás de la puerta, impaciente, con los ojos viejos y la calva brillante. No es James.

—Disculpe, caballero, pero su amigo tiene el dichoso ordenador encendido hasta bien entrada la noche, las cuatro de la mañana para ser exactos. El ventilador tiembla y crea un zumbido que no cesa y molesta.

¿Data? La voz del viejo suena con desprecio. ¿Y yo que culpa tengo?

—¿Puedo saber qué es lo que está intentando insinuarme, señor? —pregunto.

El anciano, encorvado como un buitre al acecho, se cruza de brazos.

—Vivo en el piso de abajo y no paro de escuchar sonidos de pasos, voces, risas de chicas y ruidos de ordenador. —explica.

Contengo el aliento. No es momento de discutir.

—Lamento si le estamos molestando, pero yo no tengo nada que ver. El propietario de este apartamento es amigo mío, hable con él. Ahora, si me lo permite, voy a continuar con mi ducha. Tengo algunos problemas en la cabeza y no es el día ni el momento adecuado.

El hombre bicentenario alza la voz.

—¡No me interesan sus problemas, la gente tiene que vivir tranquila! ¡Dejen de hacer ruido o llamaré a la policía!

Uno... dos... tres segundos han pasado mis puños bajo presión hasta separar las partículas de calcio de los dientes del anciano. El maná rojo fluye por su garganta, atragantándole.

—Que placer y desahogo. —susurro.

—¡Se ha vuelto loco, como se atreve?! —balbucea escupiendo sangre.

Las quejas del abuelo llegan desde el suelo. Nunca he golpeado a nadie con tanta intensidad. Pierdo el control de mis actos por completo y es demasiado tarde para detenerme. La adrenalina ha comenzado a fluir por todo mi cuerpo.

Miro al viejo fijamente. Le indico con la mirada que va a morir pronto. Mis nudillos están rebosantes de sangre, pero ansían más, muchísima más.

Se puede oler la segunda parte.

Lo sujeto con fuerza por el cuello de la camisa, tomando impulso para golpearlo contra la pared de al lado. Se encoge como un niño asustado, con los ojos llorosos. Entiendo que no quiere morir, pero no me importa. Surge una fuerza sobre humana de mi interior y el hombre pesa menos de lo que parece.

La baldosa cruje al entrar en contacto con el cráneo y esta se agrieta. El golpe es demasiado contundente para que el hueso de la cabeza lo soporte sin romperse.

Tercera parte. Aún sigue con vida.

Lo agarro por el tobillo mientras tiene las manos sobre su cabeza, quejándose por la intensidad del dolor. Lo arrastro pasillo arriba.

—¡Suélteme, puede hacer el ruido que quiera, pero déjeme! —solloza.

Nenaza.

Una larga alfombra roja se extiende detrás de nosotros.

—No se preocupe, no volverá a escucharme nunca más, ni a mí ni a ninguno de los que vive en esta casa. —explico —Debería de tener un poco más de tacto con las personas que acaban de perder a un ser querido. Lo que va a ocurrir ahora es únicamente culpa suya, no lo olvide. Le aseguro que no voy a sentirme culpable en lo más mínimo.

—¡Por favor, se lo suplico! —reza.

Al fondo del pasillo hay una ventana abierta. Tengo una idea al instante. Paramos junto a la ventana con el viento entrando vagamente. Me siento sobre el cuerpo tullido del viejo. Me entretengo dándole pequeños golpes en la cara y cada uno de estos salpica minúsculas gotas de sangre a los lados que manchan la pared.

Le guiño un ojo, sonriendo orgulloso.

—Bien, ha llegado la hora de morir. Es la primera vez que hago esto, no puedo asegurarle que caiga de cabeza para que sea rápido. Es muy posible que salga mal y tarde en morir más de lo necesario. No me guarde rencor.

Grita, desesperado, pero ningún vecino acude a socorrerle. Después de esto me darán las gracias, lo sé.

Saco poco a poco el cuerpo del anciano a través de la ventana. La primera y la segunda parte lo han dejado prácticamente inconsciente y gracias a su mal estado no opone mucha resistencia. Cae deprisa, pero mal, golpeando primero la espalda. Al estrellarse contra el suelo la sangre se expande sobre el asfalto como lo habría hecho un bote de pintura roja cayendo desde un décimo piso. Creo verlo moverse durante unos segundos, aún con algún símbolo vida. El dolor debe ser insoportablemente intenso.

Escucho los gemidos del viejo. Me arrepiento de no haber sido un poco más paciente porque habría habido una cuarta parte.

—¿Me está escuchando, joven?, no me gusta que me ignoren. —dice.

Me sobresalto. Aún continúa con vida el anticuado hombre.

—Disculpe, no le estaba escuchando. —digo.

Tengo que darme prisa y terminar la conversación o lo que me acababa de pasar por la mente

puede convertirse en realidad dado mi delicado estado mental.

—Que no vuelva a ocurrir. —amenaza.

El anciano encorvado se aleja por el pasillo. El largo y robusto pasadizo es mi sendero hacia la salida de aquella prisión. No he salido a tomar el aire desde hace horas y decido que ya es el momento adecuado para hacerlo.

*Desenchufándome de la realidad*

James ha pedido que me quede encerrado hasta que todo este lío se calme. Siempre intenta protegerme. Durante nuestra infancia yo fui el antisocial. Me encerraba en mi soledad creando juegos imaginarios, poniendo voces a los muñecos y forjando historias mientras escuchaba a mis padres moverse por la casa enganchados a su rutina, sin ser conscientes de mis conquistas de ciudades, bosques y dragones. Ya no somos pequeños motes de polvo en mitad de la nada. Ambos hemos crecido y yo me he convertido, con el tiempo, en otro hombre.

La noche llega y me asfixian las horas que tengo acumuladas en la cautividad del hogar. Necesito respirar un poco, ¿qué hay de malo en eso? Al fin y al cabo, tengo prohibido salir de la ciudad, no del apartamento. Aprieto los puños, cruzo los dedos y salgo. La gente de la calle lleva puestos grandes abrigos. Yo no siento el frío, fluye calor por mi interior continuamente.

Hay grandes torres por todas partes, vehículos al trote que desfilan, indicios de lluvia cayendo sobre mi rostro, mendigos luchando por conseguir un poco de oxígeno más para sobrevivir y adictos a la cobertura enganchados a su grillete en miniatura. Todo es completamente normal en el ir y venir de la civilización moderna. Camino despacio, inmerso en mí mismo, buscando respuestas en un mundo con incógnitas, contemplando los rostros que se cruzan en mi camino, desconocidos para mis recuerdos. Paso a paso, minuto a minuto y con un buen puñado de valentía en mi interior, llego a una parada de autobús que permanece en mi memoria. Me siento en uno de los bancos. Fuego sobre la madera, carne caliente. Alan, por dios, olvídale o te volverás loco.

Desde este incomodo asiento veo la ventana desde la que vigilaba a Judith cada noche. Mis compañeros se mueven rápidamente para servir cenas a prepotentes ricos que babeaban frente a camareros pelotas, ansiosos de grandes y prominentes propinas. La ventana de mi jefa está entreabierta y creo ver cómo me saluda. Vieja y prepotente, con su uniforme eternamente blanco, vigila la efectividad de la fuente de su dinero. No hay maldad en su forma de ser, pero nunca terminamos de confiar el uno en el otro del todo. Ella desea ampliar su negocio y yo sueño con vivir más, dos piezas de rompecabezas que no encajan juntas.

Desaparecen los peatones y se oscurece la luz de repente. La pequeña niña mellada me observa desde el otro extremo del callejón. Firme e inmóvil como un soldado devoto. Me vigila, sonriente.

—Sígueme si te atreves, hombrecillo. —escucho, dulcemente, sin ver ningún movimiento en sus labios.

Nada parece real, pero a la vez soy perfectamente consciente de todo. Esto no es un sueño y saberlo me estremece.

—No eres real. —pienso —Déjame a solas.

—Si no soy real no tienes nada que perder.

Me pongo en pie; no tengo nada que perder.

La muchacha corre. Atraviesa calles y muros con densa niebla. Salgo tras ella, sin saber a dónde me está llevando. La sigo hasta que mis pulmones piden clemencia, pero la pequeña no

tiene piedad de ellos y no se cansa de recorrer el camino. Llegamos a un lugar de recuerdos, frente al que ella me espera.

—Estamos en mi casa. —susurro.

Me detengo frente a un montón de cenizas y escombros. No puedo hacerlo, no puedo entrar. Miro mi talón y veo la argolla que me lo impide. Nada es más sospechoso que volver al lugar del incidente. Seguramente, en este mismo instante, algún agente obeso con la boca manchada de azúcar grasienta juega al solitario mientras tiene otra ventana del ordenador abierta con un sistema de localización, babeando por verme entrar en la casa y dar la alarma. No voy a satisfacerle.

Ella continúa esperándome en la entrada, apoyada en el marco de la puerta.

—Ven. —dice, dulcemente.

—¿Estoy soñando? —suspiro.

Ella sonrío.

—No, no estás soñando, Alan. —se da la vuelta —Sé que quieres respuestas y soy la única que te las puede dar, así que sígueme y obtendrás aquello que buscas.

Su voz suena en mi interior.

—Esto es una locura, una maldita locura. —aprieto las manos sobre mi cara —Yo no tengo ninguna pregunta. Necesito empezar de nuevo, eso es todo.

—Si estoy aquí es porque eso no es cierto. No solo no has olvidado a Judith, sino que mientras sigas torturándote a ti mismo no verás el camino a seguir. Has perdido el control de tu mente. — abre los restos de la puerta principal —Ven, no temas. Entremos juntos.

—No puedo hacerlo. Tengo que volver a casa de James o terminaré en la cárcel.

Ella se introduce en el umbral de la morada, pero yo no puedo seguirla. El peligro constante de sirenas y esposas reduce mi coraje a su mínima expresión. Recorro lo caminado y vuelvo al mismo lugar de origen.

No hay nadie en casa de James, así que me relajo y me tumbo en el incómodo sofá. El eco de la pequeña resuena en mi mente y repite sus palabras una y otra vez.

Estrés, eso es lo que tengo, solo es estrés. Tengo que descansar un poco y no hacer caso a mi mente. No hagas caso, Alan. Olvida lo que veas y relájate. Me tumbo en el sofá, frente al televisor. Su luz se refleja en mi cara creando un eco de sombras apenas perceptibles. Aparece en la pantalla, como día tras día, el loro repitiendo las malas noticias desde detrás del cristal mágico.

Llegan James y Data a casa.

—¡He, Alan!, ¿qué tal estás? —saluda James —He tenido que irme a un reportaje urgente. El cabrón de mi jefe me tiene esclavizado. He recogido a Data de camino porque ha perdido el tren.

—No te quejes tanto, sabes que te viene de camino recogerme. —replica Data. Me mira fijamente —Te veo aburrido.

—No, todo lo contrario, —río —estoy entretenido viendo la televisión.

—Bien. —Data saca un par de bolsas llenas de comida rápida —¡Hemos traído cena china!

Ni siquiera se han percatado de mi pequeña escapada nocturna. Perfecto.

Todos, incluido Data, cenamos sobre la barra americana. Vuelve un recuerdo reciente a mi interior, con la pequeña incordiando continuamente para visitar el incinerado lugar. ¿Porque tengo estas visiones, hay algo importante por ver? Necesito respuestas rápido o voy a continuar atormentado.

Data y James comen muy despacio, casi en absoluto silencio, con los ojos fijos en la televisión.

—¿Has visto? Es condenadamente horrible. Cada vez emiten más programas del corazón. Ya no vale la pena ni encender el estúpido televisor. Podríamos ver alguna película clásica, sería mucho

más culto e interesante. —comenta Data.

James se atraganta. Le ha pillado por sorpresa el comentario de Data.

—Claro, es más divertido ver a actores muertos en blanco y negro. —nunca se le ha dado bien el sarcasmo a James —Sabes que vivo de esto. Necesito ver cuáles son los famosos de la actualidad para poder moverme a su alrededor. Es una mierda, lo sé, pero no tengo otra opción de momento. Quizás, cuando me llamen de algún periódico importante pueda presumir de haber publicado algo interesante. De momento esto es lo que hay y es lo que te ha pagado la puta comida china.

—Hace tiempo que lo acepté, vaya si lo acepté... todos los días lo mismo. Cuentistas ricos en el desayuno, presumidas guaperas en la comida y para la cena, el plato estrella de la noche, cantantes adictos a los coitos con reembolso. La vida es demasiado corta y no voy a regalarles mi tiempo a los demás solo porque tengan más dinero que yo.

Data cambia de canal. James forcejea con él y vuelve a recuperar el control absoluto del mando a distancia casi instantáneamente y vuelve a poner el anterior programa. A mí tampoco me interesa mucho. Opino como Data, pero no es mi casa.

—Cuando terminemos de cenar verás lo que te dé la gana, ahora es mi turno. —se queja James.

Data me da un par de toques en la espalda.

—Vaya, Alan, por lo que parece estabas bastante hambriento. No has abierto la boca durante toda la cena. Por cierto, ¿qué opinas de los gustos televisivos de James? —me pregunta.

—Pues... —murmuro, cabizbajo, pendiente de la comida.

Data tiene razón acerca de mí, estoy hambriento.

—Tú también formas parte de esta casa ahora y deberías poder opinar como los demás. Por cierto, ¿cuánto tiempo te vas a quedar con nosotros? —pregunta de nuevo Data.

El mismo interrogante, una y otra vez. ¿Me estoy volviendo loco? Una y otra vez. Escaneo mi locura interior para encontrarla y aceptarla.

—Se va a quedar todo el tiempo que sea necesario. —dice James —Alan es amigo mío y aquí tiene otra casa. Dividiremos los pagos y solucionado, Data. Será un buen inquilino. A diferencia de ti él es limpio y responsable.

Por supuesto, ¿cómo no se me ha ocurrido antes? Es completamente innegable, me estoy volviendo loco, pero no puedo dejar que las alucinaciones me controlen ni me dominen, puede traerme serios problemas con la ley. Antes de actuar tengo que meditar la situación.

—No insinúo que Alan sea molesto, todo lo contrario. Lo que intento decir es que debemos buscar un colchón u otra cama. Gracias al sofá alguno de nosotros vamos a pasarlo bastante mal, cervicalmente hablando. —explica Data.

James se rasca la barbilla, pensativo.

—Cierto, cierto... es verdad. Mañana me acercaré a algún almacén y encargará un colchón nuevo. No podemos dormir en el sofá toda la vida. —James se da la vuelta hacia mí —Esta noche vienes conmigo a tomar algo y a conocer gente. Te presentaré a mis amigos.

—No creo que sea necesario, —replico —de momento solo necesito descansar.

—No digas bobadas, Alan. Te invitaré a tomar algo, te sentará bien. —dice James, pero yo solo tengo en la cabeza a mi hogar y la pequeña frente a las puertas. No puedo pensar en otra cosa — ¿Y bien? ¿Qué opinas?

Coletas marrones, sonrisa mellada.

—Está bien, saldremos un poco. Un par de copas y volvemos. —acepto finalmente para que deje el tema.

—Claro, te comprendo. No te preocupes.

—Bien, vosotros haced lo que queráis. Yo me voy a la cama pronto que mañana tengo que madrugar. Tengo turno de mañana. —dice Data.

Este se va al baño a buscar un momento de paz mientras James y yo procedemos a prepararnos para la salida nocturna.

Yo, aleatoriamente, escojo lo primero que tocan mis manos. James, al igual que durante nuestra adolescencia, pule su imagen como acariciando una valiosa obra de arte.

—Coge algo de ropa de mi armario si la necesitas. La tuya se quemó. —dice James —Vamos, Alan. Hoy te divertirás un poco, te lo prometo.

Después de hacerme esperar durante más de media hora, termina de arreglarse al fin. Yo observo desde el balcón a las hormigas que merodean por la calle, diminutas y rutinarias.

Miro mi tobillo.

—¿No crees que es un inconveniente? Me vigilan. —pregunto.

—No te han prohibido pasártelo bien, así que no tiene por qué haber ningún problema.

Salimos a la calle. Sigo los pasos de James y me dejo llevar hacia su destino.

Mi cabeza no para de funcionar y me envía señales continuamente. La misma imagen pasa por mis ojos en un bucle donde la pequeña mellada me incita a atravesar las puertas de mi casa.

¿Es real o quizás tengo demasiada imaginación?

La depresión puede jugarte una mala pasada durante los días de tormenta, pero si es real... ¿Vino a verme un fantasma? Imposible, no creo en espíritus y no voy a cambiar de opinión a estas alturas.

Llegamos a una discoteca. La música resuena desde fuera y golpea las paredes de las fincas vecinas, el interior tiene pinta de ser peor. Odio las aglomeraciones muy fervientemente. A mis tímpanos les entran escalofríos con solo imaginar el retumbar del interior del local. Dos gigantes titánicos protegen la entrada al recinto. El cartel iluminado muestra el nombre del lugar, Alptraum, que ciega a los presentes e ilumina todo el aparcamiento con su omnipresente luz.

—No te preocupes, conozco a los empleados de seguridad. Nos dejarán entrar, tú pégate a mí. —dice James —Es una discoteca muy selecta, así que verás algún que otro famoso.

Me importa una mierda.

Sus palabras me son indiferentes porque mi mente continúa a lo suyo.

James se acerca para hablar con uno de los chimpancés que hace guardia en la entrada y le da con la mano encogida lo que hasta el más tonto habría reconocido como un pequeño soborno. Yo estoy detrás, esperando una señal. Ambos continúan hablando y tras un minuto el titán me mira por encima del hombro de James. Se hace una larga fila de gente que espera ansiosa para poder entrar y algunos me miran con envidia al ver que nos tratan con prioridad. Murmuran y cuchichean, observándonos.

Al adentrarnos en la profundidad de la cueva, el golpe del sonido que mana de los altavoces destroza mi oído y me impide comprender lo que intenta decirme James. Éste, al darse cuenta de que no escucho absolutamente nada, me hace gestos para que le siga y yo acato su orden.

Todos y cada uno de los presentes, con sus ropas de gala, su cabello engominado hasta convertir su pelo en hormigón, y sus bailes aleatorios y ridículos, parecen querer invocar a los dioses reclamando las lluvias para la cosecha. Me golpean con los hombros. Hago lo imposible por mantener el equilibrio. Todos ellos me dan lástima, una profunda lástima, todos y cada uno de ellos. Perfectos durante un pequeño instante, liman su presencia para cortejar y pasar una noche de sexo. Luchan contra los demás por aparentar la perfección, pero abrazan a la vergüenza sin saberlo, como animales vendiendo su propia piel a las hembras a cambio de un instante de celo. Si tienen éxito, que no suele ser lo común, pueden liquidar el tiempo que queda hasta la llegada

del amanecer bajo techo con una hermosa dama sobre sus sabanas.

En caso contrario, de desastre y fracaso, cantan bajo la luna una canción horrorosa, borrachos y vomitando en una esquina para olvidarlo todo.

Veo a James a través del mar de gente, apartando a la muchedumbre para conseguir pasar. Yo le sigo de cerca. Sube unas escaleras altas con otro guardián en la cima y sobre este un claro cartel, VIP.

Otro soborno, otra puerta abierta.

—Adelante, sígueme, Alan. He quedado con unos amigos de la revista.

A diferencia de James yo jamás he abrazado el triunfo, aunque no siempre se saborea la gloria a gusto de uno mismo. Solemos auto convencernos de que hemos alcanzado la cumbre personal, cuando en realidad solo damos pequeños saltos en un mundo que detestamos. Eso le ocurre a él con su trabajo.

Desde pequeño su mayor deseo fue ser periodista y trabajar como redactor en un reconocido periódico. Lo ha conseguido, aunque a medias. Ha alcanzado la meta del periodismo tras años de estudio y sacrificio, pero no ha logrado coger con sus manos un puesto en un periódico importante. Odia su trabajo al igual que yo aborrezco el mío. Le deja vacío por dentro.

Se sienta al lado de un chico joven con apariencia refinada, ropa moderna y afeminada. Una pequeña mesa y dos cómodos sofás a los lados. Frente a ellos, dos hermosas chicas jóvenes.

—Alan, te presento a Louis. Es compañero de la revista.

El chico se levanta y me presenta la mano. Yo respondo cortésmente y se la estrecho.

—Es un placer conocerte. —contesto.

Se vuelve a sentar.

—He oído hablar mucho de ti últimamente. Siento lo que te ha pasado, sinceramente. —dice Louis.

Agradezco con una leve sonrisa. James se levanta y se pone al lado de las dos chicas. Ellas me miran sonrientes.

—Claudia, sección de cocina y hogar, —ella me hace un pequeño saludo con la mano y sonrío —y su amiga, Virginia, psiquiatra.

Se levanta y me da dos besos.

—Es un placer. —dice.

Ambas son dos bellezas. Claudia, con ojos azules y dos piernas que muestran el camino al paraíso. Virginia, una sonrisa con los labios más perfectos que he visto en mi vida y la piel clara e incitante.

Necesito un trago, lo necesito urgentemente.

—Siéntate con nosotros, Alan. —pide James.

Me acomodo junto a Louis. Todos hablan entre ellos de asuntos desconocidos para mí y beben descontrolados. Alguien, sin que ninguno de los que estamos alrededor de la mesa lo pida, pasa por mi lado y me sirve una bebida. Por un instante me siento alguien medianamente importante.

Vuelvo a mi universo paralelo y escucho la música de la discoteca como un eco de fondo. Por suerte se encuentra en un volumen que permite conversar con normalidad, algo que agradezco; nunca he soportado la música demasiado alta. Observo a aquellos que hay a mi alrededor. No me parezco a ninguno, simulando sonreír para caer bien a los de arriba y subir paso a paso hasta sentir la comodidad de un puesto importante.

Es un premio de consolación para la vida. Pobres infelices.

—¿Tu qué opinas, Alan? —pregunta Virginia.

Regreso al mundo real, al detestable mundo real.

—¿Sobre qué? —pregunto.

Alguien susurra dentro de mi mente. Miro por encima de las cabezas y entre los cuerpos de la multitud me parece ver a la pequeña mellada, observándome.

—Sobre el coctel. Está delicioso, ¿verdad? —pregunta Louis.

—Alan ni siquiera lo ha probado aún. —dice James.

La voz me golpea, una y otra vez, como el tic tac de un reloj, martilleando mi cerebro.

—¿Te ocurre algo, chico? —me pregunta Louis.

—Está bien, simplemente un poco alterado por lo ocurrido, es normal. —dice James.

—Cierto, cierto. Disculpádmelo. —digo.

Claudia se levanta. Bailotea al ritmo de la música, ligeramente, semejante a la caricia de una pluma.

—¿A alguien le apetece moverse o tengo que ir sola? —pregunta.

Ignoro por completo a la chica.

Mi pulso se acelera, palpita como el corazón de un pájaro que contempla su jaula abierta con la libertad entre sus dedos. Me levanto y me alejo de la mesa con la intención de marcharme. Soy muy mal educado, lo sé, pero me estoy ahogando. Necesito ver la verdad. Lo demás no me importa nada.

—¡Alan! —grita James.

Tengo que ver algo importante, salgo por la puerta principal. En la entrada continúa creciendo la cola de gente esperando su turno para entrar. Alguien me agarra por el brazo. James y Virginia me han alcanzado.

—¿Has perdido el juicio?, como se te ocurre irte así. —dice James —Haberme dicho que no te apetecía salir hoy y nos habríamos quedado en casa. Te encierras en ti mismo y es imposible comprenderte.

Me cuesta respirar y los nervios me poseen.

Llamas, llamas... la pequeña mellada por todas partes.

Llamas en la piel.

—No se trata de eso. —digo —Hace unas horas he hecho una pequeña escapada sin que lo supieras.

—Bueno, no creo que sea para tanto. No me voy a enfadar. Ya eres adulto para tomar tus decisiones, Alan. —dice James.

—Fui a mi casa.

Su cara cambia y se muestra realmente enfadado.

—¿Cómo se te ocurre, sospechan de ti! Es el último lugar al que tendrías que haber ido. —me agarra por la solapa con violencia.

James nunca ha sido agresivo conmigo. Virginia se pone entre los dos e intenta separarnos.

—No comprendo nada, ¿qué es lo que ocurre? —pregunta la chica.

James se muerde la lengua.

—Cuéntaselo si quieres, Alan. Al fin y al cabo, vas a hacer lo que te dé la gana. Yo me rindo. —dice mi amigo.

Suspiro.

—Virginia, seguro que has visto las noticias hoy. —digo.

—Algo, no suelo hacerlo.

—Ayer por la noche se produjo un incendio en mi casa y mi pareja murió durante el fuego.

Me escucha atenta.

—Vaya, no sabía que había pasado. Ahora comprendo las palabras de Louis.

—Sospechan de mí y por eso tengo un sensor en el tobillo que indica mi posición. Si me escapo de la ciudad seré nombrado instantáneamente prófugo y le pondrán precio a mi cabeza. Sobra añadir que acercarme al lugar del incidente resulta muy extraño, aunque creo que ya lo deben saber.

—¿Piensan que provocaste el incendio y que mataste a tu novia? —pregunta Virginia.

—No del todo, pero no se fian. —explico.

James interrumpe nuestra conversación.

—¿Y a donde te dirigías ahora tan rápido, crees que soy estúpido? —el que calla otorga. James escucha la respuesta en mis ojos —Joder, Alan, ¡estás loco!

—Solo será un momento, tengo que comprobar algo, lo necesito. —explico.

—¿Pero qué coño vas a ver si está todo quemado?!

—No es tu problema, es el mío y tengo que solucionarlo.

Virginia intenta mantenernos separados.

—Entra James, hazme caso, yo hablaré con Alan. Confía en mí. —sugiere Virginia.

James es muy débil con las mujeres y siempre las obedece ciegamente. Sin pronunciar una sola palabra vuelve a entrar en la cueva estruendosa. Virginia coge mi mano y nos sentamos a solas en el banco de un parque próximo tan cercano a la fiesta que podemos escuchar a la perfección a aquellos que esperan frente a las puertas del muro. Pone su brazo sobre mi hombro, lo que me reconforta un poco.

—¿Qué te ocurre, Alan? Soy psiquiatra, ¿recuerdas? Puedes contármelo, prometo escucharte. Considérame una amiga.

El estrés que recolecta mi interior se reduce abundantemente. Deseo hablar con alguien y ella ha ganado los suficientes puntos gracias a su cortesía.

—Esta noche fui a visitar el lugar donde conocí a Judith.

—Y sentiste la necesidad de volver a ver el lugar donde vivías con ella, eso es totalmente natural. Cuando sufrimos un trauma muy fuerte, nuestro cerebro lo gestiona como una carpeta en un cajón que hemos olvidado. Siempre va a estar ahí, presente.

Tengo que corregirla.

—No, no es porque necesite ver el lugar donde vivíamos, es complicado de explicar. Vi... algo o, mejor dicho, vi a alguien.

—Cuéntame, Alan.

Ella es todo oídos.

—Desde el día del incendio, noche tras noche, vivo una serie de pesadillas horribles en las que veo a una niña pequeña que no consigo reconocer, siguiéndome y hablándome. Creía que era algo normal; podía tratarse de alguna amiga de la infancia que había olvidado, así que no lo tomé en cuenta. Lo extraño es que la estoy empezando a ver por todas partes. A estas alturas me cuesta mucho distinguir la realidad de los sueños. La seguí hasta la puerta de mi casa tras verla junto a la parada del autobús, pero no puedo entrar... Desde entonces estoy atormentado. La imagen se repite una y otra vez en mis pensamientos. ¿Significará algo?

—Alan, los fantasmas no existen, no tienes seis años, —tiene razón —pero la mente humana es mucho más compleja de lo que parece, funciona como una grabadora automática. Almacena todo lo que recibe, venga de donde venga, y reproduce lo que guarda en contra de la voluntad de su dueño, como un disco rayado, una y otra vez. Cuando algo nos perturba, funciona con mucha más intensidad.

—No te comprendo.

—Verás, ¿alguna vez has intentado dejar de escuchar en tu cabeza esa dichosa canción pegadiza

o has querido eliminar el recuerdo de alguna escena impactante de una película sin conseguirlo, como si tu mente pensara por ti en algunas ocasiones? —pregunta.

—Eso le ocurre a todo el mundo.

—Cierto, la mente funciona por sí misma. Envía señales de sensaciones que recibe del exterior y que le llaman la atención. Se podría decir que existe una pequeña personalidad escondida dentro del subconsciente que se comunica con nosotros sin que se lo pidamos y dado lo traumático que ha sido tu caso yo diría que tu mente está trabajando a toda velocidad.

—¿Y porque reproduce esa imagen continuamente? —pregunto.

—Eso solo puedes descubrirlo tú mismo. Debes calmarte y poco a poco se revelará el motivo.

Le hago un gesto de gratitud y me levanto.

—Te agradezco mucho esta conversación, pero necesito un descanso. Demasiadas emociones en muy poco tiempo.

Me despido de la dulce dama.

Camino hacia la casa de James, en solitario y en silencio.

—¡Alan! —grita Virginia, aún sentada en el banco —Ocurren cosas dentro de nosotros que aún no somos capaces de explicar. Quizás, todo tenga una respuesta. Debes ser paciente.

Me vuelvo y continúo mi camino. Puedo ver a Virginia aún sentada en el mismo lugar mientras me marcho. Se inicia una ligera lluvia durante el camino de vuelta. ¿Correr? No, dejo que el agua me acaricie la piel un poco. El demonio malvado sobre mi hombro me tienta y me reta a volver a casa por respuestas, pero vence el ángel bueno.

Llego al apartamento de James y uso las llaves que me ha prestado. Entro. Escucho los ronquidos de Data desde el dormitorio. Me tumbo sobre el sofá para hacer lo mismo que él. No quiero despertarle, así que intento hacer el menor ruido que me es posible. No tengo sueño. Enciendo la tele con el volumen muy bajo para adormecerme. Mi cuerpo se desenchufa y duermo plácidamente.

*Ojos de los sueños*

—Alan, Alan... —suenan un sigiloso eco desde las profundidades —Despierta, quiero que me acompañes.

Siento su aliento sobre mi rostro y el tacto de diminutos dedos en mi pecho.

Abro los ojos. Sedoso cabello castaño acaricia mi piel y la sonrisa mellada me mira. Su cara esta vez es más dulce.

—¿Quién eres? —pregunto.

—No lo sé. —susurra en mi oído —Tú tampoco pero aquí estoy, en ti.

—Me atormentas cada noche. ¿Por qué lo haces?

A la niña le gusta el sofá y se acomoda en él.

—No quería molestarte mientras dormías, pero necesito que me protejas del monstruo que me persigue. Me inspiras seguridad. —explica —Tengo miedo, mucho miedo. Necesito estar a tu lado. Me proteges, lo veo en tu interior.

Se agarra a mi brazo con fiereza, no quiere dejarme escapar.

—¿De qué monstruo hablas?

—Viaja por aquí continuamente y no deja de perseguirme. Ya no se atreverá a asustarme, te tengo a ti a mi lado. Cuando tú estás cerca se esconde entre la oscuridad. —acerca su boca a mi oído —¿No lo sientes? —dice en voz muy baja.

Las paredes de la casa se elevan por encima de mí, resquebrajándose en diminutos trozos que flotan como nubes. El metal de los muebles se mueve con un irritante chirrido y adopta la forma de un parque con juegos. El brazo del sofá se transforma en un columpio y una de las sillas de la cocina en un tobogán. Cada segundo el tamaño de la zona de recreo aumenta. De repente, el suelo se llena de colores y convierte el salón en un jardín con tantas flores que me impide respirar.

—¡Juguemos, Alan! —dice la pequeña mellada, columpiándose —Necesitas divertirte un poco.

—Creo que tienes razón.

Reímos.

Jugamos.

Nos divertimos.

Del suelo surgen decenas de infantes que resucitan, apartando la tierra sobre sus cabezas. Son niños corren a usar los juegos para acompañar a la pequeña.

—Los he creado para que no estemos solos. —dice sonriente —No me gusta jugar sin compañía. A ti sí, ¿verdad, Alan?

Yo observo.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunto.

Da más impulso a su columpio.

—Tú me dejas hacerlo. —explica —Colúmpiame, Alan.

Lo hago. Ella ríe y los niños que nos acompañan también, pálidos y ojerosos. Un impulso, otro,

otro más, cada vez con más fuerza. Parece divertirse, pero de repente, el péndulo donde la pequeña mellada me espera sentada detiene su ir y venir. Siento mucho frío en las manos. Algo no va bien, puedo sentirlo.

Dejo de empujar.

La pequeña mellada para de reír y todo se convierte en silencio. Espesas nubes grises aparecen en el cielo. El mundo se oscurece por segundos.

—¿Qué ocurre? —pregunto a la niña.

—Volveré a buscarte para jugar, tengo que marcharme. —responde, mirándome de espaldas — Tienes que quedarte aquí y esperarle. No puedo hacer nada por ti.

La pequeña mellada se convierte en polvo y viento. Llega la absoluta negrura y me quedo en la nada.

Un rayo de luz ilumina un punto fijo permanentemente y sobre él, como un actor sobre un escenario proyectado por un foco, un niño está de pie y de espaldas a mí, respirando con fuerza. Me acerco lentamente. Quiero tocarle y saber quién es. Alguien enciende la luz y el día regresa. Hay una intensa montaña tras un campo verde y colorido que no tiene fin. Es todo un mundo rodeado de belleza. El suelo se agrieta con un potente seísmo que llega desde las profundidades y cientos de porciones de roca salen despedidas hacia el cielo. De debajo de la tierra afloran gigantes de piedra que se sujetan sobre los bordes del suelo fracturado. Suben mientras el mundo tiembla. El niño permanece en su lugar, inmóvil. Brota una descomunal falla justo bajo mis pies y tras perder el equilibrio por completo caigo por ella en picado a través de un agujero negro sin fin, perseguido por la imagen del chico y sus gigantes. Atravieso la tierra por el centro y recorro su oscuro túnel interior. Vuelo hacia el universo como la bala de un cañón, cruzando planetas gigantes. Mi ropa se agita por la velocidad, intensa e incontrolable. Después de unos minutos, quedo suspendido fuera de la galaxia, flotando. Descubro el esplendor supremo de millones de estrellas girando en un orden lento y perfecto. Es una esplendorosa imagen solo visible a través de los sueños humanos y de los ojos de los dioses.

Camino perdido y desorientado entre las estrellas. Me apoyo en un suelo invisible. Tras pasar un incontable tiempo, continúo perdido y en armónico silencio.

Sin una flor ni una roca, sin camino ni sendero.

Ninguna forma de vida por ninguna parte. A solas con la oscuridad.

—¿Hola? —pregunto —¿Hay alguien?

—Renuncia a hablar, deterioras mis sueños. —suena una voz juvenil.

—¿Quién eres? —pregunto de nuevo.

—El inquilino de tu soledad, el deseo de tu subconsciente, el dormir de tu pasado...

—No puedo verte.

—No quiero que me veas, necesito que me encuentres. Búscame... después de haberme olvidado.

Utilizo su voz como brújula para orientarme a través de la nada. Las estrellas desaparecen mientras las adelanto y dan paso a bloques de ladrillo que se amontonan los unos sobre los otros a mí alrededor con estruendosos golpes y temblores de tierra. Desaparecen los mundos y se esfuman los astros. Estoy encerrado en el pasillo de un edificio rojizo con personalidad y forma. Es un túnel infinito de penumbra levemente decorado. Me detengo a observar la pintura de las paredes, de las ventanas, sus dibujos... todo es extrañamente familiar.

Toc toc, suena tras mío.

Me giro y doy con una puerta que hace un segundo no estaba. La madera está muy descompuesta. Se hace un gran grito agonizante. El espeluznante sonido que llega desde el otro

lado me impide avanzar en parte. Aun así, la abro y entro. Detrás, la luz se ausenta. Veo el suelo levemente entre la oscuridad. Escucho gritos de angustia y sigo su rastro. Vigilo mis pasos para no tropezar entre las sombras. A lo lejos, una luz asoma como la salida de una cueva.

Corro, corro hacia la salida.

Al alcanzarla llego a una sala incolora y vacía, perfectamente cuadrada. Una figura me espera desde su centro de espaldas.

¿Es el niño? Respira con fiereza. Emite ligeros espasmos, casi imperceptibles.

—¿Quién eres? —le pregunto.

—Como te atreves. —responde.

El suelo arde en llamas a su alrededor. Desde sus pies despega un gigantesco trono con incontables escaleras que atraviesan el techo y dan paso a la luz. A través del agujero que ha hecho se ve otro lugar diferente. Un épico palacio, con pilares de mármol y ventanas que deben medir miles de kilómetros, da respaldo al trono y amplía su esplendor. Todo es tan inmenso que no puedo contemplar el final. El niño se pone en pie sobre el trono.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunto.

Ignora mis palabras.

—Bienvenido a mi hogar, Alan. ¿Te gusta?

—Solo eres un sueño. —amenazo —No me puedes hacer nada.

De sus ojos brota una profunda bruma oscura. Su sistema circulatorio se puede ver a través de su piel, rellena con sangre negra como el petróleo. Muestra el ritmo de su latido. Cara a cara, me desafía un pequeño demonio desconocido y su sonrisa.

—Por fin has llegado. Te esperaba desde hace tanto tiempo... —su voz es jocosa. Abre los brazos de par en par —He construido este reino en tu honor. Espero que estés orgulloso. Tú has olvidado este lugar, pero sigue aquí.

—¿Quién eres?

Baja los escalones dando saltos y frotándose las manos, envuelto en repulsiva emoción.

—Estoy ansioso porque lo descubras. ¿Sabes? Sé que lo harás, —se pone serio y alza el dedo indicando un dato —pero antes nos recrearemos con mi juego, te guste o no. Cada vez que duermas, cada vez que decaigas y vuelvas al mundo de los sueños, continuaremos jugando.

Baja hasta mi nivel.

—No das miedo. Solo eres una estúpida ilusión. —vacilo.

Aprieta mi garganta sin tocarme con una fuerza infinita. No puedo moverme. A pesar de su corto tamaño, me alza con tanta fuerza que mis pies levitan. Es imposible respirar y lo peor de todo es que, aun siendo un sueño, la agonía se siente real.

—¡Suéltame! —suplico como puedo —¡Me duele!

Une nuestras caras sin soltar mi cuello. El calor del vapor de sus ojos me quema.

—Llevo años en soledad viendo como traumas y sufrimiento se han ido acumulando en este lugar uno tras otro. —amenaza —He permanecido oculto aquí demasiado tiempo sin nadie a mi lado. Por tu culpa voy a estar en este basurero hasta que mueras. No pienso darte mi nombre, maldito dueño. Te daré lo que te mereces, cada vez más dolor cada noche.

Las uñas del pequeño crecen y se incrustan bajo mi piel. Intento quitármelo de encima. Es inútil. Ríe como un vampiro a punto de beberse la sangre de su víctima.

Soy su prisionero.

—Vamos, Alan... —por un segundo creo escuchar la voz de Judith.

Aprieto los dientes fuertemente hasta que me sangran las encías. Un esfuerzo más, Alan, un esfuerzo... Aguanta el dolor. No consigo deshacerme de las manos del niño de ninguna forma y

sus uñas continúan creciendo, imparables. Se introducen cada vez más en mi cuello, del que caen pequeñas cataratas rojas que inundan mi pecho.

—¡Vamos! —vuelvo a escucharla de nuevo, con su dulce voz... mi hermosa Judith.

La adrenalina desfila por mi cuerpo y me da fuerzas para otro intento de fuga más. El niño se da cuenta de mis intenciones.

—¿Pretendes escapar? Debe ser una broma. Nunca has luchado contra nada ni nadie. Aunque lo hagas, volveré a encontrarte. Siempre daré contigo, es inevitable.

—¡Suéltame, maldita aberración! —grito, forcejeando contra él.

—Como quieras. —sonríe.

Obedece, pero con segundas intenciones. Me suelta y caigo a una velocidad incalculable a través de un precipicio. Golpeo el suelo con mi espalda. Escupo sangre por la boca y grito intensamente. El dolor es insoportable.

—¡Mierda, me duele, me duele muchísimo! —cierro los ojos —Vamos, Alan, solo es un sueño. Concéntrate, esto no es real.

Me alzo para orientarme de nuevo. ¿Dónde estoy? Me muevo. Mi carne está llena de cortes y mis articulaciones crujen. Mi casa, o lo que fuese antes de las llamas, se eleva con todo su esplendor frente a mí, reconstruida. Escucho gritos en el interior. Un cable de luz sale de mi tobillo y me empuja hacia atrás, alejándome de mi morada como una caña de pescar.

—¡Vamos! —grito mientras empujo mi cuerpo hacia delante. Algo tira de mí aún.

Caigo de rodillas. Anclo los dedos en el asfalto y los empujo con tanta fuerza que levanto el suelo. Los gritos del interior de mi casa son cada vez más fuertes. Cuanto más lucho por avanzar, más intensamente brilla el cable que me retiene. La carretera se levantaba en ángulo recto y tapa mi destino como si fuera un muro. Todo retumba y tiembla, al igual que un volcán a punto de darle una sorpresa a una aldea próxima. El suelo alcanza un ángulo perfecto y caigo durante una eternidad.

Los ojos de mi amada, dulces y hermosos, se fusionan con los míos.

—Alan, mi vida, descansa. —me susurra.

Siento el tacto de sus manos en mi pelo, entre la nada más absoluta.

*Actos de nobleza*

El suelo amortigua mi cabeza. James me mira fijamente desde la puerta de la entrada. Data entra corriendo desde su dormitorio, asustado por el golpe que ha dado mi cráneo contra el suelo.

—¿Estás bien, Alan? —pregunta éste.

Me sobrepongo sobre el sofá. Palpo con la mano la zona dañada en busca de alguna herida producida por la caída. No hay ninguna, por suerte.

—Estoy bien. —respondo —Solo ha sido una pesadilla, no te preocupes.

—Menudo susto me has dado, amigo. —dice Data —Buenos días, James. ¿Qué tal la fiesta?

—Bien. —responde.

—Alan ha llegado mucho antes que tú, ¿no? —Data es un bocazas.

James me clava sus ojos y responde.

—Sí, se ha marchado corriendo y nos ha dejado solos a todos.

—Virginia... menuda diosa. —sueña Data —¿Por qué nunca me invitas a tus fiestas?

James le ignora.

—Virginia me dijo que volvías. —explica James —Por un momento pensé que ibas a cometer una locura. Veo has sido lo suficientemente maduro y no lo has hecho.

—¿Ir?, ¿dónde? —pregunta Data, confuso.

—Nada, cosas nuestras. —respondo —En realidad, me he marchado porque necesitaba desconectar un momento. No estoy para fiestas.

Estoy agotado, fatigado. Me duele todo el cuerpo. Ambos se sientan a mi lado mientras me froto la cara.

—¿Otro mal sueño? —pregunta James.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

—Lo sabemos, Alan. También te escuché la otra noche hablando y gritando mientras dormías. —recalca Data.

—Dios..., me siento como si hubiera librado una guerra en solitario. Estoy hecho polvo. ¿Qué hora es? —pregunto.

—Las ocho de la mañana, chico. —dice Data —Dentro de un rato me tengo que ir al trabajo.

Ambos apoyan su brazo sobre mi hombro.

—Venga, amigo, esto no te está llevando por el buen camino. Necesitas un respiro. Deberías hacer un viaje y desconectar. —dice James —Disculpa mi comportamiento, solo quiero que avances y que no te encierres en ti mismo. No te veo bien y me preocupo por ti.

—Sí, James tiene razón. —coincide Data.

Busca un cigarrillo en su bolsillo. Otra vez, su pequeña dosis de tranquilidad neuronal está a punto de ser lanzada al organismo. Yo también fui fumador hace tiempo. Ahora vuelve a tentarme una pequeña barra insalubre.

—James, ¿puedes darme uno? —solicito.

—Claro que sí, no hace falta preguntar.

Me da un pequeño tubo de muerte y activa una llama artificial en miniatura para encenderlo. Da vida a mi amante temporal y degusto su contaminante aroma. Saboreo los minutos de vida que me roba. Me pregunto si realmente quiero seguir encerrado en este asilo con el corazón destrozado por el dolor. Mientras me relaja el humo, la punta rojiza que se enciende al aspirar me recuerda a las llamas y al intenso calor abrasador al que hice frente para intentar recuperarla. Mi acto fue en vano, ella está muerta. Data enciende el televisor e intenta desconectar mi mente de las pesadillas. Recuerdo los rostros de mis viajes nocturnos. Lo normal es olvidar un sueño y a sus ocupantes, pero por alguna extraña razón que escapa a mi comprensión, yo no puedo hacerlo. Respiro bruscamente, fruto del miedo.

—¿Estás bien? —pregunta Data en voz baja.

Asiento con una sonrisa. James fuma tranquilamente mientras juega con su teléfono móvil. No ha cambiado, vive atrapado en la tecnología.

—¿Y dónde iríamos de viaje, James? —pregunto.

Se sobresalta. Está tan inmerso en su pequeño teléfono que me ha escuchado, pero no me ha entendido. Me hace gracia.

—¿Dime? —pregunta.

No se ha enterado de nada.

—No has cambiado, sigues atado a la tecnología. —río.

—No es cierto.

Data alza su brazo y su dedo índice, sin despegar la mirada del televisor.

—Discrepo, Alan tiene toda la razón.

—Data, tú eres el más adicto a la tecnología de nosotros, farsante. —replica James.

—Cierto, pero al menos yo lo reconozco. Tú lo niegas continuamente, a pesar de la clara evidencia. —corrige Data.

Rompo el hielo.

—Solo he preguntado donde iríamos de viaje.

James apaga su cigarro. Yo hago lo mismo pasados unos segundos.

—Donde quieras, aunque recomendaría un lugar festivo, como Brasil. —sugiere James.

Data abre los ojos de par en par, indignado.

—¿Me ha parecido escuchar Brasil? —pregunta —Prefiero quedarme en casa.

—Parece interesante, —digo —aunque mi presupuesto no es tan elevado como el tuyo.

—En ese caso vamos a olvidarnos de Brasil. En cuanto te quiten el detector del tobillo pensaremos en el viaje. Ahora lo tienes crudo. —Data tiene razón.

—El sensor.... —susurro —Cierto, muy cierto.

Cuando no tenga el detector haré un largo viaje... largo viaje.

Explota un impulso en mi alma y todo mi cuerpo se detiene al unísono. Hecho un ojo a mi tobillo. Había olvidado que llevo esta maldición unida a mí. Un minúsculo vigilante incansable. Veo la oportunidad de encontrar una explicación a mis sueños. Corro hacia la cocina y cojo un cuchillo. Ambos dan un salto, sorprendidos, no entienden lo que pasa. Me meto en el baño a toda velocidad. Pongo el seguro y bloqueo la puerta de la fortaleza. Mi objetivo es muy claro.

—¡Alan, joder, no te suicides! —grita James, angustiado.

—No es lo que pretendo hacer, tranquilo. —digo desde el otro lado —Voy a cortar el detector, no te preocupes.

Me siento sobre el baño y sujeto el grillete con fuerza.

Decenas de sirenas van a sonar si no soy rápido.

—¿Qué? ¡Ni se te ocurra, te encerrarán en cuanto lo hagas! —dice James.

Mi ansiedad ciega esa verdad y hago caso omiso a sus suplicas. El tiempo no se detiene para nadie, así que corto.

—Necesito comprobar algo, tranquilo. —digo.

—¡Has perdido el control, necesitas ayuda! —es complicado cortar la correa, es extremadamente firme —¡No lo hagas!

James sacude la puerta con entrega y el seguro cede un poco. Vamos, Alan, vamos, córtalo, puedes hacerlo.

Escucho a la pequeña mellada. La veo columpiándose, contándome sus secretos y dando paz a mi alma.

—¡Déjalo ya o tiraré la puerta abajo, te lo juro! —amenaza James.

Da un golpe y luego otro, cada vez con más fuerza. El seguro cede un poco más.

—¡Te vas a dislocar el hombro, detente! —grita Data.

—¡No me importa, este loco no sabe lo que hace! —grita James —¡Rómpete, estúpida puerta!

Deprisa, deprisa, Alan. Falta poco.

El seguro está a punto de ceder.

James, con su último aliento, se aleja para dar el golpe final. Me adelanto y corto el grillete que me mantiene apresado antes del impacto. La luz del sensor deja de parpadear para siempre.

Deprisa, deprisa...

Salgo corriendo a toda velocidad. Arranco lo que queda del cierre de seguridad de la puerta con un golpe y rompo un pequeño trozo de la madera del marco. James se preparaba para dar el último empujón. Al verme salir a toda velocidad, me persigue dando grandes zancadas. Mi amigo no está en plena forma. Su adicción al trabajo y al tabaco se refleja mientras corre por los pasillos e intenta atraparme gritando mi nombre. Sus pulmones suplican que me detenga. Salgo en medio de una gran aglomeración de gente. Lluve levemente. Escucho a James entre la multitud, llamándome. Le ignoro. Corro y corro entre un mar de gente, empujado por la voluntad. Sobrecargo mis músculos y separo los filamentos de mis zapatillas. Pierdo el rastro de James.

Tras un largo tiempo caminando llego a mi antigua casa, mi morada, mi hogar, ahora rodeado por una cinta de la policía. No dudo y entro. Al pasar la puerta encuentro el infierno en mis viejos muebles ahora convertidos en escombros y polvo. Registro el lugar con la esperanza de encontrar a la pequeña mellada. Escucho la sirena de la policía en mi mente. Tengo que tomar una decisión rápida o se volverá real. Subo por las escaleras. Mis pasos hacen un leve eco. La madera de las escaleras cruje y cede ligeramente. Los antiguos cuadros y fotografías de mi familia que cuelgan se han borrado con tinta de ceniza.

Alan, busca. Estás aquí por algo, no has arriesgado tanto para nada.

Llego al lugar donde Judith y yo dormíamos. Escucho susurros y me parece oír hablar a una niña. Cada vez tengo más claro lo que voy a hacer. Voy al cuarto de baño con la esperanza de que algún somnífero haya sobrevivido a las llamas. Cuando miro el reflejo del espejo del baño veo una imagen cansada y psicológicamente dañada. Abro el botiquín. Hay suerte. Judith siempre tiene alguno para descansar debido al insomnio que padece durante algunas noches. Nunca me contó porque le pasaba eso. Vuelvo al dormitorio y me tumbo sobre mi antigua cama. No me importa ensuciarme con la ceniza. Abro la caja, dispuesto a viajar, tomo varias pastillas. ¿Demasiadas? No lo sé, nunca he tomado un medicamento para dormir.

—Espero que tengas algo interesante que contarme, pequeña. —le digo a la nada.

*Sueños de la propia profundidad*

Agachada frente a mí y con sus coletas casi tocando el suelo, la pequeña mellada toquetea la arena del parque.

—Al fin has vuelto, ¿te das cuenta de lo que eso significa? —me pregunta.

Juego con la arena junto a ella.

—No lo sé, levántate y cuéntamelo.

Una inmensa arboleda bajo un precipicio profundo se extiende tras ella, alumbrada por la luz tenue de la luna.

—Significa que has aceptado aquello que hay en ti y empiezas a no tenerle miedo. —me acaricia la mejilla con suavidad —Todavía te queda mucho por recorrer. Tienes que ser libre y aceptar la verdad.

—¿Qué verdad?

—Toda, Alan, la verdad que reside en tu interior. Aquella que ambos conocemos. No temas, siempre has sido asustadizo. Se valiente ahora.

—¿Tú me has traído hasta aquí? —pregunto.

—Sí, eso es. —responde —Espera aquí.

—No entiendo nada, no sé qué hacer. —dudo —Sé que no eres real, aunque mi corazón me haga pensar lo contrario.

Flota en el aire, alejándose sobre los árboles. Intento alcanzarla, pero inexplicablemente ya no soy capaz de moverme.

—Bajo la luna, el viajero espera la oportunidad de dividir su camino. —una intensa niebla se funde con ella —El sendero recto es aburrido. Piérdete y se libre.

Termina de evaporarse. Sé que la veré de nuevo. La bruma se disipa y la pequeña mellada ya no está en ella. Los árboles se elevan con un gran seísmo. Estos susurran y se mueven. Abren un camino oscuro. Lo que parecía un valle ahora es plano.

Mensaje recibido.

Camino por él.

Tras un largo paseo entre arroyos, árboles y matorrales que parlotean y cuchichean, aparece un claro de luz con edificios. Estoy en una calle desconocida con transeúntes de ropas de la década pasada que pasean con normalidad, haciendo caso omiso a mi presencia. Una anciana habla con otra en la acera y cada una sujeta a su respectivo perro, un pequeño infante bota su balón contra el suelo y golpea por accidente un pequeño puesto de frutas desparramándolas por todas partes mientras el dueño le grita enfurecido, una decena de anónimos rostros deambulan en la noche estrellada. El sonido de la gente es leve, como un ligero viento tras la persiana o los pasos de un diminuto cachorro que anhela caricias y no te deja conciliar el sueño. Alzo la vista y veo la iglesia al final de la calle, la misma de mis recuerdos.

Me acerco, con los pies firmes y seguros, sin sentir miedo. Llego al fin a la puerta del colosal

edificio.

Suspiro.

Mi cabeza recibe un ligero golpe. El balón cae al suelo tras el porrazo. Me agacho y lo cojo. Puedo sentir detrás como el pequeño propietario del juguete espera con ansiedad aquello que es suyo.

—Toma, ten más cuidado. —le pido.

Me giro para devolverle al chico lo que le pertenece. Cuando veo su cara compruebo que no es tan infantil. Una oscura y afónica risa brota de su garganta. Esos ojos ardientes de humo negro... esas venas grises mostradas al exterior... es él.

—Quédate con el estúpido balón, te prefiero a ti. —amenaza.

Golpea su mano contra mi cara tan enérgicamente que el resto de los peatones se rompen en un estallido de pequeños cristales.

Caigo de rodillas y me cuesta hablar.

—Mal... maldito... —digo en voz muy baja.

—¿Qué deseas, Alan? ¿Porque vienes a este lugar?

De repente, mis cuerdas vocales se liberan.

—Tú me traes.

Se mofa de lo que digo con fuertes risas.

—Yo creo que no, yo creo que no. —mueve el dedo de lado a lado. El humo de sus ojos me quema —Tienes que esforzarte más y hallar el motivo, gran amigo mío.

El pequeño monstruo tiene un control total sobre mí. Es el dios de este lugar.

—No eres más que un sueño, una estúpida ilusión de mi mente.

Se frota el pelo.

—Sí, cierto, eso es verdad, pero sea real o no, puedo controlar lo que ves en este mundo a mi voluntad. Dolor, angustia, sufrimiento... miedo. Tus sentimientos son hilos en mis manos. —se alza como un pequeño y aterrador ser todopoderoso. Un hormigueo recorre mis intestinos y sube hasta mi estómago. Me entran arcadas —Conozco tus temores más profundos, Alan. Sé todo lo que tú sabes y eso me da ciertos privilegios. Puedo controlar tu mente como tú me controlaste a mí hace tiempo.

Agarra mis manos con fuerza. Brotan patas de mi nariz, de mis oídos, de mis ojos y entran en el pequeño monstruo a través de sus manos. Arañas de nuevo. Forcejeo con él para escapar y no lo consigo.

—¡Suéltame! —grito.

—¡La fuerza no sirve de nada aquí, creía que te habías dado cuenta, Alan, pensé que eras más listo! —risa afónica —Odias las arañas, ¿verdad? Diminutos insectos que hacen temblar todo tu cuerpo, insignificantes y débiles parásitos que pueden controlar tu voluntad y tu miedo.

La intensidad del humo de sus ojos aumenta, como si en su interior ardiera el mundo. Mis latidos son cada vez más fuertes. Lucho por hacer frente al miedo. Estruja mi mejilla contra la pared de la iglesia. Al fondo y como un ángel salvador, mientras el pequeño monstruo aplasta mi cráneo contra la pared entre risas de júbilo, veo un motivo para morir cientos de veces y vivir una vez. Judith está junto a la pequeña mellada.

Todo el lugar tiembla, preámbulos del Apocalipsis final.

—¡Marchaos, marchaos de aquí y dejadme terminar con este simple! —grita el pequeño monstruo.

Judith y la pequeña mellada...

Muerdo la mano del pequeño diablo mientras dejo de pensar en los insectos aterradoros que

continúan merodeando a través de mí ser. El sabor de su carne quema mis labios con un fuerte dolor. Doy un grito ensordecedor. Aprieto su brazo con las dos manos. Necesito separarle de mí. Las arañas se vuelven contra él. Está frustrado y furioso, puedo verlo.

—¡Voy a entrar, aunque tenga que enfrentarme a ti cientos de veces! —amenazo.

Su risa y sus espasmos me ponen los pelos de punta.

—No puedes escapar de mí. Somos uno y así será para siempre, sin importar cuánto te esfuerces, Alan. —su risa aumenta hasta ensordecerme —No puedes escapar de tus propios sueños, no puedes obligarme a marchar. Tú me has traído aquí, ¿lo has olvidado?

Un último esfuerzo, Alan.

—¡Suéltame! —grito.

Empujo con todo mi odio y se rompe en mil pedazos mientras continúa riendo.

—Lo estás haciendo mal, chico, muy mal. —dice antes de desvanecerse.

Respiro profundamente y vuelve la paz. Por fin un sosiego a mis temores, por fin he tomado el control de mis sueños. Busco a Judith y a la pequeña mellada al fondo de la calle, pero ambas chicas han desaparecido. Estoy solo y dispuesto a dar el siguiente paso. Giro sobre mí mismo y veo la iglesia frente a mí. Abro sus gigantescas y pesadas puertas, expectante ante alguna señal.

¿Devoto yo? Todo lo contrario. Desde niño me interesaron los libros de ciencia y eso me apartó del camino divino lentamente hasta negar la presencia de un dios. He pisado iglesias por obligación y sin ser de mi agrado. Se podría decir que mi fe se ha anulado. Judith y yo nunca hemos hablado de la fe, pero recuerdo que alguna noche me pareció escucharla rezar a solas.

Doy un paso más. Apenas meto un pie cuando una figura me detiene. No puedo ver su rostro, pero si escuchar su voz.

—Mis palabras no son una broma, pequeño hombre. Sufirás las consecuencias de tus burlas. Vas a viajar por tus recuerdos, amigo mío. Puedo ver lo que tienes dentro. —se introduce en mi interior, desgarrándome el pecho.

El lugar actual cambia de forma y tamaño. Una fuerte explosión sacude al campanario que lanza sobre mí toneladas de escombros y quedo inconsciente. Abro los ojos y la luz me ciega. Estoy en pie e ileso.

¿Cómo?

Hay una elegante alfombra roja recién lavada y un pulido recepcionista salvaguarda la entrada.

—Adelante, señor, —me dice y alza un brazo cortésmente del que cuelga un pequeño trapo —le están esperando. No debe impacientarse a su compañera esta noche.

Entro.

No es posible.

¿Pero qué coño?

Recuerdo el lugar.

Estoy en un restaurante guardado en lo más profundo de mis recuerdos. Camino entre las mesas y me encuentro con alguien familiar. Es como mirar a través de un espejo empañado. Me veo a mí mismo, elegante y acompañado de una hermosa rosa amarilla sobre la mesa. Espero a Judith para cenar. Es un momento importante para ambos. Han pasado más de seis meses desde que empezamos a vivir juntos y deseo una noche única para que se sienta especial. Judith entra y es acomodada por un cordial camarero.

El reloj de arena se rompe y todo gira a gran velocidad. El primer plato pasa, el segundo plato se pierde en el viento. Llegamos al postre. Los camareros y demás clientes pasan desapercibidos para mí, solo son sombras en el aire. Me quedo observando la escena, paciente. Al fin llega el momento crucial tras la gran cena, cuando el corazón se vuelve loco y una sencilla palabra puede

cambiar para siempre tu destino. Veo como me arrodillo al lado de Judith, abro una diminuta cajita con un anillo en su interior y digo las palabras mágicas.

—¿Quieres casarte conmigo?

Los segundos me parecen eones. Sé la respuesta, la he vivido.

—No, Alan. Lo siento, mi amor, no podemos casarnos.

El espacio tiempo se detiene. Fue el peor momento de mi vida. Los demás clientes, que contemplan la pedida de mano, se quedan absortos ante la respuesta. Una señora obesa que cena con su marido y está vestida con grandes galas da una pequeña palmada con las manos y se queda boquiabierta.

—Es demasiado pronto, ¿verdad?

Judith sonríe dulcemente.

—No, cariño, no es eso. Tienes que confiar en mí. No podemos casarnos de momento. Quizás, más adelante, ahora tengo mis motivos.

—Por supuesto que confío en ti, aunque me gustaría conocerte más. Saber quién eres o al menos saber a qué te dedicas.

Llegué a imaginarme lo peor. Prostituta, traficante... no me habría importado.

Mi clon guarda el pequeño tesoro en el bolsillo de su chaqueta. Yo sigo de pie y observo la escena.

—Necesito pensar. —dice mi gemelo de los sueños —Voy a dar un paseo y nos vemos en casa.

Salgo a la calle a la vez que mi otro yo. No sigo a mi propio reflejo mientras se aleja, triste, encorvado y con la mirada perdida. Me quedo para contemplar a Judith libremente. Su belleza me mantiene atado al mundo irreal como un adicto a la cocaína que babea con ansiedad. Judith corre hacia el callejón en mi busca, triste por mi marcha. La niebla domina el lugar y envuelve a Judith haciéndola desaparecer sutilmente.

—¡Alan, espera! —lo dice en voz alta y Alan no la escucha.

Yo sigo observándola en toda su perfecta pureza.

Una silueta oscura aparece detrás de ella. No puedo ver quién es.

—Hola, Vanessa. —se dirige con ese nombre a Judith —¿Éste es tu chico, aquel del que tanto me hablas? Utiliza una buena colonia, sí señor.

El velo cae frente a mis ojos con un soplo de aire. Vuelvo a un mundo oscuro y en la nada. Las dos figuras ya no están y solo existe el pequeño de los ojos ahumados que ríe a carcajadas, para variar.

—Te lo advertí, no juegues conmigo. —amenaza el monstruo.

—¿Quién era ése? —pregunto, nervioso —¿Por qué la ha llamado Vanessa?

—No lo sabrás hasta que yo no lo decida.

—¡No!, tengo que ver más, ¡muéstrame más!

—¿Ahora necesitas mi ayuda? Esto me gusta. —dice el pequeño engendro infernal —Ya es hora de despertar, pero volverás y cada vez que lo hagas serás mío.

Maldito enano. Odio su cara, tanto como un niño perezoso y gordo odia a su entrenador de fútbol. Voy a tener que bailar su canción.

Entre la espesa niebla siento un eco de recuerdos. Escucho a mi amor susurrar algo que me decía después de hacer el amor.

—Descansa, mi vida.

*No confíes en todo aquel que te sonríe*

Tumbado sobre mi cama y con ceniza hasta la frente, me quito las legañas de los ojos. Dudas, tengo decenas de dudas por culpa de los sueños, tantas que se amontonan como ancianas en las rebajas. Cruzo mis diez dedos y los apoyo en mi nariz, pensativo. Fuera, las gotas que caían disimuladamente durante mi descanso se han intensificado y el astro rey lucha por brillar en vano. He dormido demasiado.

Vanessa... Vanessa... ¿Por qué ese nombre? Piensa, Alan, piensa deprisa. En unos minutos llegarán los perros con sus ladridos y los guardianes de la ciudad así que piensa. No encuentro una respuesta. Mierda, tengo que hacer algo.

Voy al baño para refrescarme. Llego a él dando tumbos, mareado. Veo la realidad de forma borrosa y distorsionada. Enciendo el grifo, pero soy estúpido, obviamente no funciona. Si las tuberías hubieran funcionado habría sido un milagro. Mi reflejo me saluda desde el otro lado. El cuarto de baño está lejos de cualquier ventana, por lo que apenas llega luz. A través del cristal se refleja un pasillo. La pequeña mellada pasea cruzando entre las sombras de las habitaciones, de una a la otra.

Desaparece al frotarme los ojos.

¿Qué me está pasando?

Necesito respirar. Subo a lo que queda de la terraza para tomar aire puro rebozado con restos de muebles incinerados y cimientos calcinados. Hace frío, mucho frío. Por todo mi cuerpo desfilan gotas sin parar. Me acerco al borde de la terraza para ver la calle y comprobar si ya han llegado. No hay ningún policía a la vista. Soy libre, al menos de momento.

¿Porque me pasa esto? Estos sueños, estas visiones... Acabarán volviéndome loco. ¿Puede que Judith esté en mi interior intentando decirme algo? Ahora dudo que sea su verdadero nombre. Joder, creo que deliro.

Los charcos son útiles para alertar de una presencia. Escucho un chapoteo en la calle, frente a la entrada. Me asomo para comprobar quien es. Alguien corre al interior de mi casa para refugiarse de la tormenta.

Recibo un duro golpe en la cabeza, como si intentara colarme en una discoteca de lujo y un gorila me frenase.

—¡Mierda, Alan! —grita James —¿Crees que matándote vas a solucionar algo? No superarás el bache suicidándote, no eres un samurái.

Me ha golpeado con tal rabia que mis dientes han chocado y escupo un poco de sangre. No me gustaría ser su enemigo.

—No intento saltar. ¿Qué obsesión tienes con el suicidio? —me mareo durante unos segundos debido al golpe —He visto a alguien entrando por la puerta principal.

—Siento mucho haberte golpeado, no quería hacerlo. Me has asustado. —se disculpa.

Echa mi brazo sobre su hombro y entramos a refugiarnos en mi casa.

—¿Cómo has sabido que estaría aquí? —pregunto.

—Te conozco bien, —dice —y no has dejado de insinuarlo continuamente.

—No me conocerás tanto cuando piensas que soy capaz de suicidarme.

—No esperaba encontrarte apoyado en el borde de la terraza.

Pido que me suelte, puedo mantenerme en pie solo. Hablamos por el pasillo carbonizado con pasos lentos.

—Te repito que he visto a alguien entrar dentro. —explico.

Se sorprende.

—Alan, pareces idiota. —ríe—Me has visto a mí.

—Al segundo de ver entrar a esa persona he recibido tu golpe. Es completamente imposible fueras tú.

—¿Crees que era un policía? —pregunta James.

—No pude verlo bien. Quizás. —digo —Es posible, recuerda que acabo de quitarme el detector.

—Lo tengo en casa. Puedes ir a la comisaría y mentir. Diles que se ha enganchado en alguna parte y se ha roto. Quizás, exista alguna posibilidad de que se lo crean y no te pase nada. —me enseña la sonrisa de galán con la que durante años ha robado a varias de mis presas —Conozco a una agente que te puede ayudar. Me deben un par de favores, tú ya me entiendes.

James no es muy realista.

—No seas estúpido, no se lo van a creer. —me detengo —Además, me está ocurriendo algo, lo sé. Tengo sueños extraños.

—Estrés es lo que tienes. En cuanto se solucione todo tendremos esas vacaciones de las que hablamos. —dice James, mientras escuchamos como algo delicado se hace trizas en el piso inferior y dirigimos la mirada hacia la fuente de origen —Pero... ¿Qué?

—¿Ahora me crees o bajo a pedirle que rompa otra cosa?

James me indica con el dedo que guarde silencio. Así lo hago. Hace otro gesto diferente. Quiere que le siga de cerca, agachado. Todavía en la planta superior escuchamos otro segundo golpe. Continuamos bajando e intentamos no hacer mucho ruido. De nuevo, algo se rompe por tercera vez. No es el método de un policía, pero si el de un cleptómano algo patoso. Nos acercamos. Cuarta víctima. Los ruidos vienen del comedor. Bajamos las escaleras, sigilosos. Escondidos detrás de un viejo sillón vemos a un hombre palpando entre los muebles quemados.

—Seguramente no es más que un vulgar ladrón. —murmura James —Vámonos de aquí.

—Ni hablar. Aunque esté en ruinas sigue siendo mi casa; me niego a marcharme.

—Alan, ahora mismo no te conviene llamar la atención. Puede que esté armado o que sea un loco. Vámonos, por favor. Está todo quemado, no encontrará nada de valor.

—Es cuestión de orgullo, James.

—Es cuestión de que acabas de cortar el puto detector y en cualquier momento pueden aparecer, Alan. ¿Quieres que te vean partiéndole la cara a un desconocido? Sí, eso sería perfecto para tu currículum.

—No quiero que cualquiera entre como si nada. ¡Es mi jodida casa! —alzo la voz.

—No queda nada aquí, olvídale todo de una maldita vez. Te estás encerrando en un mundo del que no vas a poder salir. ¡Vuelve a la realidad de una puta vez y olvídate de tu casa!

No tendríamos que haber gritado. Nos hemos olvidado del polizón en el barco. Una de las ventanas de cristal muere en estruendosos pedazos. Se ha asustado e intenta escapar a toda velocidad. El viento y los diminutos proyectiles de agua silban a través del hueco de la ventana que ha dejado el visitante.

—Mierda, ¡se escapa! —exclamo.

—¡Déjalo en paz, se ha asustado! —me pide James.

Me coge por el brazo y yo me libro dando un fuerte tirón.

—¡No es ningún ladrón! —grito mientras corro tras el polizón —¡Tengo una corazonada!

Atravieso la ventana cortándome levemente en el brazo. Nada preocupante. Fuera se me empapa la cara por la intensa lluvia.

—¡Alan, no sabes si va armado! —James sale corriendo tras de mí —¡No lo hagas!

El tabaco hace mella en los pulmones de James y le gana ventaja fácilmente. Corro, corro y corro. Cruzo el extenso bosque que hay tras mi morada tropezando con algunas ramas de viejos árboles y calándome hasta los huesos. Las gotas de lluvia camuflan a mi objetivo. Se desvanece entre la niebla, pero nada me detiene. Continúo corriendo para darle alcance.

Te encontraré por mucho que corras, tenlo por seguro. Sigo adelante.

Me pierdo entre los árboles. Mi enemigo se deja ver durante un pequeño instante. Aunque es rápido, su descuido ha marcado una ruta para atraparlo. Por un momento pienso en James. Le estoy ignorando demasiado y el solo intenta ayudarme. Devuelvo mi cabeza a la persecución que es donde debe estar. Tras dar varias vueltas como un perro perdido doy con su silueta. No se ha dado cuenta de lo cerca que estoy. Mi presa jadea como un animal moribundo. Debe creer que he dejado de buscarle. Está muy tranquilo y seguro a pesar de estar solo. Su mirada está perdida, ya no me espera. Me escondo entre la maleza como un depredador y saboreo el momento antes de abalanzarme sobre él. Mi corazón está entusiasmado. Me hecho sobre su espalda mientras recupera oxígeno. Lo sujeto por las orejas boca abajo y golpeo su cara contra el suelo embarrado. Dice algunas palabras que filtradas por el agua del charco se vuelven incomprensibles.

—¡Qué coño hacías en esa casa, cabrón! —grito, estrujando su cabeza contra el barro —  
¿Querías robar y marcharte como si no pasara nada?!

Le doy la vuelta.

Está aterrado, como en mi paranoia con el anciano vecino. En el fondo de mi alma deseo esto. Siento un enorme odio hacia este recién añadido al registro de caras desconocidas. Tiene más o menos mi edad. Está muy descuidado, con una larga barba de náufrago y el pelo enmarañado, sin embargo, su ropa es más decente.

—¡No soy ningún ladrón! —balbucea.

—¿Entonces qué coño hacías en mi casa?!

Lo zarandeo con brusquedad.

—¿Y a ti que te importa? —vacila.

Escupe en mi cara, literalmente. Alzo el puño listo para romperle la mandíbula. Cierra los ojos. Entre los troncos y las hojas de los árboles se escucha a alguien. Ambos nos detenemos.

—¿¿Dónde estás?! —grita James a lo lejos.

Ya nada puede detenerme, pero cuando me dispongo a darle el siguiente golpe algo en él llama mi atención.

—Tus ojos... tus ojos... —susurro —no pueden ver.

—Vaya, eres muy astuto. ¿Ahora te das cuenta, Alan?

Bajo el puño al darme cuenta del blanco de sus pupilas.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunto.

Se levanta y se limpia. No entiendo nada. ¿Un ciego en mi casa que me conoce?

—Quiero contarte algo importante, pero necesito que confíes en mí y me acompañes. —explica  
—¿Confiarás en mí?

—¿Confiar? —dudo —¿Acabas de robar en mi casa y solo porque sabes mi nombre crees que

voy a confiar en ti?

—No soy ningún ladrón, Alan, no te he mentado. Era amigo de Judith, trabajaba con ella.

No puedo creer lo que estoy escuchando.

—¿Es una broma? —pregunto.

—No bromearía con esto. —anota —Ella me pidió que si algún día le pasaba algo te diera un objeto que escondía en el interior de su biblia. Por lo visto lo que tuvo que pasar llegó antes de que ella me diera dicho objeto personalmente, así que sigue dentro de esa biblia siempre y cuando haya sobrevivido al fuego, por eso buscaba entre los cajones, pero con mi reducida visión no he dejado de tirar cosas al suelo.

—Si es verdad lo que dices esa biblia será papel chamuscado.

—Es posible.

—Si algún día le pasaba algo... —recuerdo —¿Crees que tenía miedo de alguien?

—No lo sé, nunca entró en detalles.

Un laberinto se abre ante mí como un gigante indestructible. No puedo estancarme ante las dudas. Ha llegado la hora de romper en pedazos la puerta del miedo y hacerle frente. Estoy dispuesto a todo, absolutamente a todo. Me importa una mierda la justicia, voy a resolver esto por mí mismo.

—Disculpa por el golpe, estaba algo alterado. —me disculpo.

—No te preocupes, yo habría hecho lo mismo si hubiera estado en tu situación.

De nuevo se escuchan los gritos de James rastreando la zona. La niebla nos mantiene a salvo de momento.

—Será mejor que nos marchemos de aquí y busquemos un lugar para hablar a solas. —sugiero  
—Necesito que me cuentes todo lo que sepas.

No quiero meter a James en esto, tengo que marcharme ya.

—Habla. Conozco un lugar perfecto donde pasar desapercibidos. —dice.

—Está bien, tú mandas.

Camina entre la espesura y la lluvia, yo le sigo de cerca. Palpa árboles con suavidad y tras varios metros se terminan los árboles y alcanzamos una calle. La espesura ha desaparecido dando paso a los ladrillos y al cemento.

Dejo atrás a James, me duele hacerlo, pero es lo correcto.

—¡Sígueme! —ordena.

—¿Cómo puedes orientarte?

—No soy ciego del todo, veo la forma de los objetos y puedo diferenciar lo que son, como detrás de un cristal muy sucio y oscuro. No te preocupes, se apañármelas.

El misterioso amigo de Judith me guía a través de unos callejones oscuros y, tras unos cuantos millares de pasos, se detiene ante una entrada de metro. La gente sube y baja. Nadie nos presta atención.

—Aquí pasarás desapercibido. —explica.

—¿Estás seguro de lo que dices? —yo no lo estoy —Hay demasiada gente ¿A dónde vamos?

—A las afueras, allí estaremos más seguros. Conozco el lugar perfecto para hablar a solas.

¿Quién coño es este tío? Me estoy jugando mucho siguiéndole el juego.

—Hay algo que deberías saber —le digo. Baja por los escalones —Me está buscando la policía. Me pusieron un detector en el tobillo con la condición de que no saliera de la ciudad, pero me lo he quitado. Creen que yo provoqué el incendio y si me encuentran te detendrán a ti por acompañarme.

—En eso te equivocas. Tú estás jodido y yo puedo buscar una excusa para salvar mi culo. Estoy

haciendo bastante por ayudarte, pero si tengo que mentir para no meterme en problemas lo haré, no lo dudes.

—Lo comprendo.

Entramos en un tren. Por la ventana la oscuridad pasa velozmente.

—¿Y porque te has quitado el detector? —pregunta.

—Tenía que comprobar algo. —explico.

—Eres un poco extraño. ¿No habría sido más inteligente ir a tu casa, buscar lo que necesites encontrar y si no das con ello contarle alguna película a la policía? Siempre habría sido menor daño que quitarse el detector. No estás en tus cabales, tío. —sonríe —Ahora entiendo porque le gustabas a ella.

—¿Te contó algo de mí?

—Ahora no, Alan, necesito un respiro. —expira aire —Después hablamos sobre Judith.

—Bien, bien.

No me conviene agobiarle, es mi única fuente de información.

El tren emerge del túnel y el sol del atardecer que asoma entre las nubes lluviosas sobre los altos edificios. Se refleja a través del cristal. Creo que los demás pasajeros me observan.

Paranoia, Alan, es solo una paranoia tuya.

—Por cierto ¿llevas encima algún teléfono? —pregunta.

—He olvidado que lo tenía. Se habrá quedado sin batería. —recuerdo.

—Bien, pues títalo.

—¿Cómo, porque tendría que hacerlo?

—Pueden localizarte con él. Aunque esté sin batería, supone un peligro llevarlo encima. Lo mejor es tirarlo, hazme caso.

¿Aceptaré el consejo de un desconocido? ¿Qué debo hacer? ¿Es correcto deshacerme del único objeto que tengo para pedir ayuda? Tengo serias dudas, pero en el fondo tiene razón. Guardarlo supone un peligro.

—Está bien, tienes razón. Lo haré. —digo —Confiaré en ti, no me queda más remedio.

Le quito la batería y lo tiro por la ventana. Lo veo volar. Soy oficialmente un delincuente, pero no me importa. Sé que todo esto me conducirá a algo y necesito descubrirlo.

—Descansa un poco si quieres, tardaremos un rato en llegar. Cuanto más lejos vayamos, mejor. —explica.

No estoy cansado, apenas ha llegado el atardecer. Tengo hambre, pero por aquí no hay ningún lugar donde conseguir algo de comida. Esperaré a que lleguemos. Mientras viajo medito para encontrar respuestas. Mi vida ha cambiado mucho en pocos días. He pasado de ser un empleado modelo y pelota que comparte casa con una bella mujer a un criminal soltero con alucinaciones y pesadillas perdido en mitad de la nada, con un desconocido medio ciego con pinta de psicópata llevándome al matadero antes de comerse mi carne.

Menuda suerte.

Al fin el tren decelera.

—Sal, ésta es nuestra parada. —dice.

—¿Te ayudo? —le pregunto.

—Tranquilo, ya te dije que se apañármelas.

—Como quieras.

Llegamos a un viejo bar apartado de todo. Al menos una de mis dudas se ha despejado, no es un asesino.

—Entremos y tomemos algo tranquilamente. —pide el casi invidente. Una vez dentro... Pero

¿qué? —No es lo que imaginabas. ¿Verdad?

Y añadido en voz baja.

—¿Pero qué coño es esto?

Hay una decena de mesas redondas con hombres y mujeres de más de setenta años sentados sobre ellas. Huele tanto a vejez que me da una arcada.

—Es el lugar perfecto para esconderse. Están tan embobados con la televisión y las cartas que no prestan atención a nada más. ¿Dónde esperabas ir, a un bar de carretera lleno de matones para que te rompan los dientes de un solo puñetazo?

—Tienes razón, desde luego.

Nos sentamos al fondo, en una mesa apartada. Una camarera se acerca y por las manchas de su ropa debe tener un criadero de mierda en la cocina.

Él pide una cerveza y yo un refresco. No suelo tomar alcohol, ya lo dije. Nos trae el pedido y lo tomamos sin ninguna prisa. Tenemos tiempo de sobra para hablar.

—Me llamo Brian Scott, conocía a Judith. Cuando me enteré de lo ocurrido no pude creerlo.

—¿De qué la conocías? —pregunto.

—Fuimos compañeros de trabajo. ¿Ella nunca te mencionó el hospital?

—No. Nunca entró en detalles sobre su vida fuera de la nuestra.

Damos unos tragos.

—Sé que no quería meterte en su vida. Por lo visto supondría un problema para los dos. —dice Brian —Solía decir eso cuando hablábamos.

—¿Qué tipo de problema? —pregunto.

—Ni idea, nunca lo especificó. Sabes el carácter que tenía, reservado, muy reservado. —da un sorbo —A mí solo me contó la situación contigo y poco más.

—¿Qué hacía en el hospital?

Espero la respuesta con intriga.

—Era auxiliar en la sección de oncología infantil. —mis dudas aumentan. ¿Por qué ocultar algo así? No es vergonzoso, es honorable —Los pequeños la adoraban, era un ángel con los niños.

—Qué curioso. ¿Por qué no me lo contaría? Llegué a pensar que era...

—¿Prostituta? —ríe a carcajadas —No lo sé, Alan. Me hablaba sobre ti continuamente, por eso te reconocí. Nadie, a excepción del dueño de la casa, se habría puesto tan furioso al ver que le robaban.

Me siento avergonzado por haberle pegado. Cambio de tema.

—¿Dónde está ese hospital? —pregunto.

Brian da un par de tragos. Su bebida desciende a un ritmo vertiginoso.

—En la zona oeste de la ciudad, no hay otro, es fácil de encontrar.

—Tengo que visitarlo. —me apresuro.

—Ahora céntrate en encontrar a Judith. —sugiere.

—No te comprendo. Ella está... muerta.

Creo que me toma por estúpido. Dudo si partirle la cara o no. Quiero ver hasta dónde llega su conversación.

—El no ver correctamente me ha concedido ciertos dones. Soy capaz de sentir mejor a la gente, su alegría, su pasión, su miedo. Verás, no hago guardias a solas por mi discapacidad. Una noche Judith se quedó a ayudarme. Mientras todos los niños dormían y todo estaba en paz, busqué un lugar donde fumar tranquilo. La sala de espera era perfecta, aireada y con ventanas al exterior. Antes de encenderlo, escuché un grito que venía del vestuario. Me acerqué para comprobar que había pasado, pero los gritos cesaron antes de llegar. Al alcanzar la puerta podía escucharlo todo

perfectamente. Puse la oreja. Judith hablaba por teléfono con alguien que no alcancé a oír. Lloraba sofocada. Creía que había muerto algún pariente suyo o algo parecido, así que entré para calmarla y lo hice justo cuando algo se rompió en el suelo. Judith no paraba de llorar e intenté tranquilizarla, era una gran amiga.

—No veo nada raro en lo que me has contado. Puede que muriera algún familiar, esas cosas ocurren, dímelo a mí. Pudo habérmelo contado, sí, pero no le daré importancia, ya es demasiado tarde para eso.

Se crea un oscuro recuerdo que me causa escalofríos.

Llamas...

Olor a muerte...

Mejor vuelvo a la conversación.

—Alan, trabajo en oncología. Apenas veo, pero siento la muerte casi a diario y a aquellos que la esperan. El dolor que sentí en Judith, el temblar de su voz... nunca he percibido nada semejante con nadie.

—¿Algo más que miedo? —pregunto.

—Terror, autentico terror. No hace falta tener ojos para verlo. —explica.

—¿Cuándo pasó?

—La noche anterior a la del incendio.

—¿Es una broma, me tomas el pelo? —demasiadas casualidades formadas en sus palabras. Si no miente aquí pasa algo raro —No te creo.

Me pongo en pie, furioso. No puedo soportarlo y mi cabeza se sobrecarga, derritiéndose como un trozo de plástico navegando entre intensas llamas. No alzo la voz, no es el momento ni el lugar.

Quiero marcharme.

—¡Alan, espera! ¡No es lo que piensas! ¡Digo la verdad, te lo juro! —se interpone en mi camino con torpeza. Paso por su lado, pero me sujeta la chaqueta con fuerza —Tengo una prueba.

—¿Una prueba dices? —pregunto.

Despierta mi curiosidad y le doy una oportunidad. Busca en su bolsillo interior. Saca algo pequeño y oscuro.

—Toma, su teléfono. —dice —Esto fue lo que produjo el sonido aquel día y se rompió contra el suelo. Lo encontré y lo reconocí por su tacto. Ella se marchó corriendo y no recordó que lo había dejado tirado en el suelo, roto.

—Mentiroso, lo trajó a casa.

—¿El mismo día del incendio? Desde mi historia solo pasasteis juntos un día y después te fuiste a trabajar. ¿La llamaste por teléfono?

—No... no hubo necesidad. —recapacito.

Me enseña el teléfono averiado en la palma de su mano.

—Puede que estés equivocado y aquí encuentres algo. —dice —Probablemente tenga algún número que te interese.

Sonríe.

—¿Por qué haces esto?

—Ella se asustó de alguien, y si le ha hecho daño quiero que encuentres a ese hijo de puta.

—¿Cómo estás tan seguro de que no fui yo?

—No habrías vuelto a casa. —explica —Confío en ti. Tienes que descubrir que ha pasado.

—Ya no puedo hacer nada, en cuanto me encuentren estaré jodido. La he cagado.

—Tienes libertad para buscar la verdad, aprovéchalo.

Guardo el teléfono roto en mi bolsillo, extrañado. Algo ha cambiado en el bar sin que nos

hayamos dado cuenta. Todos los ancianos están callados observando un televisor que proyecta mi foto. Debajo aparece un texto que no alcanzo a leer. Estoy seguro de que no pone que he ganado un premio en televisión ni que he salvado a un perro cuando estaba a punto de ahogarse. Una periodista habla de espaldas a los restos de mi casa.

Mierda. Mierda, mierda.

Varias caras arrugadas me miran fijamente y algunas me señalan con los ojos. El propietario, algo más joven, está mirándome y llamando por teléfono.

—¿Qué ocurre? —pregunta Brian —Hay demasiado silencio.

—Dijiste que aquí pasaríamos inadvertidos, ¿verdad? Pues creo que te has equivocado. —digo mientras trago saliva —Nos están mirando cómo demonios.

—¿Qué hacemos ahora?

—Yo correr, no quiero inmiscuirte más. Di que te secuestré o lo que tú quieras. Esto es asunto mío.

Llega la hora de salir a toda velocidad antes de que lleguen las sirenas.

—Nada de eso, estamos juntos en esto. —se lo agradezco, pero no estoy de acuerdo —Se mis ojos y yo te seguiré, deprisa.

Tenemos que ser raudos, las respuestas que quedan en tintero pueden esperar. Rápido y sin pensar. Estamos cerca de la salida. Sujeto a Brian del brazo con fuerza. El frío que llega del exterior convierte nuestra respiración en un torbellino de vapor ardiente. Continúa lloviendo. El suelo refleja la carrocería de los coches y la leve luz del anochecer. Las sirenas suenan por todas partes. Los cabrones se han dado prisa. Salimos a toda velocidad al sentir el inminente arresto. Doy un tirón tan fuerte a Brian del brazo que por poco caemos al suelo. Corremos a ninguna parte con un nudo en la garganta. Mi corazón late como el de un condenado a muerte viendo la punta de un fusil que apunta a su cabeza. Aún sujeto a Brian.

—¡Vamos, corre! —grita.

Obedezco ciegamente y corro todo lo que puedo. Atravesamos una autopista con la esperanza de perder a nuestros cazadores de vista. Lo estamos arriesgando todo. Los coches silban y pitan mientras cruzan por nuestro lado. Algunos no llegan a rozarnos por muy poco.

—¡Sígueme, no te sueltes! —exclamo en medio del desierto de asfalto.

Mi barbilla gotea. El chaparrón es cada vez más intenso, tanto que apenas alcanzo a ver lo que tengo delante. ¿Brian? Miro mi mano. No está sujeto a mi brazo. ¿Dónde se ha metido? Tengo que encontrarlo ya o le pasará algo.

Las luces de los vehículos cruzan de un lado al otro. Un aguacero esplendoroso cae sobre mí. La línea blanca del centro de la carretera me protege de la muerte. Escucho como unos neumáticos intentan frenar y huele a goma quemada. Al instante, un golpe seco. Un muñeco de trapo inerte, al que bautizo con el nombre de Brian Scott, vuela antes mis ojos y golpea el suelo violentamente.

—¡Mierda, no! —grito —¡Esto no!

Demasiado tarde.

La sangre de su cabeza se mezcla con los charcos del suelo y se crea un pequeño río de color púrpura. Sufre fuertes convulsiones y cuando terminan sus ojos dejan de parpadear. La muchedumbre y la policía me han perdido la pista. Gano unos segundos para socorrer al pobre Brian.

—¡Por dios, háblame!

No hay respuesta.

Mi tiempo se termina, los oigo llegar. No sé qué hacer. Su corazón da un latido que sienten mis manos. Un aliento pálido brota de su garganta.

—¿Brian?

Sus ojos me miran con algo de vida. Busca en el bolsillo de su chaqueta con las manos temblorosas, empapadas de agua y sangre. Saca una nota.

—Judith me dio esto para ti. —balbucea —Alguien la leyó por mí. Entenderás que mis ojos no pueden.

Cojo el papel húmedo que me entrega. Tras pestañear delicadamente, tose un puñado de sangre.

—Necesito saber qué buscabas en mi casa y que había en esa biblia. No me lo has contado. — le pregunto.

Le queda poco tiempo.

—Yo también la amaba, Alan, perdóname. —confiesa —Me habría gustado haberte sido de más ayuda, eres un buen tipo. Yo soy demasiado torpe para dar con ella.

Me da pena, mucha pena. Sinceramente.

—No digas eso, vamos a continuar. —miento —Levántate, amigo.

—Lo siento...

Su aliento concluye.

Muere ante mí.

Una oleada de coches patrulla me han visto y se acercan a toda velocidad. Cierro los párpados del pobre desgraciado. Escapo hacia el otro extremo y llego a unos frondosos árboles. Dejo a un hombre solo en mitad de la tormenta. Ahora no es más que relleno de una bolsa para la morgue y todo por mi culpa.

## James Galvin

*Decisiones enrevesadas*

Alan corre como un poseso tras el ladrón. Intento detenerlo, pero no lo consigo por culpa del maldito tabaco que ha dejado mis pulmones casi inservibles. ¿Una corazonada? Vas a terminar en la cárcel, eso es una auténtica corazonada profética. Lo veo correr entre los árboles. Loco, loco, ¡loco! Aun así, siento que no puedo abandonarle.

Escalo por la minúscula ventana como un poderoso gigante y caigo en la arboleda. No estoy en forma. Mi chaqueta de piel se empapa. Nada bueno, se puede estropear. Alan es algo prioritario, no puedo dejarle tirado por una chaqueta. Intento llegar hasta él. Estoy perdido entre la neblina, buscándolo.

—¡Alan! —grito —¡Alan!

Nada, solo silencio. Las hojas de los árboles bailan al ritmo del viento. Le pierdo. Vuelvo sobre mis pasos a casa de Alan, al manantial de madera quemada.

Mi teléfono vibra inesperadamente. Data en la pantalla.

Descuelgo.

—¿James, has conseguido encontrar a Alan? —pregunta.

—Sí, lo he encontrado en su casa y subido al bordillo de su terraza. —respondo.

—¿Cómo, quería suicidarse?!

Me acomodo sobre los restos de un viejo sillón negro por el fuego que en su día debió ser gris.

—Eso mismo pensé yo, pero no. Tenemos que quitarnos esa idea de la cabeza. Estaba asomado porque vio a alguien entrar después de mí. —explico —Al principio no le creí, pero resultó ser verdad y alguien robaba en la planta baja.

—¿Me pregunto que buscaría alguien en una casa totalmente destrozada?

—¿Y yo que coño se? A mí tampoco se me ocurre que puede querer alguien de un lugar tan calcinado.

—¿Joyas?

—Es posible que sobreviviera alguna, quizás.

—¿Entonces qué hacemos con Alan?

—Ha salido tras él y los he perdido a los dos. Correr no es mi fuerte, ya lo sabes. Voy a esperarle aquí sin moverme. No pienso volver a meterme en ese maldito bosque para buscarle.

—No eres su padre, James. Ya es mayor para saber cuidarse solo.

—Lo sé.

—Creo que voy a llamar a la policía.

—¡No! Demos un margen por si aparece, ¿de acuerdo? Está un poco desquiciado, esto es todo. Volverá a centrarse, solo tenemos que dejarle desahogarse un poco y permitirle romper todo lo que quiera.

Agua por doquier. El teléfono se comporta de una forma extraña debido, indudablemente, al mal tiempo. La voz de Data suena como la de un walkie-talkie barato.

—¿Y si estamos equivocados? —pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Quizás deberíamos escucharle.

Se hace una pausa.

—¿Sugieres que Alan realmente se comunica con espíritus? Creo que has tomado demasiado café por hoy.

—Me refiero a que tu amigo está delirando y puede que su estado mental no sea muy ordenado ahora mismo. Puede que debamos seguirle el rollo.

—Puede... —asumo.

No puede ser cierto, Alan no está loco.

—Eres tú el que debe decidir, yo solo estoy opinando. Alan es tu amigo, no el mío. Te dejo solo, deberías pensar. Estaré en la oficina reparando unos equipos. Tendré el móvil encima por si me llamas con novedades.

—De acuerdo. Luego hablamos.

Cuelgo.

Data es un buen chico, tímido e introvertido. Lo conocí cuando le alquilé una habitación de mi apartamento, bueno... una cama. La soledad me agobió y me produjo ansiedad. Cuando estás a solas y sin poder dormir durante varias noches creas paranoias en tu cabeza que pueden desembocar en una gran depresión. Por culpa de mi empleo en la revista sufrí ataques de ansiedad ocasionales. Necesité la ayuda de un psicólogo. Mi gran sueño siempre fue trabajar de redactor en un periódico y contar noticias de valor, no basura.

Con Data todo cambió. Mi vida era aburrida y rutinaria, un camino hermoso a medio asfaltar. Su intelecto le convirtió en el perfecto componente con el que poder mantener una conversación inteligente, sobre todo después de una noche de hotel con alguna amiga. Nada mejor que una buena charla con un compañero sabio.

Saco un pitillo de mi empapada chaqueta y lo enciendo. Observo de reojo el cajón favorito del bandolero. ¿Por qué buscaba en él?

—Si yo entrara a robar en una casa llena de escombros, ¿qué necesidad tendría de buscar en un estante cualquiera? —pienso.

Me acerco, lo abro y busco. Nada extraño por ninguna parte, solo encuentro varias revistas de moda a medio consumir por las brasas, propaganda de restaurantes orientales muy económicos, hilo de coser, un bolso femenino insípidamente básico, una tarjeta de Navidad musical averiada y trastos variados inservibles. Tras sacarlos algo llama mi atención. Una biblia, perfectamente intacta. Ojeo las páginas aleatoriamente y de una de ellas cae una nota, un pequeño texto escrito en un folio en blanco. La leo.

—Parece una dirección de correo electrónico. Que extraño.

No entiendo nada. Llamo a Data por teléfono. Tras algunos tonos, descuelga.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Escucha atentamente. —explico —He encontrado algo en el cajón donde el ladrón rebuscaba.

—¿Y?

—Es una dirección de correo electrónico dentro de una biblia. No me preguntes, pero creo que ese tipo buscaba esto.

—¿Seguro? ¿Tantas molestias para una simple dirección de email?

—Seguro no, pero es posible. Alan no es creyente. Esta biblia tenía que ser de Judith y la

curiosidad me mata. Te la mando por mensaje ahora mismo.

—¿Tienes la clave?

—Aquí es donde entras tú. Tienes que conseguir entrar en esta cuenta como sea.

—¿Por quién me tomas? No pienso asaltar información privada solo porque me lo pidas tú.

—Por favor, es muy importante. Tengo una fuerte corazonada y no conozco a nadie más capaz de hacerlo.

Data da un fuerte soplo de aire. Va a hacerlo, le encantan los halagos.

—Está bien, está bien... envíamelo y veré lo que puedo hacer, pero no prometo nada. —dice aceptando.

—Gracias. Te debo una. Llámame en cuanto tengas algo.

Escribo. *Odishub@search.com*. Lo envío. Solo me falta esperar pacientemente. Busco en mi agenda el número de Alan y le llamo. No da tono. ¿Lo tendrá apagado?

¡Mierda!

Soy muy terco y lo intento por segunda vez. Nada, teléfono apagado.

—Mierda —pienso —¿Y ahora qué coño hago?

Aquí no puedo hacer mucho más y decido irme. Debería ver a Data y descubrir algo sobre la cuenta de correo que encontré. Mientras le pongo las llaves a la puerta de mi coche veo varios vehículos parando en la puerta de la casa de Alan. Media docena de hombres con uniformes entran. Ni se percatan de mi presencia. Van a examinar el lugar a fondo. Si el fuego se provocó o si fue un accidente ya no importa, no hay vuelta atrás. Las alarmas han saltado en la cueva del dragón y nadie puede detener su inminente destrucción. Alan la ha cagado al quitarse el sensor y escapar.

Me voy a la oficina de Data, necesito respuestas. El atardecer se aproxima y la lluvia no para.

¿Qué has hecho, amigo mío?

**Alan Brody***Superviviente urbano*

Un vagabundo, forajido, alma perdida. Me convierto en uno más de la gran lista de los sin hogar del mundo. Soy sospechoso de un homicidio y probablemente de un segundo. He arrojado mi vida entera por la borda en apenas tres noches, por eso estoy perdido en una espiral de pesadillas sin solución y sin nadie a mi lado. El motivo de mis actos es un misterio, tengo la sensación de que un ser divino dirige mis pasos. Algo me dice que esto me conducirá a un importante lugar, a más respuestas o al manicomio. No debo detenerme.

Dentro de una cueva perdida a las afuera de la ciudad, con la oscura noche ya avanzada, intento secarme con lo que puedo. Saco la nota de Scott y la manipulo con cuidado. No quiero dañar la tinta con la humedad de mis manos. Los dioses no me dan un respiro con sus lágrimas. Tengo que tratarla con cuidado para no estropear el único peldaño que he conseguido hacia la verdad.

Llorad lo que queráis, sucios embusteros. No pienso parar.

Leo.

—Siempre te amaré, Alan. En Dios está la respuesta. —he abierto la caja de Pandora. La nota sigue —Cuando encuentres la puerta, solo entra y sabrás la verdad. MOLE.

¿Mole? ¿Qué significan estas palabras? El primer escalón se ha roto. No tengo ni idea de que quiere decir. Recuerdo algo que está en mí poder, el teléfono de Judith. Es una oportunidad para arreglar el mal paso que acabo de dar.

Entre los árboles veo luces azules y rojas brillando con aleatoria intensidad y solo significa una cosa, imagino alienígenas dispuestos a abducirme debido a mis delirios o que los cuerpos de seguridad están cerca, demasiado cerca de mi posición.

El móvil de Judith... tengo que ser rápido y pensar que hacer con él. Data es perfecto para ayudarme, tiene más conocimientos de electrónica que nadie que conozca. Guardo bajo mi chaqueta ambos preciados e importantes objetos, la nota y el teléfono. Corro entre los matorrales a través de la luna que nace y escucho los aullidos de perros que se aproximan rápidamente, metro a metro.

¡Deprisa, Alan, reacciona!

En la lejanía alcanzo a ver las luces de la urbe vecina como ángeles esperándome en las puertas del cielo para empezar mi último juicio y elegir uno de los siete anillos del infierno donde depositarme eternamente.

Corre, ¡corre!

Escucho los ladridos cada vez más cerca. Los dueños de los caninos se han dado cuenta de la efectividad del olfato de sus mascotas y me han localizado. Tengo los pies plagados de dardos que penetran a través de mi piel profundamente. Me duele terriblemente pero no puedo parar ahora. Mis jadeos resuenan entre los árboles y el vapor de mi aliento me golpea en la cara mientras

avanzo a toda velocidad. Lluve sin parar, las nubes han decidido hacer horas extra. Tengo que borrar mi rastro, pero el tiempo está en mi contra y no puedo pensar cómo hacerlo. Veo un río, es un oportuno milagro. El intenso aguacero ha resucitado al viejo arroyo que ruga de nuevo con una ferocidad intensa. Los aullidos suenan más claros y portan la carta de mi sentencia entre sus feroces dientes. No encuentro otra solución, es ahora o nunca, así que cojo una bolsa de plástico que encuentro tirada en el suelo, meto el teléfono en su interior junto a la nota y me lanzo a nadar contra la naturaleza.

Una vez escuché que los perros eran incapaces de rastrear por debajo del agua. Ojalá no fuera solo una leyenda urbana porque estoy a punto de comprobar su veracidad.

Me hundo en la penumbra más profunda, empujado por la enérgica corriente. Buceo entre la oscuridad para evitar ser visto. Escucho voces y gruñidos distorsionados llegando desde la orilla. Las luces de los altos edificios, las estrellas y la luna se mezclan con el agua que se mueve de lado a lado con un efecto ondeante casi hipnótico. Aparentemente ya no me ven. Tengo que alejarme lo suficiente del peligro para salir. El oxígeno se termina y sigo sin llegar al otro extremo. Las luces se tambalean más y los ladridos no se callan. No puedo salir a la superficie todavía y tampoco respirar bajo el río. Estoy jodido.

El oxígeno se termina.

Se termina...

—Hola, Vanessa. —escucho.

Abro los ojos y Judith habla con Brian en el restaurante donde le pedí matrimonio. Hace unos segundos me marché enfadado.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Judith.

—Tranquila, solo quiero saber cómo es el chico del que tanto hablas. ¿Dónde está? —pregunta Brian.

—Acaba de marcharse, enfadado.

—Vaya, es una pena.

—Te pido que no vuelvas a llamarme Vanessa.

—Claro, Judith. Podemos jugar a tu juego tanto como quieras, pero tarde o temprano tendrás que contárselo todo. No creo que su paciencia sea eterna.

—Ya lo sé, no soy estúpida. Necesitaré tu ayuda. —pide Judith —Poco a poco.

—No te preocupes, eres como una hermana para mí. —asegura Brian.

Se abrazan.

Empapado y medio muerto, emerjo del agua liberado.

Apenas respiro.

Sobrevive, Alan, no pienses dar ni un solo paso atrás.

Vanessa...

Al fin toco tierra. Subo por la otra orilla y me arrastro entre el barro. Vómito agua y algo viscoso de color marrón con el mismo empeño que en el último capítulo de una desenfundada despedida de soltero. Los ladridos y los gritos paran.

—¿Cómo no me he dado cuenta antes? —grito entre arcadas —¡No se llama Judith!

Tengo que llegar a Data, es el único capaz de extraer información de un teléfono móvil roto y mi última esperanza sobre la faz de la tierra. James me encerraría en un centro mental, eso es seguro, pero desconozco la reacción de Data si me viera. Intentaré hablar con él, es mi única esperanza.

El cansancio aumenta a cada paso y me duelen todos los huesos del cuerpo. Ha sido un día largo y extraño, merezco un descanso. Tras largos minutos caminando llego a la parte inferior de un alto puente, bajo una carretera, donde unos cuantos mendigos duermen rodeados de periódicos

viejos que vuelan por todas partes. Supone un refugio temporalmente seguro. No llamo la atención entre ellos porque estoy igual de sucio e incluso puede que más. Supongo que si alguno de los residentes me reconoce no puede llamar a las autoridades a través de un teléfono móvil.

Me tumbo a una distancia segura de los demás nómadas. El duro acero de la calle es suficiente para curar mis daños. Sé de sobra lo que supone dormir, pero no tengo más remedio que tomarme un merecido descanso. Lo necesito.

—Toma, muchacho. —oigo.

—Me ha asustado. —digo sobresaltado, con el corazón revolucionado y el puño en el pecho.

Uno de los mendigos me presta cordialmente su fuente de calor.

—Pareces congelado. Tranquilo, aquí estarás a salvo de la lluvia. —dice.

—¿Y usted, con que se calentará? —pregunto.

—No te preocupes por mí. Tengo tanta ropa puesta que no pasaría frío ni nadando en la Antártida. —es barbudo y sucio, aunque cordial y generoso. El viejo olvidado se sienta a mi lado

—No eres de esta ciudad, ¿verdad?

Miento.

—No, no lo soy.

—Lo sospechaba. Tu cara no me suena —explica —¿Qué has hecho para llegar aquí?

—¿Tengo que haber hecho algo?

—Todos llegan aquí por algún motivo. Juego, drogas, trabajo... —explica —Yo mismo perdí todo mi dinero por culpa de la prostitución.

El pordiosero no tiene dinero para comer, aunque si para fumar. Me ofrece un verdugo consumible. Acepto.

—No lo habría imaginado.

—Fui un hombre casado y con una hija. Mi mujer murió y encontré en las mujeres de compañía el placer que perdí en casa. Del sexo pasé al juego. Cometí un error tras otro y cuando quise arreglar las cosas ya era demasiado tarde. Me gasté todo el dinero de mi familia en mí mismo. Las deudas se hicieron tan grandes que no pude liquidarlas. Una mañana desperté y había una carta del banco para quitármelo todo. Dejé a mi hija con un pariente y me marché.

—Mi historia es algo distinta. —explico —Prefiero no contarla.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —pregunta. Guardo silencio —Tranquilo, nadie da su verdadero nombre por aquí, es comprensible. Algunas de las deudas que tienen son tan grandes que indeseables sin escrúpulos pagarían un alto precio por sus cabezas.

—Me lo imagino.

—Bien, te dejo descansar; parece agotado.

Lanzo la colilla al suelo.

Las estrellas salen.

—Gracias por la manta. —agradezco —En cuanto despierte se la devolveré, le doy mi palabra.

Levanta su maltrecho y desnutrido cuerpo. El escaso cuidado personal y las bajas temperaturas han hecho mella en la salud de los huesos del hombre.

—¿Sabes?, no hice bien las cosas, no cuidé de aquello que fue mi responsabilidad, —explica —pero quizás pueda redimirme ayudando a los demás. Puede que algún día me perdone a mí mismo y alcance un poco de paz.

El hombre vuelve con su grupo y me quedo solo. Me acurruco con la cálida manta. El agotamiento es extremo. La lluvia cae y no tiene pinta de querer pararse. En lugar de cielo estrellado me acompaña el asfalto de la autopista en lo alto. Los pocos vehículos que la recorren a esas horas la hacen temblar.

Sé que ocurre cuando cierro los ojos.  
Así es.

**James Galvin***Cara o cruz*

Recojo a Data de su oficina y volvemos a casa para meditar lo sucedido. ¿Encontraremos alguna explicación al comportamiento de Alan? Anochece. Llamo al trabajo y finjo una enfermedad para dedicarme plenamente a esto. Mi lista de ausencias acababa de perder la virginidad. Entramos en el comedor y lanzo la chaqueta contra una de las sillas frente a la barra americana de la cocina. Vamos directos al ordenador. Todo está en placentero silencio a excepción de los fuertes crujidos del desgastado disco duro, del escandaloso tráfico en la calle como una arteria eternamente saturada de colesterol y de los gritos de las prostitutas que discuten con sus clientes por el menú del día. El sistema operativo tarda en cargar unos veinte segundos.

—Bien, tenemos una dirección de correo electrónico, ¿verdad? —pregunto.

No perdemos de vista la pantalla que ilumina nuestras mejillas.

—James, no puedo acceder a la cuenta sin una contraseña, es prácticamente imposible hacerlo. —reprende Data.

—¿No puedes descifrarla?

Da una palmada en su frente y lanza una expresión de sorpresa.

—¡Claro, como no me he dado cuenta!, y después podemos hacer un hechizo de amor para que yo ligue más que tú. —se burla —James, regresa al mundo real. —chasquea los dedos frente a mí —En el cine se puede conseguir, pero en la vida real es prácticamente imposible. Hacen falta muchas horas por delante.

—Ya, el inconveniente es el tiempo y no es que nos sobre precisamente.

—Exacto. —confirma Data.

—¿No tienes idea de que contraseña puede ser?

Frunce el ceño.

—No sé nada sobre Judith, la clave puede ser cualquier palabra.

Suspiro y me rindo.

—Que sencillo parece todo en el cine. —murmuro. Llaman la puerta —Ya viene el vecino otra vez a quejarse del ruido. ¡Vete a vivir a una maldita iglesia, viejo!

Al abrir la puerta, dos hombres enormes me miran. Son muy diferentes, uno rubio y el otro moreno, uno con gafas y el otro ausente de ellas, aunque los dos tienen la misma expresión, como una clonación del alma. Me enseñan una cartera abierta con una placa de la policía. No llego a leer los nombres, aunque tampoco me interesan.

—¿Es usted el señor Galvin?

Sé por quién me van a preguntar.

—Sí, es aquí, —dice Data desde la habitación —es él.

Maldito bocazas.

—Soy yo, ¿en qué puedo ayudarles? —pregunto con falsa cortesía.

—Necesito que respondan algunas preguntas. —dice uno de los gigantes.

—Alan no es amigo mío. Quizás, un poco. Es más amigo de James. —corrige Data.

Cobarde; cállate de una vez. Aprieto los dientes para no romperle los suyos a Data.

—El chaval tiene razón. —asumo —Será mejor que se sienten.

Data apaga el ordenador. Él y yo nos acomodamos sobre el sofá y, muy cortésmente, les ofrezco a los agentes sentarse en un par de buffets libres para carcomas que iba a tirar a la basura esta misma noche. Al fin y al cabo, nosotros pagamos el piso, no ellos. Tenemos prioridad con las comodidades.

—Bueno, señor Galvin...

—Ustedes dirán.

—Verán, sabemos que ustedes no son responsables de la fuga del señor Brody. Muy poca gente lo sabe, pero los sensores que colocamos tienen incorporado un micrófono.

—Curioso... curioso... —digo.

Data se disculpa y se levanta para comprobar algo.

—Sabemos que intentaron detenerle, lo escuchamos todo, —explican —pero deberían habernos avisado al instante. Podríamos acusarles de ocultar una fuga.

—Estábamos a punto de llamarles, —se disculpa Data —le damos nuestra palabra.

Ambos murmuran en voz muy baja. No consigo escuchar nada de lo que dicen.

—De todas formas, ese no es el asunto por el que hemos venido. —habla el agente moreno. El tipo parece el intento de calcar a un modelo que se quedó en un quiero y no puedo. Cruza sus dedos y nos mira fijamente —Nuestros hombres han terminado de examinar la residencia del señor Brody y han descubierto algo que sospechábamos firmemente.

—¿A qué se refiere? ¿Qué han encontrado? —pregunto.

—No podemos decírselo hasta no tener el informe. —advierte —En estos momentos su amigo está bajo busca y captura. Si lo ocultan serán cómplices y les detendremos a ustedes también.

—¿Perdone?! ¿Qué ha querido decir?! Creía que solo fue un incendio accidental. —expreso confuso.

—Según las evidencias encontradas no es así. Solo falta terminar la autopsia, aunque creo que no quedan muchas dudas que despejar.

—¿Asesinó a su pareja, Alan? —pregunto —Eso es imposible.

—Le sorprendería saber la cantidad de Romeos que asesinan a sus Julietas constantemente.

Es imposible. ¿Alan, un asesino? Algo no va bien en todo esto. Mi mundo da una vuelta completa.

—No puedo creerlo. —realmente no puedo.

—¿Tienen alguna idea de dónde puede estar ahora? —preguntan.

—Ninguna. —respondo.

—¿Está usted seguro?

—Sí, muy seguro.

—Miren, no hay muchas posibilidades de que vuelva por aquí, pero si eso ocurre deben informarnos lo más rápido que les sea posible, ¿lo han entendido?

—Todo está claro, cristalino. —afirmo.

Recuerdo la dirección de correo. ¿Qué cuernos querrá decir? ¿Qué motivo hay para esconderla? Estoy convencido de que el ladrón la buscaba.

—Bien, es todo por ahora. —dicen levantándose —Tenemos que irnos.

—No se preocupen, les llamaremos ante cualquier novedad. —digo.

¿Qué hago? ¿Entregaría a mi mejor amigo? Joder...

—Contamos con ello. Buenas noches. —de repente se paran —Lo olvidaba, una última pregunta. —dice el agente de cabellos negros —¿Qué saben de Judith Hall?

—¿Nosotros? Nada. De hecho, Alan nos aseguró que ni él sabía absolutamente nada sobre el pasado de Judith. Busquen en sus grabaciones y lo comprobarán. —contesto.

—De acuerdo, muchas gracias por su atención.

Se marchan. Al fin solos otra vez. Data me mira.

—¿Estás bien, James? —pregunta.

—No, no estoy bien. ¿Qué coño hago si aparece Alan? Me puedo meter en problemas. No sabría si entregar a mi mejor amigo. ¿Qué hago?

—Haz lo que creas conveniente. ¿Y con la dirección de correo que hacemos?

—Tenemos que conseguir esa contraseña como sea.

**Alan Brody***Los sueños de una niña*

La ciudad se alza entre la risa de niños que juegan en ella. La noche lo absorbe todo. Centenares de peatones cruzan las calles, ajenos a mi presencia. Ya no parezco un sucio vagabundo. En vez de ropa sucia tengo puesto un elegante traje que me hace parecer un ejecutivo millonario prepotente, despiadadamente elegante, con una vida fácil y sin mérito alguno.

—He soñado con vivir eternamente contigo en este lugar, pero los dioses cumplen mis suplicas parcialmente, ¿debo rezar más? —escucho.

Es la voz del pequeño monstruo. No está cerca, en su lugar hay mil rostros que cruzan por mi lado girando en círculo como si yo fuera el sol y ellos mis planetas. Hablan por sus mil bocas con la voz del pequeño monstruo, todos a la vez.

—¡Tú sabías que el verdadero nombre de Judith era Vanessa, lo sabías! —grito a la multitud.

—Conozco las respuestas que tú sabes, nada más. —responden.

Todos los ojos se dirigen hacia mí. Miles de miradas expulsan humo y brillan con profunda oscuridad.

—Descúbrete y hablaremos cara a cara. —amenazo.

—Me muestro a través de cada rostro que se mantiene dentro de ti, de cada desprecio que muestras a aquellos que te rodean, del odio que almacenas hacia tus semejantes. Cada una de estas personas no te ha tratado como tú querías y los mantienes en tus recuerdos. Yo solo te hago saber que siguen aquí.

—No es cierto. Yo era feliz con mi vida hasta que apareciste noche tras noche.

Todos se paran en seco con un golpe de talón que hace vibrar mis tímpanos y me miran.

—¡Mientes! —gritan las gargantas al unísono —No has confiado en nadie, nunca. Si ahora vives con James es porque no tenías otra opción. Ni siquiera te has decidido a hablar con él acerca de lo nuestro. No confías en el tanto como aparentas.

—Te equivocas, daría mi vida por James y por Judith sin pensármelo. —le corrijo.

Todos ríen.

—¿Aún la llamas así, aunque no estés seguro de que sea su verdadero nombre? No puedes engañarme. Sé lo que piensas y no estás muy convencido de su identidad. Sabes que miente, pero no sabes el porqué.

—Si conoces la verdad dímela o te mataré para sacártela. —amenazo.

—No lo harás. Siempre fuiste un cobarde, un niño llorón que se escondía en el cuarto de baño por miedo al rechazo.

Siento fuertes nauseas.

—No es cierto, no soy un cobarde.

—Observa bien a estas personas, Alan. —dicen —El profesor de gimnasia que siempre se reía

de tu torpeza, el matón de la clase cuyo único objetivo era conseguir que los demás se rieran de ti mientras él te lo hacía pasar mal, tus novias que te recordaban día a día tu currículo congelado, tu jefe más odiado para el que vago inservible era tu segundo nombre y tus compañeros de trabajo que te recordaban continuamente lo solo que estabas. Una larga lista de malos recuerdos que encerraste en lo más profundo de tu mente y yo he soportado diariamente.

Caigo de rodillas, empujado por una fuerza invisible. Vomito sangre y órganos triturados. Mi estómago hace presión y se abre hacia afuera, dejando caer sobre el suelo los intestinos. Intento recogerlos para no morir desangrado.

—¿Quién eres, porque me haces esto? —pregunto.

—¿Verdad que te duele, verdad? —ríen —No eres más que un muñeco en mis manos. El dolor puede ser extremadamente real si así lo deseo. —uno entre la multitud avanza. El pequeño monstruo, con ojos nublados y ligeros espasmos, me mira mientras me encorvo involuntariamente —Soy aquello que has guardado dentro de ti, aquello que conseguiste esconder con la llegada a tu vida de Judith y que ha vuelto con su dolorosa marcha.

Sus ojos dejan de expulsar humo y sus venas pierden su tono oscuro como ríos secándose. El tono de su voz, afónico y violento, se vuelve claro e inofensivamente infantil. Mis heridas desaparecen y el dolor se esfuma.

—Eres... —susurro.

Le reconozco al fin.

—Mi nombre es... —confiesa —Alan Brody.

La cara de mi niñez se muestra nuevamente ante mí. Vuelvo a mirarme en el espejo antes de ir al colegio. Joven e ingenuo, tengo diez años.

—Eres tú, eres yo. —me bloqueo.

—Y tú eres yo por siempre hasta que la muerte nos separe. —amenaza.

—Quiero que te marches de aquí y me dejes en paz. Estoy sufriendo demasiado. No aumentes mi dolor en mis sueños. —suplico.

—No va a ser tan fácil, viejo amigo. Aquí tengo el control, aquí soy un dios, ¡aquí decido y ejecuto!

Todo gira velozmente. Aquellos que mantenía en mis peores recuerdos desaparecen entre gritos de angustia, en un torbellino que dirige la espiral de cuerpos directa al noveno infierno. Las calles se hunden, destruyéndose por las explosiones de una gran guerra, roca a roca. El pequeño Alan y yo esperamos el final del temblor. Algunos bloques de roca colosales pasan cerca de nosotros a toda velocidad, pero no nos tocan. El niño me mira fijamente, sonriente.

—Espera, —susurra —aún no hemos terminado. —se hace la oscuridad más completa y al instante la luz más potente. Poco a poco lo veo todo —¿Recuerdas este lugar?

Las paredes tienen un color oxidado y el hedor a muerte llega desde todos los rincones del viejo cuarto de baño del colegio. Un niño pequeño llora, apartado en un rincón, angustiado.

—¿Soy yo? —pregunto.

—Somos nosotros. —dice el pequeño Alan —Te haré recordar el dolor que sufriste. Lo haré una y otra vez, es inevitable. Tarde o temprano llegará la noche y volverás a dormir.

—¿Por qué Vanessa? —pregunto, dolorido por las náuseas —¿Por qué ese nombre?

Su carcajada característica regresa y pierde la dulce voz.

—No, Alan, no voy a obedecerte en mi reino. —amenaza.

—¡Hazlo! —exclamo.

Mi aullido rompe en millones de pequeñas partículas el lugar y a su pequeño llorón.

—Está bien, te mostraré algo, aunque no te gustará. —explica.

El pequeño Alan desaparece, sin embargo, aún escucho su voz. Tras los pedazos del antiguo cuarto de baño aparece la iglesia. No aguanta cuerpos en su fachada, ahora es un simple templo ordenado y limpio. La realidad está deformada y es extrañamente confusa.

—¡Vanessa! ¡Vamos pequeña, está oscureciendo! —dice una mujer a lo lejos, sin añadir nada más.

Pasa a través de mi cuerpo como un fantasma, una pequeña mellada con coletas que reconozco al instante. No se da cuenta de que estoy con ella.

—Voy, hermana. —obedece la niña.

El columpio en el que la joven estaba, aún se tambalea ligeramente. La chiquilla corre hacia la monja que la espera desde la puerta. Ella y otras niñas vuelven velozmente al lugar de culto. Sigo a Vanessa por un largo pasillo iluminado por velas que lo decoran todo con una ligera luz amarillenta y protegen a los habitantes del edificio de la oscuridad del atardecer.

—Corre con tus amigas, —dice otra joven monja al final —te esperan para cenar.

—Sí, señora. —obedece Vanessa.

Se aleja corriendo velozmente a pesar de sus cortas piernas.

Algunas sombras de mis dudas se vuelven claras, aunque aparecen nuevas tinieblas. ¿Qué le pasó para tener que ocultarme su verdadera identidad? Quizás, me estoy volviendo loco y lo que veo no es más que un producto de mis delirios. La mente puede jugar malas pasadas cuando pierde el control de la razón. A la derecha del largo umbral hay una oficina. La religiosa que llamaba con anterioridad a los pequeños entra en ella. Echo un vistazo a través de la puerta. Sé que no se va a dar cuenta de mi presencia. Yo soy un fantasma caminando entre sombras de espíritus. Dos sirvientas de dios hablan en el interior. No puedo distinguir las palabras ni lo que ocurre. Todo es difuminado, como si fuera un recuerdo inexistente o la escena de una película inacabada. Mejor olvidarme de esta parte. Opto por seguir a la pequeña. Llego a un comedor donde dos grandes mesas alimentan a muchas niñas. Una joven monja reparte comida entre ellas.

Vanessa se sienta junto a otra chica similar en edad. Me acerco para escuchar.

—Siempre llegas tarde, se va a enfriar tu plato de nuevo. —dice la compañera de Vanessa.

Su amiga come una sopa ligera con pan y un refresco. No es mucho, pero es lo suficiente.

—No tengo hambre, Raquel. —responde a su amiga.

—Te noto muy contenta hoy. ¿Ha pasado algo?

—Sí, pero no puedo contártelo.

—¿Qué es? Dímelo, dímelo. Prometiste que no habría secretos entre nosotras.

Raquel se cruza de brazos, malhumorada. La joven monja que sirve a la mesa le susurra algo al oído a Vanessa. Esta se pone en pie con urgencia.

—Lo siento, tengo que irme. —dice Vanessa a su amiga —Después hablamos.

Se marcha por donde ha venido como un rayo. No ha probado bocado.

—¡Eres una mala amiga! ¡Yo nunca te he guardado secretos! —grita Raquel.

Sigo a la pequeña por el pasillo mientras sus coletas bailan tras cada trote. Entra en la oficina que intenté observar anteriormente. Ahora, en su interior, se distinguen a la perfección dos figuras. La primera es un joven sacerdote y la segunda una anciana monja con tantas arrugas y las gafas tan caídas que parece estar al borde de una muerte instantánea con solo ver sus ojos desgastados y enrojecidos por su agravada longevidad.

—Con permiso, madre. —solicita Vanessa.

La niña hace una pequeña reverencia.

—Adelante, pasa. —dice el joven padre. Le ofrece una pequeña silla —¿Ya sabes la noticia?

—Sí, padre, lo sé. —responde feliz.

—Tendrás que ser buena y educada a partir de ahora. —vuelve a hablar el joven. La anciana no pronuncia ni una sola palabra, solo observa —La pareja que te adoptará te dará un hogar, así que se consecuente y esfuérgate mucho, ¿lo entiendes? Mañana tu futuro padre vendrá a recogerte temprano.

Obviamente es un orfanato.

—Quiero conocer a mi mamá. ¿Ella no vendrá?

La anciana se coloca sus defectuosas y redondeadas gafas.

Habla.

—Ella no vendrá mañana, te espera en su casa.

—No te inquietes. —dice el joven —Tendrás un buen hogar.

—¡Claro! —se alegra Vanessa.

—Solo nos preocupa tu amiga, esa niña con quien siempre vas. —explica el joven.

—¿Se refiere a Raquel, padre?

—Sí, la pequeña Raquel. Sois como hermanas. Deberías pasar la noche con ella. La despedida será dura.

—Siempre seremos hermanas, siempre. —dice Vanessa —Vendré a verla de vez en cuando.

—Mira pequeña, —el cura acaricia su alzacuello —muchas veces adoptan a niños padres de otros países. Es posible que no volváis a veros. Hazme caso, juega con ella todo lo que puedas.

—Está bien. —dice la niña, con gotas derramándose de sus ojos.

—Alégrate. Hoy, cuando amanezca, tendrás una familia. —dice la anciana —Es mejor hacerlo cuando aún estén los demás durmiendo. Muchos de tus amigos no soportarían la despedida.

—Si me disculpan, voy a volver con mi amiga. —pide la pequeña.

—Claro, Vanessa, disfruta del tiempo que te queda aquí. —dice el cura —Juega cuanto quieras.

A medida que la pequeña Vanessa se aleja, las caras del joven y de la anciana cambian, se vuelven grotescas hasta que se produce el vacío en sus expresiones y después la nada.

La realidad se acelera.

Quedo paralizado en medio del pasillo y las niñas sin familia se mueven veloces. Son fugaces imágenes proyectadas a mí alrededor, cambian el tiempo y el espacio. Poco a poco el tiempo se normaliza. Ahora, una pequeña mellada que no deja de segregarse lágrimas espera con una maleta en la mano frente a la puerta de la oficina mientras empieza a amanecer. El joven padre la recibe con su traje negro. Se toca el alzacuello y mira su reloj sin perder de vista a la pequeña. Esta no aparta su mirada del fondo del pasillo, nerviosa.

—No debe faltar mucho para que llegue. —dice el joven religioso —Estás nerviosa, ¿verdad?

—Sí, mucho. —responde la pequeña —Tengo ganas de tener una familia.

Vanessa da pequeños saltos emocionada, sin embargo, percibo como lágrimas de bienvenida y de despedida se unen en su corazón. Lloro sin derramar lágrimas y sollozo sonriendo.

—Ya no volverás a estar sola. —el joven da un abrazo a la niña —Ha sido una de mis prioridades conseguir que te adopten y al fin ha sido posible.

Llegan pasos desde la entrada. La niña hace sonar las grietas de la madera del suelo con sus saltos y provoca eco en el lugar con el latir de su corazón. Tengo la esperanza de ver algo que me cuente una historia sobre la mujer con la que viví los últimos meses y por la cual lo perdí todo. El cuerpo que se aproxima no tiene ninguna expresión. Mantengo la mirada fija en la cara anónima, ajeno ante el desvanecimiento de la pequeña mellada y del devoto religioso.

Todo tiembla y se rompe en pedazos. Intento descifrar la identidad del padre adoptivo en vano. Las paredes se encogen. La gravedad no se comporta de forma lógica. Cientos de mundos resquebrajándose gritan e intentan expulsarme. No obedezco, tengo que descubrir la identidad del

silencioso caminante. Tengo que ser paciente y ver quién es a toda costa.

Un paso más cerca de mí...

Dos pasos... Tres pasos...

Estoy a punto de ver la sonrisa del misterioso hombre.

Mis dientes sufren una lesión instantánea. Alguien sacude mi mandíbula contra un muro de acero. Un clavo de cabeza redonda separa mi encía del diente y empuja el nervio hacia fuera, produciéndome un intenso dolor. Un colmillo sale de mi boca suavemente, más ligeramente que una dulce caricia del aire. Cae sobre suelo.

—¿Crees realmente que iba a mostrártelo todo tan pronto, imbécil soberano? No soy tan estúpido. —dice el pequeño Alan, señor de mi mandíbula —No, no, no. Esto no funciona así. Yo decido y doy las órdenes. ¿Cómo, cuándo y cuánto vas a sufrir?

El pequeño Alan ha vuelto a maquillarse con arterias de petróleo y ojos ahumados. Por mi boca chorrea tanta sangre que soy incapaz de hablar. Comprime el perfil de mi cara contra la pared con fuerza y empuja mi mejilla hasta que el hueso cruje. Mi ojo sale de la cuenca como si fuera sacado con una palanca. El dolor es perfecto.

—No te gusta la cara de tu pasado, ¿verdad? —dice entre brotes de plasma rojo.

—No conseguirás asustarme, ya me he acostumbrado a tu mirada. —digo.

Intento reconocer mi ubicación. ¿Estoy en el orfanato? No, ya no. Un interminable desierto con un eterno pilar vertical se muestra ante mí, bajo el cual reposa mi mejilla o lo que queda de ella. No hay viento, nubes ni sonido.

—Niégalo cuanto quieras, sé que te provoco temor. Yo hacía que te mearas en la cama, ¿lo recuerdas? —susurra, acariciándome el pelo —Algunas noches, mientras llorabas y nadie respondía a tus lágrimas, veías un rostro en la oscuridad. Aún lo ves algunas noches y tienes miedo, pero no al rostro, eres demasiado mayor y ahora le temes al tiempo, el tiempo que avanza, acecha y te separa de la esperanza. No aceptas su muerte y por eso estás jodido. Eres un rechazado, odiado y buscado por todos, viejo amigo. Es un profundo agujero del que tendrás que salir solo.

No dejo que me engatuse. Su presencia se hace indiferente para mí.

—¿Lo que acabo de ver es verdad? —pregunto, tras un gran esfuerzo muscular.

—Sigues atrapado en ti mismo. —el pequeño Alan no me presta atención, continúa aplastando mi cabeza contra el pilar —Sabes que debes hacer, tu inconsciente te lo dice, pero el miedo... el miedo te detiene.

—¡Respóndeme! —exclamo.

El muro está empapado con mi sangre. Desprende un olor a muerte que me ahoga. El pequeño Alan guarda unos segundos de silencio y me acaricia de nuevo.

—Sé lo que sabes. —dice.

—Entonces, ¿lo que acabo de ver ha sido real?

—No lo sé. Si eres incapaz de saberlo, yo tampoco. Solo te muestro la verdad de tu interior. —explica.

No llegaré a ninguna parte con este pequeño monstruo y sus respuestas sin sentido.

—Quiero ver más, necesito ver más. —pido.

El pequeño Alan aprieta con fiera felina mientras mi perfil lanza mangueras de sangre por todas partes. Grito y grito. Nadie en el mar de arena acude en mi auxilio.

Quiero escapar. No puedo aguantar más. Despierta...

—Te esperaré aquí, sueño tras sueño. —me amenaza.

Escucho un temblor inmenso. El mar cae sobre mí desde el cielo y todo se vuelve húmedo

instantáneamente. De repente y sin esperarlo, nado entre millares de peces que pasean ajenos a mí.

Muevo las extremidades alocadamente e intento alcanzar la superficie.

Por mucho que me elevo nunca llego, no hay superficie.

No puedo respirar. Me ahogo.

—No temas, mi amor. No tengas miedo. En tu corazón eres más valiente de lo que imaginas. —  
escucho.

Vanessa habla desde la profundidad del mar. He aceptado su auténtico nombre. Necesito saber más y lo descubriré.

Despierto.

*¿Miedo? No durante este amanecer*

Mi regreso al mundo real se vuelve más complicado. Necesito unos segundos para incorporarme y distinguir los sueños de aquello que puedo tocar con mis manos.

Unos pocos mendigos rodean un barril en llamas en busca de calor. El amanecer llega y rayos de luz alcanzan la cúspide asfaltada. Me duele la cabeza. He vivido demasiados secretos en poco tiempo.

¿Soy capaz de revivir el pasado de Judith? Aunque debería llamarla Vanessa. Mi locura acepta el nombre. ¿Su vida está en mi interior o todo es producto de una imaginación funcionando a toda velocidad? Tengo que tranquilizarme. Necesito algo de tiempo para pensar con calma.

Respuestas, deseo respuestas rápido. El reloj de arena gira en mi contra y tengo que correr. ¿Qué hacer? ¿A quién buscar? No puedo perder más tiempo. Me marcho.

Me acerco al hombre que me prestó la manta. Todavía duerme plácidamente entre la inmensidad del sol que nace. Le tapo con ella.

—Gracias por su ayuda, nunca lo olvidaré. —digo en voz muy baja.

Espero que haya escuchado mis palabras en sus sueños.

Continúo mi camino solo y en mitad de un universo de dudas. Llego a la ciudad, bañada con grandes monumentos de hierro. Camino entre calles y barrios, me mezclo con desconocidos para no llamar la atención y soy uno más con la espesa multitud. La mugre y la peste salen de mis poros. Nadie se acerca a mí y puedo disimular mi identidad.

No consigo pensar. La niña con una maleta en su mano e ilusionada me atormenta incesantemente, como el sonido de un reloj en mitad de la noche que retumba en mi interior con cada tic tac.

Deambulo sin rumbo fijo, entre edificios y aglomeraciones humanas. La ciudad es tan inmensa como el vacío de mi mente. Tengo un pequeño rastro, pero desconozco qué debo hacer con esa miga de pan. Me siento en el banco de un parque y saco el pequeño teléfono que tanto he luchado por proteger. Lo miro de arriba a abajo, desde la desgastada tapa trasera de la batería hasta la disimulada grieta en la pantalla. Por mucho que pulso este no responde. No muestra ningún símbolo de vida.

Solo conozco a una persona capaz de ayudarme. Es arriesgado buscarle, pero por otra parte no tengo más opciones. El sabrá cómo sacar la información del teléfono.

Dudas, dudas... no es el momento indicado para tenerlas. Me pongo en marcha rápidamente.

Tras un largo trayecto sin llamar la atención, vuelvo al apartamento de James. Perdí su señal cuando perseguí a Brian. La puerta principal del edificio está abierta. Subo por las escaleras. Los borrachos y demás inquilinos desvalidos disimulan mi presencia. Estoy tan sucio que parezco uno de ellos. Llego a la puerta, respiro profundamente y llamo. Nadie responde. Llamo de nuevo. La espera es eterna. Miro a ambos lados para asegurarme de que no vigila nadie. Todo mi cuerpo tiembla de miedo. Espero no llevarme una sorpresa.

Seis segundos. Siete segundos. Ocho segundos. Abre, por dios.

—¿Alan, eres tú? —se escucha desde el interior.

Data abre levemente la puerta. Acabamos de conocernos, pero estoy convencido de que mi apariencia y mi hedor corporal han llamado su atención.

—Hola Data. —saludo.

—¡Alan! —espero una respuesta de condena, sin embargo, no es así —¿Qué haces aquí?, ¿dónde has estado?

—Tenemos que hablar, por favor. —suplico. Sus ojos brillantes muestran sus dudas.

—Alan, es peligroso. Todo el mundo te busca y puedo meterme en serios problemas.

Pongo el pie entre la puerta para evitar que cierre.

—Confía en mí, por favor. No tengo claro el qué ni el porqué, pero sé algo.

—Por favor, márchate o tendré que llamar a la policía. —pide Data —No quiero hacerte daño, sinceramente. Márchate.

—¿Dónde está James? Tengo que hablar con él. —pregunto.

—Se ha marchado temprano a trabajar. Le obligan a recuperar las horas perdidas.

Se pone cada vez más nervioso, puedo sentirlo. Saco el teléfono averiado de mi bolsillo y se lo doy.

—Toma este teléfono, era de Vanessa. —explico.

—¿De quién? —pregunta.

—Ese era el verdadero nombre de Judith. Me ocultaba su verdadero nombre y necesito saber porque lo hizo.

Frunce el ceño.

—No te comprendo, Alan.

Por su mente merodean dudas.

—No necesito que lo entiendas, solo quiero que cojas el teléfono, mires los mensajes y llamadas y me digas que has logrado descubrir, por favor. Eres el único que puede ayudarme.

Me aparto de la puerta. Sus manos tiemblan sin control. Casi se cae el teléfono al suelo. Me veo esposado, entre rejas y sin una segunda oportunidad para culminar todo este mar de secretos sobre el cual navego por primera vez.

—Lo intentaré, pero estas cosas requieren su tiempo. —explica —No te prometo nada.

Paso y cierro la puerta. Me acomodo en el sofá. Dios, como lo necesitaba. Todos mis huesos crujen con un profundo suspiro de alivio. Data me prepara unos sándwiches tras ver mi cara ojerosa, desgastada y hambrienta.

—Pareces hambriento. Menuda pinta tienes. —ofrece —Estás pálido.

Tiene toda la razón.

—Te lo agradezco infinitamente. —sujeto aquel manjar de los dioses y degusto su dulce sabor como si fuera la primera vez.

Llegué a pensar que moriría de hambre. Data se sienta a mi lado.

—¿Por qué te fuiste? Ahora todo el mundo te busca. —pregunta.

—Algo me está pasando. Tengo sueños y visiones.

—Puede que sea producto del estrés.

Me va a costar convencerle.

—Ayer durante un sueño vi a Vanessa en su orfanato. Revivo sus recuerdos.

Ni yo creo lo que digo, pero es cierto.

—¿Insinúas que el fantasma de Judith se comunica contigo? —pregunta.

—Vanessa. —rectifico.

—¿Cómo puedes estar seguro de que sea su verdadero nombre? Solo fue un sueño.

—Estoy seguro de todo. Soy capaz de revivir su pasado. No sé por qué puedo hacerlo, solo sé que puedo.

—¿Y has recapacitado lo del espíritu? No creo en las posesiones, pero hay cosas tan extrañas... —sugiere Data.

—No creo que sea eso, tiene que haber alguna explicación.

Necesito tiempo para poder pensar.

—Me va a explotar el cerebro. Demasiadas cosas raras en poco tiempo. —Data se levanta y se toca la oreja, nervioso —Voy un momento al baño. Tú come tranquilamente.

Saboreo mi sustento. Escucho a Data hacer un poco de ruido y no presto atención, estoy emocionado con mi sándwich. Sale del baño y vuelve a su asiento.

—No sé qué hacer, Data. —explico —Estas visiones... estos sueños... me están volviendo loco.

—La locura no debe preocuparte, recuerda que media ciudad te busca.

—Lo sé, lo sé. —estoy cerca de arrancarme el pelo por el estrés. Lloro —No sé qué hacer. Necesito salir de esto, aunque es demasiado tarde.

La ansiedad se hace excesivamente grande y es en este momento cuando me doy cuenta del grado del problema en el que estoy metido. Pasamos unos largos minutos aún a solas los dos. James entra por la puerta. ¿Tan pronto? Obvio, Data le llamó. No puedo culparle, es más amigo suyo que mío. Mejor verle a él antes que a la policía.

—Así que es verdad, —dice James —estás aquí.

—Te ha llamado Data, ¿verdad? —pregunto.

—Me ha llamado, sí. No sé cómo te atreves a volver por aquí aun sabiendo que la policía puede aparecer en cualquier momento por esta puerta.

—No tienen forma de saber que estoy aquí a no ser que les llaméis vosotros. Sois los únicos en quienes puedo confiar. Si me falláis ya no me queda nadie.

—No es necesario que el señor Galvin acuda a nosotros. —dice una desconocida voz tras James —Sabíamos que volvería.

Una zarza parlante se esconde y busco al poseedor de la voz. Dos agentes me miran desde la puerta ilusionados por la llegada de una nueva alma al infierno. Tapan la entrada e impiden mi fuga. Es un muro hecho de carne.

—¿Cómo habéis podido hacerme esto?! —grito —¿Cómo habéis podido?!

Me han fallado... mis únicos amigos...

No estoy preparado para lo peor, todavía no. Los agentes se acercan. ¿Ahora qué hago?

—Lo siento Alan, —dice James —no tenía otra opción.

Se acercan. Tengo que pensar rápido.

—Señor Brody, queda detenido como principal sospechoso del asesinato de Judith Hall. —amenaza uno de los titanes —Será lo mejor para todos que no oponga resistencia, señor Brody.

—Un momento, ¡yo no he hecho nada! —me defiendo —¡Estaba trabajando, yo no pude hacerlo! Se acercan más deprisa.

—Tenemos una orden de arresto, tiene que venir con nosotros.

Asesinato... asesinato... la palabra se repite una y otra vez en mi cabeza como un eco de cuestiones.

El castillo de naipes que construí, escondido bajo la esperanza, se desploma. La han matado.

Asesinato... yo no la maté, yo estaba trabajando, ¡hay grabaciones!

Tengo que apartar la muerte de mi amada de mi cabeza y buscar una ruta de escape. Echo una

ojeada rápida a todo el lugar.

¿Cuchillos de cocina? No, joder, acabo de decir que no soy un asesino. La puerta del baño no tiene otra salida y sería una ratonera. La entrada principal está tapiada con un muro de uniforme.

Mierda, mierda, ¡mierda!

Se acercan más y hacen sonar las esposas entre sus manos. Aún me queda mucho por resolver. Si detrás de cada pesadilla existe un peldaño que me acerque un poco más a Vanessa, entonces yo soñaré... soñaré... en lugar de los poetas.

El dormitorio está justo detrás de mí, llamándome. Salto por encima del sofá, entro en él y cierro con fuerza. Apilo todos los objetos que encuentro para retrasar a los depredadores. La mesa que da a la ventana la coloco pegada a la puerta, sobre ella una silla de estudio, entre ambas la mesilla de noche porque la otra no me da tiempo a colocarla, arrastro la cama que está junto a la mesilla para reforzar mi escudo y una maleta de viaje, que teóricamente pertenece a Data por las camisetas de videojuegos de los ochenta que se asoman por los laterales, en lo alto para asegurar el peso. Los muebles se convierten en mi chaleco antibalas temporal.

—¡Abra la puerta, señor Brody! —gritan los policías.

—¡Alan, por dios, obedece! —grita James.

Sus voces retumban en el vacío de la ignorancia.

La ventana... quizás si salto por la ventana. Me asomo y el sol me ciega. Abajo hay un colchón viejo, menuda casualidad. No amortiguaría demasiado, pero algo es algo. ¿Me arriesgo? Los peatones me ignoran inmersos en sus quehaceres y los taxistas gritan impacientes al vehículo que tienen delante. Los policías golpean la puerta y los objetos ceden rápidamente. La mecha se termina y todo está a punto de explotar. Vuelvo a mirar la calle. Le doy permiso a mi subconsciente para que acepte la idea del salto y entregue mi fortuna al destino. En el peor de los casos moriría, tampoco es para tanto. Diez metros, cien metros, mil metros. El vértigo hace que el tercer piso de un edificio antiguo parezca el ático de un rascacielos. Mi estómago no quiere hacerlo, pero yo sí. Golpean la puerta una y otra vez con más fuerza. Más objetos caen al suelo. Las bisagras ceden y todo se desploma. Entran corriendo para atraparme. No quiero ser un pez a la espera de la red del barco pesquero.

Coloco el pie izquierdo sobre la repisa de la ventana.

Valiente guerrero, levántate y enfréntate a tus temores.

—¡Deténgase! —gritan.

Pie derecho.

—¡No lo hagas, Alan! —gritan James y Data.

El viento acaricia mi cara dulcemente, semejante al tacto de una madre con su hijo terminal justo antes del terrible desenlace.

Vuelo por los cielos y al fin soy libre.

Creo ver a Vanessa sonreírme desde una ventana mientras caigo. Golpeo el cuerpo con mucha fuerza sobre un colchón sucio con manchas de orina, sangre y semen... el hedor es repugnante. Me estiro muy dolorido e intento escapar. Miro al cielo. Mi cuerpo es incapaz de levantarse. James está en su ventana, incrédulo. Me habla, pero no alcanzo a escucharle. Intento leerle los labios, aunque inútilmente, no sé hacerlo.

Pobre James... no sabe qué estoy inmovilizado.

Me esfuerzo para que mi cuerpo reaccione. Es en vano, no consigo levantarme. Vienen por mí. He perdido la partida y no me quedan más monedas para continuar.

He hecho lo que he podido.

Pierdo el conocimiento.

*Exploradores urbanos*

Desde el techo llega una luz cegadora del más allá. No me puedo mover.

—¿De dónde lo has sacado? —habla una voz desconocida, masculina y deteriorada.

—Lo vi caer desde un edificio cerca de aquí. —dice otra voz diferente, esta vez más madura.

Me es familiar.

—¿Desde un edificio? ¿Hablas en serio? —pregunta la voz deteriorada —¿No has pensado que puede ser un peligro para nosotros?

—Claro que lo he pensado, —dice la voz madura —pero está muy mal herido, ha sobrevivido por poco. ¿Cómo iba a dejarlo solo y moribundo en ese callejón? Tiene la pierna derecha destrozada.

—No lo conocemos de nada, solo te digo eso. Podría ser un asesino psicópata o algo peor, tú no lo sabes.

—Ni tú, así que cállate y déjame ayudarlo. —alguien toca mi cuerpo —No te preocupes, te curaré. —intento mover el cuello, pero me duele bastante —Ahorra energías, chico, todavía no estás recuperado del todo.

El mendigo barbudo, que la noche anterior me prestó una manta, ahora examina mis heridas. Tras él curioseas por encima del hombro un hombrecillo extraño con el pelo grasiento y olor a vino agrio. Es algo más joven y observa con interés como cose mi herida de la pierna.

—Usted... —susurro.

—Buenas, joven. Me llamo George. El fisgón de detrás es un amigo mío, Mathew. —dice el médico, señalando al curioso hombrecillo tras él —No te preocupes, aunque no lo parezca es totalmente inofensivo.

—¿Usted es el hombre que me ayudó ayer, cierto? —pregunto.

—Sí, tienes razón. Conozco a todos los habitantes de los bajos fondos muy bien. A ti no, por eso despertaste mi curiosidad. —mira una aguja de operar con sus enormes gafas —A diferencia de lo que opina mi acompañante creo que no eres peligroso, aunque por lo visto sí que tienes alguna costumbre extraña, como la de saltar de un edificio.

George cose la herida con una profesionalidad impresionante. Pone mucho tacto en lo que está haciendo.

—Tiene mucha experiencia. ¿Es usted médico? —pregunto.

—Fui médico hace mucho tiempo, —mientras habla no deja de coser —pero no te preocupes, hablaremos de eso más tarde, ahora debes descansar.

—Por lo que parece te has dado un buen golpe, chaval. ¿Por qué has saltado desde un lugar tan alto? —pregunta Mathew.

—Entré en esa casa para robar algo de comida, pero el dueño me pilló con las manos en la masa. Intenté asustarle, pero apareció a los pocos segundos con una pistola semiautomática. —miento, y bastante bien debo añadir —Por lo visto intenté robar a un policía borracho y

malhumorado.

—Mathew, está magullado y necesita descansar. —pide George.

Este continúa concentrado en su labor. Los ojos del hombre, cubiertos de compasión, desprenden desinterés por obtener un beneficio económico al tratarme.

Me doy cuenta de que soy uno de los criminales más buscados del país. El camino ha cambiado de rumbo. No me importa, ahora soy libre y a la vez un esclavo. No tengo miedo a las armas de los perseguidores, a la cárcel, a perder mi casa ni mi trabajo, solo tengo un objetivo y es continuar hasta el final.

Recibo señales de todos los rincones del karma y mis sentidos funcionan al cien por cien.

—Ya es de noche, —dice —seguro que tienes mucha hambre.

Ciertamente me suenan las tripas.

—La verdad es que estoy bastante hambriento. —digo.

—Nuestra comida no es de mucha calidad, pero la valoramos. —dice George.

—Gracias, se lo agradezco infinitamente.

—El colchón sobre el que has caído ha amortiguado el golpe, sin embargo, te has hecho un gran corte con algo que había por ahí tirado. No es muy profundo, se curará rápido. Has tenido mucha suerte.

Me muevo un poco para ver a mi alrededor. Las paredes de la habitación están construidas con una madera muy deteriorada por la humedad y por el inevitable avance del tiempo; una lámpara parpadeante muestra la sucia decoración de las paredes, hecha a base de periódicos con noticias ya olvidadas; sobre una pequeña mesa hay utensilios para operar carne humana y algodones con restos de mi sangre.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—En una antigua biblioteca abandonada. —dice George, cortando el hilo de operar y puliendo el trabajo —Es un lugar viejo y en mal estado, pero es un refugio seguro y caliente cuando llueve.

—¿Hay más personas con usted?

—No, solo estamos Mathew y yo. Muchos de los nuestros en un mismo lugar pueden llamar mucho la atención de los vecinos que llamarían a la policía sin dudarlo. Cada uno de nosotros se busca su propio refugio, es lo mejor para todos.

Mathew busca algo en otro lugar y tira varios objetos al suelo. Uno de ellos está hecho de cristal y se nota por el sonido tan característico que emite. George pone los ojos en blanco.

—Otro vaso roto. —lamenta este —Por cierto, ¿si te pregunto algo personal serás sincero conmigo?

—Me ha salvado la vida, es lo menos que puedo hacer.

—Dime tu nombre. —pide. No puedo negarme —No se lo diré a nadie, ni siquiera a Mathew, te lo prometo.

¿Y si le resulta familiar? Con los noticiarios repitiendo mi nombre continuamente es arriesgado decirle la verdad.

Tiro los dados.

—Me llamo Alan Brody.

—Muy bien, señor Brody. —estrecha mi mano —Ahora, intenta levantarte muy despacio. —me duele la pierna. Poco a poco la muevo. Apoyo el talón y la molestia aumenta —Vamos, un poco más. No tengas prisa. —me pongo en pie —En unas pocas horas te encontrarás mejor, solo necesitas un poco de reposo.

Mathew entra en la sala armado con una bandeja repleta de colores frutales. Hay comida de todo tipo, desde fruta hasta pan con carne. Prefiero no preguntar de donde la han sacado, tengo

demasiada hambre para juzgar la higiene del menú.

—Come todo lo que necesites. —dice Mathew. Le obedezco y como vorazmente, como si no hubiese un mañana posible. Se escucha la lluvia golpeando por todas partes —Será mejor que pasemos aquí la noche. Cae agua de lo lindo y está bajando la temperatura.

—Mathew tiene razón, no estás en condiciones de salir todavía. —dice George —Dormiremos aquí.

—¿Nuestro amigo tiene nombre? —pregunta Mathew. George me guiña un ojo.

—Claro, su nombre es Steve. —miente.

—Bien, Steve, te enseñaré dónde dormirás. Hay demasiadas goteras por aquí y no es un lugar adecuado.

Tras la puerta, la luz de la luna ilumina con majestuosidad la antigua biblioteca donde los restos mortales de los libros descansan, unos desde el suelo y otros flotan a la deriva sobre charcos. Esparcen sus hojas por todo el lugar. La belleza de la madera carcomida y el continuo palpitar de las gotas aumentan su misterio. Innumerables historias ocurrieron aquí y jamás volverán a ser contadas. El olor del pasado me cuenta como una pareja de jóvenes estudiantes hace el amor a escondidas, entre las estanterías, o como el conserje, fascinado por la magia oscura, busca libros antiguos entre la oscuridad con la esperanza de llevarse alguna gran sorpresa durante su turno de noche.

Me acompañan a una sala más grande.

—Este lugar tiene algo especial, algo que me atrae. —digo.

—Sé a qué te refieres, a mí me pasa lo mismo. Imagino que es más poético ahora que cuando se construyó. —dice George —Mañana tendrás tiempo para verlo con tranquilidad, ahora debemos descansar.

Un viejo trastero es ahora una útil habitación muy pequeña. Tiene lo básico para sobrevivir, un colchón, una manta, una almohada, una lámpara oxidada por la humedad, una mesa de noche y decenas de periódicos húmedos. Lo esencial.

—Ésta es tu habitación. No es muy lujosa que digamos, pero al menos te mantendrá caliente. —dice George. Me ayudan a tumbarme y se marchan a sus respectivas habitaciones —Que descanses, chico.

Cierro los párpados para dormir.

Las horas pasan lentamente. No consigo pegar ojo.

Alguien abre la puerta de mi habitación.

—¿Alan? —pregunta el doctor —¿Estás despierto?

—Usted tampoco puede dormir, ¿verdad? —pregunto.

George ríe.

—Me lo imaginaba. —se sienta a mi lado, sobre el suelo —Ciertamente. No consigo conciliar el sueño. Este lugar estresa a cualquiera.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Qué le pasó para convertirse en vagabundo? Estoy seguro de que no lo contó todo durante la conversación que tuvimos anteriormente.

Mira al techo, pensativo. Quizás, he sido demasiado brusco con la pregunta.

—No te lo conté todo, estás en lo cierto. —explica —Fui uno de los mejores cirujanos del país. Arriesgué demasiado y endeudé a mi familia. Solo se me ocurrió fingir mi propia muerte y desaparecer.

—¿Fingió su muerte, habla en serio?

—Sí, mi vida estaba asegurada y mi familia ganó mucho dinero, pero a costa de un precio extremadamente alto. Tengo que permanecer escondido por su propio bien. —siento lástima por él —Mejor no hablemos de nuestras penas. Intenta descansar, eso es lo que tienes que hacer.

Se marcha y cierra la puerta.

El tiempo pasa con discreción y yo, al no poder dormir, me introduzco sigilosamente en mi propia mente. Pienso en imágenes aleatorias y lentas para conseguir adormecerme, para volver a explorar los recuerdos que guardo en lo más íntimo de mí ser. No es fácil. Hace muy poco que dormí y no tengo sueño. Quiero dar paseo un tranquilo, pero el dolor de mi pierna herida interviene en el recorrido. Mis pies desplazan los charcos con sigilosa sutileza. Hay decenas de libros arrojados sobre el suelo, empapados e ilegibles, aunque la mayoría de ellos, por suerte divina, continúan sobre las estanterías en un estado aceptable. Busco entre los supervivientes algo de información sobre el mundo paranormal, ¿quién sabe si mis visiones las provoca algún demonio en mi interior? Los carteles que indicaban el tema o sección se han perdido o deteriorado considerablemente por culpa del cruel e imparable avance del reloj. Tengo que ojear algunas páginas en el corazón de cada superviviente para descubrir sus palabras, no tengo más remedio.

Primera estantería. Busco página tras página y encuentro ilustraciones con valientes caballeros armados y montañas inmensas en cada ejemplar, son novelas de aventura, mierda...

Segunda estantería. Biografías. No me interesa la vida de terceros.

Tercera estantería. No es el momento ni el lugar para leer novelas de terror. Obvio, ¿no?

Cuarto intento. En un lugar más alegre habría leído alguno. Cuentos infantiles.

Quinto suspiro y con menos interés. ¿Estás de broma?

¿Realmente hay gente a la que le gusta este estilo? Novela negra, policiaca y psicológica, menuda porquería.

Sexto disparo. Vamos... vamos... ¡Bingo! Temas ocultos. Solo necesito encontrar algún libro que hable de espíritus. Ojeo entre todas las publicaciones, pero no encuentro nada interesante, aunque no desisto. Algo destaca entre la oscuridad, entre los demás ejemplares, como una hermosa mujer paseando a través de un prado de mendigos. Líneas doradas lo hacen brillar y su tapa es dura como el corazón de un asesino. Un libro titulado *Mensajes del alma*. Por el papel y la escritura parece viejo. Paso las páginas cariñosamente en busca de algo relacionado con mi situación. Llama mi atención uno de los capítulos, *Recuerdos ajenos*. Leo en voz baja el contenido.

—Algún espíritu que en vida sufriera una muerte muy traumática puede introducirse en el cuerpo de una persona querida, como por ejemplo un pariente cercano o un estimado amigo, e introducir en él recuerdos del ente en forma de sueños. Algunos testigos aseguran que han tenido visiones de la vida del fallecido durante el día a día o, como anteriormente se ha dicho, en forma de sueño y contemplando los recuerdos desde fuera, como un testigo.

—Un libro interesante, sí señor. —dice George a mis espaldas.

Se eriza el cabello de mi nuca.

—Me ha asustado. —reirimino.

—Eso pretendía, no es un buen lugar para estar a solas a estas horas y con tan poca luz. Deberías intentar descansar, en la cama estarás más seguro. Si alguien de fuera nos escucha podríamos meternos en problemas. —mira de reojo el libro que tengo en mis manos —¿Por qué has elegido este libro? No es el lugar idóneo para este tipo de literatura.

—Últimamente tengo sueños extraños. —no le contaré más de lo necesariamente imprescindible —Creo que son los recuerdos de otra persona y pensé que en alguno de estos libros encontraría alguna respuesta.

—Puede que exista una explicación obvia para eso. —dice George.

—¿Cuál? —pregunto.

—Quizás, pienses que no son tuyos, pero esos recuerdos te pertenecen, solo que los has olvidado.

—No es posible, algunas caras no las reconozco, no pueden ser mis recuerdos.

—Las caras que vemos en los sueños suelen ser proyectadas aleatoriamente por nuestro cerebro, como la de una persona con la que te cruzaste en algún momento de tu vida y quedó grabada en tu subconsciente; el profesor de algún pariente, un actor secundario de una película sin relevancia, e incluso el amigo de un amigo. Puedes verlos aparecer en sueños sin recordar quienes son.

—¿A qué se refiere? —pregunto.

—En realidad es simple. Si te pido que imagines a un hombre con gafas y barba, o a una joven rubia con ojos azules, en tu mente se crea la imagen de una cara desconocida, ¿verdad? Un rostro aparentemente sencillo y aleatorio.

—Exacto. Imagino una cara normal y corriente.

—No es desconocida, aunque lo creas así. —explica George —Lo más probable es que se mezclen rasgos que has visto anteriormente de personas con las que has compartido un breve espacio de tiempo y creías olvidadas. También pueden ser de alguien que permanece en tus recuerdos, alguien muy odiado o amado. Cada persona ve a alguien completamente diferente, pero nadie inventa caras en su interior; siempre recurrimos a una base de datos mental sin saberlo.

—Creo que lo voy comprendiendo.

—Es imposible revivir un recuerdo ajeno, a menos que las vivencias te las hayan contado, entonces crearías una especie de representación mental y verías lo que te contaron desde tu punto de vista, aunque es extraño que eso llegue a pasar.

—¿Entonces qué significan mis sueños?

—He visto cosas muy extrañas durante mis años de profesión, pero no creo que tengas un espíritu dentro de ti. Seguro que todo tiene una respuesta lógica y tienes que encontrarla.

—Entonces, ¿qué debo hacer para dejar de tener estos sueños?

—Prueba a dejarte llevar.

—¿Ver hasta dónde llegan?

—Exacto. —dice George —Quizás, tu subconsciente tenga algo que decirte.

—A lo mejor tiene razón. —murmuro —¿Cómo sabe tanto sobre sueños?

—De joven estudié la mente humana, aunque no terminé esa materia. —se estira con un gran bostezo —En fin, será mejor que descanse un poco.

—Gracias, se lo agradezco mucho.

Se marcha a dormir y me deja solo. No encontraré ninguna respuesta entre los libros porque George me ha mostrado el camino y la solución está dentro de mí. Corro hacia la habitación donde desperté. Ha subido la marea dentro de la biblioteca por culpa de la lluvia del exterior y se hace un ruido escandaloso al ritmo de mis pasos. Entro y cierro. Sobre una mesilla al lado de la cama hay algodón ensangrentado y recuerdo lo cerca que estuve de la muerte. Aparte de los restos de mi recuperación y de medicinas de primera necesidad, un recipiente resalta como una luz hermosa entre nubarrones huracanados. Leo el nombre y recuerdo que en un documental comentaron que se trataba de un somnífero inyectable. Si tengo que llegar hasta el final debo estar tan profundamente dormido que ningún sobresalto dentro ni fuera del sueño pueda despertarme. Adelante pues. Cojo una goma y, sentado sobre la camilla, la sujeto con los dientes para ajustarla bien a mi brazo. Preparo la dosis. He visto como se hace por televisión, hay que quitar el aire restante antes de

proceder. En el documental dijeron que había que administrar cero con cero ocho miligramos por cada kilo que pese el paciente, así que hago los cálculos y lo adapto a mi peso. La dosis está lista. Aprieto despacio y dos pequeñas gotas saltan de la punta de la aguja confirmando que no queda aire. Tengo miedo, un error con la dosis necesaria puede ser letal, o eso creo. No estoy seguro de lo que estoy haciendo, pero necesito seguir adelante y ahora el miedo es un ancla de plumas que nunca se hunde.

Lanzo una moneda al aire y reto a la muerte.

Mi belonefobia ataca al entrar en contacto el metal con mi piel y me tiembla todo el cuerpo.

Vamos, Alan, no seas miedica, no es para tanto. Estoy hiperventilando.

Tranquilo... cálmate... échale huevos.

Respira profundamente...

Respira...

El metal entra en mi raíl de sangre e introduzco la fuente del sueño en mi cuerpo. Caigo en un profundo letargo.

*Un sueño desagradable*

—Sabía que volverías. —dice el pequeño Alan —Te esperaba con ilusión.

Nado sobre un mar de lava e intento escapar del calor. Soy un montón de huesos y órganos disolviéndose con el ardor supremo que emana del interior del cráter. El pequeño Alan me observa desde la cima del volcán.

—¿Qué me estás haciendo?! —grito.

—¡Bienvenido a tu propio infierno, Alan! —amenaza.

Intento caminar sobre el magma, pero me derrito y caigo. Las gotas de mi carne caen sobre el fuego y lo secan, convirtiéndolo en pequeñas rocas oscuras. Cierro los ojos y deseo que al abrirlos el lugar sea más frío. ¿Por qué temo al enano? ¿Por qué le permito hacerme sufrir? Poco a poco, todo lo que me envuelve cambia a mejor. ¿Por qué no le hago frente en mis sueños, en mi mundo? ¿No consigo convencerme de que el dolor no es real? Mi cuerpo se reconstruye como pequeñas partículas que llegan con el viento y forman mi piel. Tengo el control de mis sueños, al menos de momento. El pequeño Alan parece preocupado. Se esconde en la oscuridad más absoluta.

—¿No matarías a alguien que en esencia eres tú mismo? —dice —Sé lo que pretendes y no pienso permitirte. Éste sigue siendo mi reino y jamás lo controlarás.

Cara a cara frente a mi némesis, contemplo la forma del miedo.

—Sabes más acerca del pasado de Vanessa, —digo —y me lo vas a contar, Alan.

Ríe con tal fuerza que el suelo se agrieta.

—No se te dan bien las amenazas. ¡Deberías mostrarte más respetuoso conmigo!

Diminutas patas del mayor temor que almaceno en el baúl de mi mente recorren todo mi cuerpo. Me empezaba a acostumbrar a esa sensación. Suena un latido perdido entre ecos de odio.

—Lo siento, amigo mío, —amenazo —pero tu rutina se ha quedado obsoleta. Una película de terror se vuelve inofensiva al verla por tercera vez.

Cierro los ojos profundamente. ¿Por qué está en mí? Todos los insectos se rompen en mil explosiones. Veo al pequeño Alan con claridad. Los ojos del niño expulsan más humo y el petróleo de sus venas circula mucho más agitado.

Corro hacia el sin temor, como un ciervo persiguiendo a un león. Éste huye. Estoy a punto de darle alcance.

—¡Libera a la niña! —exclamo.

—¡Jamás! —replica.

Aunque caen lágrimas de sus ojos, no siento lastima por él. El pequeño Alan desaparece y todo cambia. La luz cede ante los colores y se transforma en un cordial salón, un hermoso y acogedor rincón familiar lleno de fotos y recuerdos.

—Vamos, Vanessa, abre tu regalo. —escucho.

—Si mamá. —responde la pequeña mellada.

La niña pasa corriendo por mi lado hacia una adulta mujer con aspecto cordial, que ilusionada, le acerca a la niña una caja grande y desbordante de hermoso colorido. La pequeña, con sus coletas saltando, rompe la mayor parte del envoltorio como haría cualquier niño.

—¡Un establo de juguete!, gracias, mamá.

Se abrazan con ternura.

—Me alegra que te guste. Tu padre y yo no sabíamos que regalarte por tu cumpleaños y nos acordamos del día que lo viste en la tienda y te llamó la atención. —explica la mujer.

—Me encanta.

Siento la alegría del lugar.

Mientras la pequeña juega con su nueva adquisición sobre la mesa, su madre la observa con ojos agradables y compasivos.

—Hija mía, ayúdame a preparar la mesa que van a llegar tus amigas y no hemos montado nada.

—Claro, ahora mismo voy. —la ilusión brilla en los ojos de la niña —¿Esta noche vendrá papa a la fiesta?

—No lo creo. —hay mentiras en sus palabras y en sus ojos —Me ha dicho que tiene que quedarse trabajando hasta tarde.

En su corazón la mujer sufre, lo siento con fuerza, como si fuera mi propio dolor.

El lugar se desvanece en silencio. Intento acariciar a la pequeña mientras se disipa entre la niebla y en vez de conseguirlo pasa a través de mis dedos el joven humo de un cigarro con coletas.

—Protégeme, Alan, —escucho la voz de la chiquilla hablándome —no me dejes sola en la oscuridad, por favor.

—No temas, pequeña, te encontraré.

Todo se vuelve blanco, color de la pureza.

Los sanitarios pasean de un lado para otro cargando con munición de salud para los moribundos que con cada nuevo suspiro se aferran a la vida unos minutos más, conscientes del fatídico final que se acerca. Nunca me ha gustado el olor de los hospitales, aunque he olvidado la razón por la cual lo odio.

¿Algún trauma? Puede. Busco respuestas en las habitaciones y no reconozco a nadie. Una silla de ruedas desfila y se aleja sin propietario; el acero del que está hecha grita. Un gran grito llega del fondo; un bramido de angustia y amargura. Corro hacia su origen mientras las paredes se agitan, goteando sangre a medida que avanzo. Entro en una habitación donde la pequeña mellada llora. Hay una cama sobre la que reposa el cuerpo sin vida de una joven mujer y la niña solloza a sus pies con la esperanza de resucitarla. Quiero ayudarla, pero solo es una imagen de mi mente, no puedo hacer nada.

—Vanessa, mamá está en un lugar mejor. —dice un hombre entre la oscuridad.

Ella sigue triste y continúa empapando las sabanas con lágrimas.

—¡No puedes marcharte ahora, mamá, te necesito! —suplica la pequeña.

Siento el dolor en el corazón de la niña.

—No te angusties, no estarás sola. —dice el hombre.

La diminuta llorona berrea con más fuerza, fusionando la pintura y el ladrillo de las paredes en uno solo. Los ojos que vigilan la escena aumentan su brillo y se vuelven intensamente rojos como el corazón del sol. Bajo estos surge una inquietante sonrisa que observa a la niña mientras se despide de su madre. La pequeña Vanessa golpea con frustración la cama, convirtiendo el cuerpo que descansa en paz sobre el colchón en cientos de pétalos de hermosas rosas rojas que levitan suavemente.

Las ventanas se abren con fuerza y entra un viento huracanado. Me cuesta mantenerme firme

sobre el suelo. Fundo mis pies y me aferro a la tierra. Mi ropa se agita violentamente.

—Ya es hora de volver. —dice el pequeño Alan desde las sombras —No verás nada más por hoy.

La corriente de aire me golpea en la cara y el pequeño Alan, como un minúsculo dios, intenta despertarme perturbando mis pensamientos. La inyección evita que lo logre.

Se hace la oscuridad.

El viento sigue soplando. Poco a poco regresa la luz.

Aparezco en otra habitación pequeña y diferente, con las paredes bañadas en mugre y, si mi memoria no se ha deteriorado por el estrés, se trata del lugar que visité en mi primer sueño.

—De nuevo en este lugar. —pienso —Es diferente, ahora no lo temo.

Solo tiene una puerta y la recuerdo perfectamente. Intento abrirla.

—Sal de una vez, no querrás pasar media vida encerrado. —escucho.

Es la misma voz masculina de mi primer sueño. No la identifiqué la primera noche y ahora sé quién es el dueño. El padre adoptivo de Vanessa me espera fuera, ¿por qué?

Sujeto el pomo con la mano y lo giro un poco.

—Alan, no te marches, por favor. —el pequeño Alan me habla.

—Debo enfrentarme a la verdad. —explico —No me pasará nada malo, solo es un sueño.

La pequeña princesa mellada llora en un rincón.

—Alan, ayúdame, por favor, —dice la niña —hazlo por mí.

Frente a ella, el pequeño Alan se establece como un guardián protector y me impide acercarme. Los ojos del chico vuelven a tener la compasión del niño que recordaba del otro lado de mi espejo. Bajo ambos pasea un río de sangre que surge del interior de Vanessa.

—¡Déjala en paz, maldito monstruo! —amenazo.

—No se esconde de mí. —dice el pequeño Alan —Al igual que tú, yo la protejo.

—¿De quién se esconde?

La niña continúa en el rincón, tapándose la cara con las manos.

—De su padre. Yo lo sé porque tú lo sabes, solo que no aceptaste los recuerdos de tu interior tanto como lo estás haciendo ahora.

Uno, dos, tres...

Expulso el aire.

—Eso es imposible, no puede ser, —digo —ella jamás me lo contó. No puedo tener estos recuerdos.

Todo se tambalea.

—Es la verdad, —dice el pequeño Alan —están en ti.

El destino da tumbos sobre mi cabeza y se retuerce en una espiral eterna.

—¡Mientes! —exclamo.

—Alan, no puedo hacerle daño. Ambos la amamos y la queremos proteger por igual.

Camino de lado a lado, sofocado por lo acontecido, incrédulo ante sus palabras y ansioso por despertar de una maldita vez.

—¿Todos estos recuerdos ocurrieron realmente? —pregunto.

El pequeño Alan guarda silencio y mira al vacío.

—Sí, lo fueron. —responde —Todo ocurrió en el pasado y tú lo almacenas en tu corazón.

—¿Cómo llegaron estos recuerdos hasta mí?, ¿qué me está pasando?

La pequeña Vanessa llora angustiadamente, aterrada ante una presencia que no puedo ver, pero si sentir en mi piel. Entre las tinieblas, el lobo acecha a la pobre oveja arrinconada.

—¿Por qué le tiene tanto miedo a su padre? —pregunto.

—Creo que puedes llegar a comprenderlo. —explica mi pequeño yo.

La observo detenidamente. No obtengo respuesta, o no quiero asumirla. Se hace un profundo silencio. ¿Qué hora debe ser en el exterior? No consigo despertar, el somnífero cumple bien su función. Mejor, necesito viajar un poco más por la profundidad de mi mente.

—¿Seguro que no sabes porque tienes sus recuerdos? —pregunta el pequeño Alan.

Las paredes laten al ritmo de mi alma.

—¿Qué intentas decirme?

El pequeño Alan toca una de las paredes con la punta de un dedo y tras una intensa luz aparece una puerta perfecta.

—Adelante, amigo mío, —indica —estás listo. He protegido este recuerdo en lo más profundo de tu mente.

Tras la puerta resurge de las cenizas mi hogar completamente reconstruido con la foto de la visita al parque de atracciones que hice con Vanessa adornando el recibidor, con las migas del pan de la cena de aquella noche sobre la mesa, con las plantas de plástico decorando el pasillo y acumulando polvo porque a ambos nos da pereza limpiarlas, y las gotas de agua sobre el cristal del baño todavía húmedas.

Llegan voces desde el dormitorio de arriba. La última vez que dormí allí me ensució con ceniza. Escalón a escalón, con paso firme pero lento, subo tenso y emocionado como un niño que se acerca al árbol de Navidad. Abro la puerta del dormitorio. Me veo durmiendo plácidamente mientras Vanessa me acaricia el pelo. No se dan cuenta de que estoy con ellos.

—Duerme Alan. Descansa, mi amor. —susurra Vanessa.

—Es ella. —murmuro.

—Este recuerdo es nuestro, él no puede encontrarla aquí. —explica el pequeño Alan —Solo lo vivimos nosotros.

—Necesito más respuestas. Cada vez estoy más cerca.

—No, todavía no, sé paciente.

—¿Pasó algo importante durante este recuerdo?

—Lo sabrás cuando llegue el momento.

El pequeño Alan ríe maliciosamente.

—¿Por qué estás en mi interior, masacrándome con dolor?

—Antes jugábamos juntos. —sus ojos vuelven a llenarse de niebla negra —Has olvidado los días que llorabas a solas en tu habitación y hablábamos juntos durante horas. —su sonrisa crece por encima de sus mejillas —Cuando estabas solo yo te cuidé. ¡Me has olvidado!

La habitación encoge. Las figuras que descansan sobre la cama desaparecen entre una nube negra. El pequeño Alan también, disolviéndose con un ligero soplo de viento. Todo se reduce y es imparable. Me asfixio por la presión del escaso espacio. Estoy en un ataúd que intenta mantenerme encerrado en su interior.

—La protegeré, incluso de ti. —dice el pequeño Alan desde ningún lugar.

Quedo apesado.

—¡Despierta, Alan, por dios, puedes hacerlo! —grito.

Mis huesos crujen por la falta de espacio. Mi caja torácica se desmonta en pedazos, mi cráneo se comprime y zumo de materia gris escapa por las grietas.

—O despiertas o será peor. —dice el pequeño Alan.

El oxígeno termina. Las tinieblas me envuelven. Intento escapar de la oscuridad recordando las caricias de Vanessa sobre mi pelo.

—Buenas noches, mi vida. Duerme tranquilamente. —escucho.

*Un pequeño escudo al que aferrarse*

—Chico... ¿Estás bien? —pregunta George, zarandeándome. Mathew me mira desde su lado, completamente perplejo —¿Te has sedado a ti mismo?

Me duele la cabeza. La luz del amanecer taladra mis neuronas.

—¿De qué habla? —me comporto como si no hubiese pasado nada.

George revisa su botiquín detenidamente en busca de bajas. Falta algo. Coge una especie de linterna y escanea errores en mis pupilas. ¿Me toma por un toxicómano?

—Jugar con los medicamentos es peligroso. —dice George, nervioso por perder algo suyo.

—Tranquilo, solo ha sido un sedante. —explico para intentar calmarle.

La cabeza me da vueltas y me tiemblan las manos.

—¿Una mala noche, Alan? —pregunta Mathew.

—Estoy obsesionado con un sueño que tengo últimamente. —explico.

—Deberías tener cuidado con las obsesiones. —dice George.

—¿Por qué?

—Porque la obsesión puede conducir a un hombre hacia la locura.

Hago caso omiso a sus palabras. No tengo tiempo en el bolsillo para pensar en abrazar a la locura, no cuando no estoy seguro si la muerte de Vanessa ha sido un accidente. Tengo que moverme deprisa.

—Han sido muy amables conmigo, se lo agradezco mucho, —digo —ahora tengo que marcharme para solucionar unos asuntos.

—Eres el primer vagabundo que conozco que tiene asuntos que atender. —dice Mathew, apoyado en la pared y fumando un cigarrillo —Si algo nos caracteriza a los sin techo es la ausencia de obligaciones.

—Me parece bien. —dice George —Querría darte algo antes de marcharte. —busca algo en el interior de una mochila que está en el suelo —Se leer entre líneas lo que dice un hombre con bastante fiabilidad y suelo ser capaz de descubrir lo que necesita.

Una pequeña pistola reposa sobre la palma de su mano frente a mí, como un pez moribundo en mitad de un prado gigante de arena. No hay nada más alrededor, solo el arma ante mis ojos observadores y dudosos.

—¿Por qué se la das? —replica Mathew —Es nuestra y la necesitamos por si alguien intenta hacernos daño.

—Sabes que no la hemos necesitado nunca y probablemente le hará mucha más falta a él que a nosotros. —explica George.

—¿Por qué piensa que necesito un arma? —pregunto a George.

—Alan, no soy estúpido. Me lo dicen tus ojos.

—No voy a aceptarla.

—Ser un alma errante en esta ciudad es peligroso. Hay cientos de bandas callejeras rondando

entre la oscuridad y nunca se sabe, sobre todo si eres nuevo en esto. Necesitas protegerte.

—Supongo que tiene razón. —acepto.

Esto es una locura, pero tiene razón, no me vendrá mal tener un arma.

La coloca sobre la palma de mi mano y siento el frío metal, siento el poder que me otorga la posibilidad de elegir entre la vida y la muerte, siento el don de la existencia corriendo por mis venas y hablando a mi alma a través de la guadaña de la muerte.

—Bien, ahora estarás seguro. —dice George.

Guarda sus medicinas, inyecciones y vendajes en una mochila.

—¿Por qué me ha ayudado tanto? Apenas me conoce.

—Quizás, necesite que algún día me devuelvas el favor, pero ten mucho cuidado, un arma no es un juguete. Utilízala solo cuando sea estrictamente necesario. No me gustaría atravesar una calle llena de pandilleros con un agujero en el estómago, no tengo suficiente material para curar a tantos, ¿de acuerdo?

—Claro, claro. Lo comprendo.

George carga su mochila al hombro y yo guardo mi nueva adquisición en el bolsillo con cuidado.

—Bien, será mejor que nos vayamos, Mathew. Nosotros también tenemos cosas que hacer.

—Como quieras. —responde éste.

Mathew apaga la colilla lanzándola al suelo encharcado.

—Alan, tengo que decirte una cosa antes de dejarte solo. —dice George —En el piso de arriba, al fondo, está la antigua habitación del vigilante. Hemos colocado un depósito en el tejado que se llena con la lluvia y proporciona algo de agua, así podrás darte una ducha. Hay un calentador eléctrico que funciona con corriente auxiliar. En el cuadro de luces solo tiene que activar la palanca que está indicada y saldrá algo de agua caliente. Date un respiro, te vendrá bien.

—Gracias, así loaré. Ciertamente me vendrá bien.

—Puede que encuentres algo de ropa limpia en uno de los armarios. —dice Mathew.

—Que seas un sin techo no significa que tengas que apestar. —añade George y me hace gracia —En fin, chico, tenemos que irnos. Que tengas suerte en tu camino, sea cual sea.

—Usted también. —respondo cortésmente.

Sonríe. Se marchan, mojando sus zapatos y calcetines con los charcos, atravesando la biblioteca inundada.

Me quedo con la hermosa soledad. Ahora el lugar es más inquietante. Mi estómago se carga con una espantosa sensación de incomodidad. La luz que se cuela a través de las viejas ventanas, tapiadas con bloques de madera podrida, muestra rayos dorados que enfocan a ninguna parte y se cruzan unos con otros.

Veó unas escaleras. Subo por ellas y al fondo, como George dijo, la puerta de madera carcomida con un cartel que dice *Seguridad* espera mi visita con impaciencia. Cruzo el largo pasillo, muerto de miedo, pero hipnotizado y fascinado por la belleza que puede alcanzar un edificio prácticamente en ruinas. La vieja madera cruje y crea el efecto de caminantes invisibles recorriendo el lugar a mí alrededor.

Alcanzo la habitación al fin.

En el interior se respira un extraño orden en todos y cada uno de los objetos. Hay una exhaustiva limpieza a pesar de la ausencia de inquilinos responsables durante los pasados años. Tengo todo lo necesario para que un solo hombre pueda sobrevivir; una cama, varios muebles, una pequeña cocina con sus respectivos utensilios, y por supuesto la ducha.

Dejo correr el agua para llenar totalmente la bañera. Dejo la ropa sucia sobre la cama. Me

introduzco en la bañera con una intensidad tan suave que el resto de la habitación desaparece. Empapo un pequeño trapo y lo coloco en mi frente.

Al fin... un descanso como es debido.

—Te está sentando bien el baño, ¿verdad? —dice una voz —Te relaja.

—Necesito un respiro, —respondo —me lo he ganado.

—Lo sé. El calor de un baño, algo tan común... un instante de paz personal que no volverás a vivir, Alan, porque hagas lo que hagas estás atrapado sin remedio entre el profundo mar de dudas sobre el que nadas y el olfato de los perros que te persiguen día y noche.

—Me las apañaré. Necesito avanzar poco a poco.

Alguien se acerca. Siento el aliento de un desconocido a mi lado, apoyado en la cerámica grisácea y el tacto de unos dedos en mi oreja.

—Si hubieras escuchado las palabras de James y no te hubieras escapado aquel día, ni hubieras entrado en tu casa en ruinas, te habrían encerrado durante largos años. Al menos, ahora, puedes decidir qué hacer y cómo. Considéralo una segunda oportunidad para encontrar la verdad.

Hay algo de cierto en sus palabras.

—Tienes razón. —susurro.

Necesito tomar una decisión ya. Tengo un lazo familiar, pero no un nombre ni una cara. El padre de Vanessa tiene algo que ver, lo tengo claro, pero los espectros que me buscan en forma de policías, ciudadanos vengativos o perros... ellos no tanto.

—¿Quieres respuestas? —pregunta la voz, con expresión alegre y emotiva —Lo noto en tu piel. Anhelas su muerte por encima de todo lo demás, no te importa la cárcel ni la opinión pública, y no quieres que lo hagan otros, deseas hacerlo con tus propias manos.

—Es mi deseo. —respondo —Para que se cumpla tengo que actuar con calma.

—¿Entonces qué harás?

Pienso... Claro y oscuro. Todo es neutral.

—Descubriré quién es su padre y acabaré con él, no tengo otra opción.

—Deberías buscar pruebas y encerrarle, ¿no crees?

—¿Pero yo solo? No sé ni por dónde empezar. Quizás, mañana. —digo —Lo he perdido todo por culpa de sus actos, ahora él lo perderá todo por culpa de los míos.

—Es justo, pero difícil. —dice —Te deseo suerte.

—No he dicho que vaya a ser fácil, —aclaro —de hecho, es una maldita locura.

—Nos pondrás en peligro, ¿lo sabes?

—No me importa mi destino.

—Tú decides, Alan... solo tú decides. —asume la voz. Ahora el agua sale fría. Odio el frío —  
¿Y el siguiente paso a seguir?

—No lo sé... pequeña. Mañana volveré a buscarte en mis sueños.

—Lo sé.

*Peste a quirófano*

He cambiado de ropa; los sucios y húmedos trapos que llevaba cargados sobre mi cuerpo han sido remplazados por un traje elegante limpio que extrañamente sobrevivió a los hongos del armario del vigilante de la biblioteca. Con el paso de los días mi vello facial ha crecido. Al pasear entre la gente me tranquiliza ver que no me reconocen. No afeitarme me ayuda a pasar desapercibido. Tras un largo paseo llego a la puerta del hospital que mencionó Brian. El edificio es un gigante protector vigilado por una muralla con forma humana y escoltada por arqueros con barriles de aceite hirviendo. En su interior está la taquilla de Vanessa a la espera de ser examinada. No llamaré la atención paseando por el interior del hospital, ya que por él entran y salen decenas de caras anónimas a cada minuto, lo complicado será acceder a la zona privada de los empleados.

Soy un guerrero ermitaño a punto de enfrentarme en solitario a un inmenso ejército.

Entro.

Consulta tras consulta, llego a la sección de oncología infantil. Me pregunto otra vez... ¿Por qué tantos secretos? Los pequeños pasean como errantes. Cargan con la medicina colgada de una soga que, gota a gota, administra un impulso más a su organismo. Daría mi vida por devolverles la esperanza, el valor y los sueños, pero solo soy un simple mortal inútil.

—Continúa, Alan, sigue por tu camino. No te entretengas, no puedes hacer nada por ellos, no eres el indicado para ayudarles. —pienso.

Sigo adelante.

Algunos vigilantes pasan muy cerca, pero no me reconocen. Encuentro una recepción de cristal y dentro de ella se ve una puerta con un letrero colgando. *Prohibido el paso. Solo empleados y personal autorizado.* Es aquí, seguro. Desde una de las esquinas, una cámara de seguridad ampara a los enfermos. Tengo que andarme con mucho ojo y no revelar mi identidad. Tras la mesa de la recepción hay una anciana enfermera. Mientras sus gafas hacen equilibrio sobre su nariz y anota algo en una libreta, espera ansiosa mis preguntas.

—Señor, ¿necesita algo? —pregunta.

No puedo responder negativamente. Resulta extraño que alguien pasee por la sección de oncología infantil sin ningún objetivo en concreto, sin un familiar o sin un nombre.

Decide rápido, Alan, o tendrás que correr.

—¿Señor, puedo ayudarle? —vuelve a preguntar, impacientándose.

El reloj... el reloj... las ocho y veinte de la mañana. Alan, piensa en algo, deprisa.

—Sí, claro que puede ayudarme. —digo —Querría saber cuál es la hora del desayuno para los niños.

—A las ocho y media, señor, como todos los días. Apenas faltan diez minutos. ¿Por qué lo pregunta?

—Mi sobrino se queja de que tiene hambre. —si le hubiera dicho que alguno de los niños es

hijo mío me habría metido en un serio problema. Seguro que la enfermera conoce a todos los padres de los chicos —Yo le he recordado que el desayuno se sirve a las ocho y media, debe tener paciencia. Me ha pedido que viniera a confirmar la hora del desayuno.

La señora ríe.

—Estos chicos, siempre igual. —se quita sus horribles gafas y las guarda en un bolsillo con delicadeza —Dígame en que habitación está y le acercaré una bandeja. No pasa nada por darle el desayuno diez minutos antes. Hay que comprender que al fin y al cabo no dejan de ser niños.

—Tranquila, no se preocupe. Aguantaré diez minutos más.

Vuelve a colocarse los gigantescos telescopios en sus ojos.

—Bien, como usted quiera, aunque debería ser más comprensivo con su sobrino.

Me voy. Mientras la mujer continúe rondando el lugar y la cámara lo vigile todo no podré hacer nada. Tengo que conseguir entrar en la sala de empleados. Se me ocurre colarme cuando la anciana sirva las bandejas del desayuno, pero aún queda el problema de la cámara de seguridad que dará la alarma si ve a un hombre con ropas formales entrar donde no debe.

Voy a la sala de espera a pensar un plan. Algunas sillas vacías observan el infinito desde la ventana y un televisor proyecta dibujos animados mientras una decena de pequeños ojos hipnotizados la mira.

Me apoyo en la pared en espera de una respuesta.

Pasa un médico por mi lado caminando directamente en dirección al cuarto de baño que está al fondo del pasillo. Se me ocurre una locura. Le sigo e intento no llamar su atención. Entra en el excusado de hombres y yo después. Rezo para que no haya nadie más en el interior. Tengo suerte, estamos solos. El doctor se mete en uno de los lavabos. Emite crujidos y gruñidos desde dentro; un mal desayuno, me imagino. Termina y se dispone a salir. Lleno mis pulmones con valor y actúo deprisa. Saco la pistola que me regaló George y la alzo en lo alto, como el filo de una guillotina a punto de caer sobre un cuello. Un golpe seco sobre su cabeza ha sido suficiente para dejarlo inconsciente. Le quito la ropa y me equipo con ella. No soy estúpido, sé que mi camuflaje duraría lo que duré el estado inconsciente del doctor. El tiempo se agota. Coloco el cuerpo con cuidado sentándolo sobre el baño y cierro el pestillo simulando a un hombre haciendo deposiciones. Salgo por el baño del lado para asegurar que su puerta quede cerrada.

Camino hacia la puerta de empleados, nervioso como un adolescente a punto de perder la virginidad. Recuerdo el reloj. Son exactamente las ocho y media, es la hora del desayuno, no hay nadie en la recepción, y las cámaras no se alarmarán gracias a mi nuevo uniforme.

Vía libre.

Muevo el pomo de la puerta para empleados con suavidad. Me esperan las taquillas en total oscuridad, solo hay una ligera luz entrando por el hueco entreabierto de la puerta. Hay ocho taquillas, cada una con su respectivo nombre. Parecen amenazantes montañas dispuestas a ser exploradas. Voy directo al grano, no puedo perder tiempo abriéndolas todas.

Desconocido, desconocido, desconocido, Brian Scott... tendré esta en cuenta para más adelante. Continúo. Desconocido, desconocido, Judith Hall. Premio. Por el hueco de la puerta hacia la recepción no se ve a nadie. La anciana sigue repartiendo el desayuno.

La cerradura de la taquilla es simple y con algo pequeño puedo hacer palanca para abrirla, ¿pero con qué? ¿La pistola?, ni loco, es demasiado metálica y ruidosa. No se dispararía, se poner el seguro, no soy imbécil. Escucho llegar el carrito del desayuno, moviéndose y acercándose. La anciana enfermera está terminando.

No tengo nada a mano para forzar la puerta de la taquilla. Le doy pequeños tirones, pero la cerradura no está por la labor. Tiro de la palanca de la máquina de la suerte y no me toca ningún

premio. Siguiendo intento y nada. Un mal día para mí, sin lugar a dudas.

—¿Qué tal están hoy los niños, señora Rushmore? —escucho fuera.

Es una joven voz. Miro por el hueco de la puerta con cuidado. La vieja enfermera habla con una hermosa mujer, con el pelo largo y dorado, y la piel pálida. Por su identificación creo que es doctora, no auxiliar.

—Lo están pasando mal, la verdad. —responde la anciana —Notan su falta. Menos mal que hemos sido cautelosos con las noticias y creo que no saben nada.

—¿Y notan la ausencia de Brian? —pregunta la joven.

—Apenas preguntan por él. No era muy agradable con los chicos.

—Ya veo. —dice la joven.

—Todo esto es muy extraño, ¿verdad? Ambos eran amigos y ambos han muerto. —sugiere la anciana.

Saben lo de Brian, la prensa ha hecho bien su trabajo.

—Creo que ha sido casualidad, esas cosas pasan. Si su memoria no lo recuerda, aquí hemos vivido momentos muy extraños. —explica la joven.

—Lo sé, pero sigue siendo demasiado casual. —añade la anciana.

—Un incidente doméstico y otro en la carretera. Brian se pasaba las noches bebiendo. —explica la joven —Era medio ciego y alcohólico, y sinceramente, lo que le ocurrió se sabía que pasaría tarde o temprano.

—Hay testigos que aseguran haber visto al señor Scott acompañado del joven que asesinó a la chica. —corrige la anciana.

—Eso no es asunto nuestro, para eso está la policía. Además, la gente siempre habla más de la cuenta e inventa cosas. —dice la joven.

—Yo espero que lo atrapen y lo condenen. —opina la anciana —Lo que hizo fue inhumano.

—Nosotras ya tenemos suficiente con lo que pasa a diario en este hospital.

—Eso es cierto. —acepta la anciana —Disculpeme, Doctora, me llama una de las madres para atender a su hijo. Continuaremos con nuestra conversación en otro momento.

—Claro. Haga su trabajo, no se preocupe.

La joven doctora se acerca. Distingo con gran claridad su nombre escrito en la identificación de su uniforme, Raquel Lloyd.

Raquel Lloyd... Raquel...

¿Dónde he escuchado ese nombre?

Justo antes de que entre me escondo entre las sombras a toda velocidad. No enciende la luz, menos mal. Abre su taquilla y rebusca entre sus pertenencias palpando. Escondido, observo a la doctora de espaldas. Coge una pastilla de la taquilla y la toma sin agua.

—Maldito estrés. —dice para sí misma.

Apunto a su cabeza con el arma y tiro de la palanca corredera colocando una bala en la recámara. Todo mi cuerpo tiembla.

—Si gritas, disparo. —susurro. Raquel se paraliza.

—¿Quién eres? —pregunta estremecida.

—Mi nombre no te importa, Raquel Lloyd. Fuiste al mismo orfanato que Judith, o debería llamarla Vanessa, ¿no es así? —hay muchas mujeres con ese nombre en el mundo, es poco probable que sea ella.

Todo o nada.

Se crea un silencio muy tenso.

No estoy loco... es ella... tiene que serlo...

—Nada de esto es necesario. —dice bajando los brazos y se gira, segura de sí misma. Tal coraje me deja petrificado —No te imaginaba tan joven.

Me pilla desprevenido. ¿Qué hago ahora? Descarto disparar, soy incapaz de herir a una mujer. Estoy en clara desventaja.

—Levanta los brazos, por favor, no quiero hacerte daño, Raquel. —¿acabo de pedirle, por favor, levantar los brazos? Soy estúpido.

—No eres violento, no como dice la prensa, Alan Brody.

Sus palabras me perforan como la radioactividad extrema.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Vanessa me habló sobre un chico que le interesaba, un camarero del restaurante que estaba frente a la parada del autobús. Cada noche se miraban fijamente y tras un duro día, él se decidió a hablar con ella. La acogió en su casa y de aquello, con el tiempo, surgió algo. Además, sales en las noticias, Alan.

Bajo el arma. Ahora me siento avergonzado de mí mismo.

—No era mi intención asustarte. —me disculpo.

—Vanessa dijo la verdad, tu mirada es bondadosa y tierna. No puedes ser un asesino.

—Estos días he llegado a dudar de mí mismo.

—¿Cómo sabías lo del orfanato? Era un secreto incluso para ti.

Cuento mi historia lo más rápido y breve. Desde la noche del incendio hasta la presente infiltración en el hospital, con datos, nombres y sueños.

—James Galvin... —susurra.

—¿Le conoces? —pregunto.

—No, su nombre es familiar.

—Es redactor en una revista, es posible que te suene de eso.

—Puede. —dice entre dientes.

No le hablo del padre de Vanessa, no confío plenamente en ella. James me traicionó. ¿Qué me hace pensar que ella no?

—Tenemos que hablar sobre Vanessa. —pido —Ha sido toda una sorpresa encontrarte aquí. Ahora eres la única persona que puede ayudarme.

—Llegó aquí buscando un trabajo y se lo di, nada más. No sé nada referente a ella a excepción de lo que recuerdo del orfanato.

La puerta se abre iluminando todo el vestuario y cegándonos.

—Doctora Lloyd, necesito que vigile la recepción un minuto, por favor. —pide la anciana tras entrar sin pedir permiso. Se sorprende al verme —Disculpe, no sabía que tenemos visita.

Por suerte, se ha quitado las gafas y no me reconoce. Gracias al uniforme me toma por un doctor más.

—No se preocupe, es el auxiliar Moore, sustituirá a Scott. —miente Raquel —Le estoy mostrando el centro.

Estrecho las jurásicas manos de la enfermera.

—Un placer conocerla, señora. Espero estar a la altura del puesto.

—Lleva usted uniforme de doctor. —vacila la anciana —¿Por qué?

Me quedo en blanco. ¿Cómo coño respondo ahora?

—Es su primer día. —Raquel sale en mi auxilio —Se le ha olvidado el uniforme en casa y le he prestado uno que había en las taquillas.

—Pues empieza usted con buen pie el primer día. —ríe la señora —Discúlpeme si les interrumpo. Tengo que dar unos medicamentos a algunos de los niños y les pediría que se

quedaran por aquí por si ocurre algo.

—Claro, nos quedaremos en la recepción. —dice Raquel.

—Muchas gracias. —la enfermera se marcha con paso lento.

—Sigamos con la conversación anterior. —me pide Raquel —Sigue hablándome sobre tus sueños.

Es una mujer muy valiente. La muerte con forma metálica acaba de susurrar a su oído y continúa tranquila, sin ningún miedo.

—Esto te parecerá extraño, tú apareces en los sueños. No tengo ni idea de porqué, pero soñé con el orfanato y sigo descubriendo más cada noche.

—¿Es eso posible, dices la verdad? —pregunta —Solo Brian y yo sabíamos su verdadero nombre.

—Lo es. He llegado a pensar que estaba poseído por el espíritu de Vanessa. Una locura, ¿no? —pregunto.

—Sí, en verdad es una locura. No tiene ningún sentido.

—Lo sé, pero no puedo seguir así, estoy desesperado. Siento que tengo estos sueños por alguna razón. Tienes que contarme todo lo que sabes acerca de Vanessa.

—Solo sé que para los demás era Judith.

¿Por qué me ocultó su verdadera identidad?

—No consigo saber por qué me mintió. Quizás, entre los dos descubramos algo. ¿No te contó nada entre el orfanato y su llegada a este hospital?

—Muy poco. —responde —Hablamos por teléfono durante un tiempo tras su adopción. Nunca me contó nada personal, aunque una vez me llamó llorando y me dijo que hubo una gran tragedia en su familia. Le insistí para que me contara el problema, pero no lo conseguí.

—Creo que sé lo que pasó. —explico —Su madre murió, lo vi en uno de mis sueños.

—No, no fue eso. La muerte de su madre si me la contó. Algo más pasó, algo peor. Después de ese día no volví a saber de ella, se mudó. Tras unos años apareció por aquí, me pidió trabajo y yo se lo di.

—¿No sabes nada más? ¿Estás segura?

—A veces, lloraba a solas y cada vez que preguntaba el motivo ella se enfadaba conmigo. Aunque la noche anterior al incendio estaba más nerviosa que de costumbre. No hablaba con nadie, ni siquiera con los niños. Yo pregunté varias veces si el motivo de su depresión eras tú, Alan. Ella aseguraba que no, era algo superior que ni tú sabías y no podía contármelo. Si Vanessa confiaba en ti yo también lo haré, por eso creo que eres inocente en todo este lío.

Ha confiado en mí y me ha contado lo que sabe. Es hora de ser sincero con ella y hacer lo mismo.

—Por mi parte no te lo he contado todo, tenía que estar seguro de que podía confiar en ti. —explico —En uno de los sueños descubrí algo sobre su padre. Ella le tenía mucho miedo, pero cuando estuve a punto de descubrir algo más, me desperté.

—¿Su padre? —pregunta Raquel —No puedes basar la verdad en un sueño.

—Puede que en mi interior esté la verdad.

—Algunas cosas coinciden, no lo negaré, pero la mente del ser humano es extraña. Tenemos que ser cautelosos con lo que interpretamos. —explica, tocándose su hermoso pelo, pensativa.

—El orfanato y la muerte de su madre fueron reales, lo acabas de confirmar, significa que mis sueños también y que dentro de mí están sus recuerdos, no hay otra explicación.

—Estoy confusa, pero parece que es así. —afirma —Por alguna extraña razón los tienes. De momento tus sueños son lo único a lo que nos podemos aferrar. Tenemos que llegar más al fondo

de tu cabeza.

Sí, ya. Como si fuese tan fácil.

—He estado a punto de conseguirlo varias veces, si no fuera por mí mismo.

—¿Por ti mismo?

—Cada vez que estoy cerca de avanzar, una representación de mí mismo en forma de niño me lo impide.

—Puede que sea algún tipo de trauma que guardabas en el subconsciente y, por culpa del estrés que estás sufriendo, ha resurgido. Tendrás que enfrentarte a tus miedos, Alan, no tienes otra opción. No te preocupes, te ayudaré. —busca en un bolsillo —Toma esto.

Escribe algo en un papel pequeño y me lo da.

—¿Qué es? —pregunto.

—Léela cuando estés fuera del hospital.

Escucho alboroto en el pasillo. Varios hombres hablan con la enfermera anciana.

—No, no y no. Yo no puedo acceder a esos documentos. Tendrán que preguntar a la doctora Lloyd. —explica ésta.

Raquel me indica con la mano que me quede quieto y se asoma por fuera de la puerta. Coloca el dedo índice sobre sus labios para que me quede callado.

—No salgas de aquí, es la policía. Si te ven estás jodido. —dice Raquel en voz muy baja —Yo me encargo. Cuando me vaya con ellos tú escapas.

Asiento. Ella sale.

—Disculpen, caballeros. Soy la doctora Lloyd y la responsable de esta sección. ¿Necesitan algo?

—¿Ha oído hablar de un incendio ocurrido hace poco dónde falleció una mujer llamada Judith Hall? —pregunta uno de los policías.

—No veo mucho la televisión. —responde Raquel.

—El hijo de uno de nuestros compañeros está internado aquí y reconoció a la víctima como una enfermera que trabajaba aquí. Necesitamos que responda algunas preguntas y que nos facilite toda la documentación que le solicitemos.

—Creo que se confunden.

—Acabamos de hablar con varios padres y niños. Todos recuerdan a la enfermera Judith Hall, pero misteriosamente ese nombre no aparece en ningún registro. Es como si no existiera.

—No me suena ese nombre.

—¿Ha perdido a una de sus enfermeras y no se ha dado cuenta? ¿Intenta tomarnos el pelo? Sabe que hay cámaras, ¿verdad? Podemos acceder al registro y ver si miente.

—Mire, estoy extremadamente ocupada curando a niños como para perder el tiempo hablando con todos los enfermeros. Si necesitan algún tipo de documentación busquen en los archivos, están en su casa, pero déjenme seguir trabajando, por favor. Los niños son prioritarios y necesitan que inspeccione sus avances.

Me acabo de dar cuenta de la taquilla, Vanessa puso su nombre falso en ella. Espero que no quieran revisarla, me cazarían. Por eso Raquel ha mentido, para que no me encuentren. Seguramente ella ya esté pensando en alguna excusa si ven el nombre. ¿Enfermera novata, quizá?

La anciana interrumpe.

—Doctora, ¿dónde está el enfermero Moore?

—¿Quién? No sé de quién me hablas. —responde Raquel.

—Del chico joven que estaba con usted al que ha tenido que prestarle un uniforme de doctor porque había olvidado el suyo. Estaba hablando con usted hace un momento en los vestuarios.

Raquel se descoloca y su improvisación se desestabiliza durante un leve instante, el suficiente para que la policía se dé cuenta de que algo no va bien.

—Sí... sí... —tartamudea Raquel —Se fue hace un momento a por el uniforme.

—Inspecciona el vestuario. —ordena un policía a otro.

No voy a meter a esa pobre chica en un problema. Esto es asunto mío. Saco mi arma. Doy un fuerte empujón a la puerta y salgo del vestuario como si me persiguiera un perro rabioso. La agarro del cuello y apunto con el arma a su cabeza. Simulo que es mi rehén. Mierda... la taquilla...

—¡Maldita puta! —exclamo —¡Te dije que te mataría si me encontraban por tu culpa! —será suficiente para que ella no tenga que dar explicaciones.

—¡Es Alan Brody! ¡Disparadle! —grita uno de los policías.

—¡No disparéis, joder, hay civiles! —grita otro —¡Corred tras él y pedid refuerzos ya!

—Acércate a la salida de emergencia, —dice en voz muy baja Raquel —podrás escapar por allí.

—La taquilla... —susurro a su oído.

—Tranquilo, ya miré hoy. No hay nada. Ya encontraré una excusa si la ven, es cosa mía.

Los policías se acercan con cautela.

—¡Si intentáis algo la mataré! —exclamo.

Poco a poco me voy acercando a la puerta. Raquel no parece tener miedo, es consciente de que no quiero hacerle daño. Llego a la salida. Suelto a Raquel y salgo a toda velocidad desde lo alto de una escalera de incendios. Bajo a saltos. La pierna de la caída me duele, pero no tengo tiempo de pensar en ello. Un agente sale y me señala desde lo alto. Aquí no hay civiles, así que mientras bajo a trompicones varios agentes salen y abren fuego. Mi única esperanza es llegar al callejón de abajo antes que ellos. El eco de los disparos no para. La rejilla metaliza que cubre la escalera hace de escudo. Una de las gotas de plomo atraviesa el escudo, alcanza la carne de mi brazo derecho y se incrusta en el hueso. No puedo detenerme, sigo descendiendo. El suelo se mancha de rojo. He llegado a la parte inferior y aún me llueven balas. Corro callejón adentro. Cada vez estoy más mareado. Tras una larga maratón, encuentro un patio abierto y abandonado en el que ocultarme. Me quito la bata de médico manchada de sangre y vuelvo a lucir el traje elegante. Rompo la manga del uniforme blanco y hago un torniquete en mi brazo. Cuando aprieto el nudo siento como la bala penetra más profundamente en la herida. No tengo ni idea de hacer un torniquete, esta chapuza la aprendí en las películas. Saco la tarjeta que me dio Raquel. Hay una dirección.

Hace una hora que camino herido y milagrosamente sigo vivo. Mierda, me estoy mareando... No tengo conocimientos de medicina, pero sé que si no recibo atención en mi brazo pronto la cosa se va a poner fea. Paso de calle vacía a calle vacía para no llamar la atención. Llego al lugar indicado, tambaleándome. No hay nadie cerca. El edificio tiene pocos pisos, tres o cuatro, no es un buen momento para pararme a contar. El brazo derecho me duele extremadamente.

Al fin llego a la puerta que indica la nota.

Llamo a la puerta y nadie abre. Todo se vuelve borroso.

Me muero. No...

**James Galvin***La opción más importante*

Data y yo descansamos sobre el sofá. Juguetea con el teléfono que le dio Alan. Sobre una horrible mesa plegable, que insistió en comprar, encaja diminutas piezas con un minúsculo soldador.

—Vas a quemar la casa con ese trasto. —digo malhumorado.

—No te preocupes, todo está controlado. —enlaza engranajes —¿Tu cómo lo llevas? Desde que Alan saltó por la ventana apenas comes ni hablas.

—Creo que me he comportado mal. —explico —Me siento como un sucio traidor. No debería haber avisado a la policía sin haber escuchado su explicación antes.

—Ha matado a dos personas, James. Hiciste lo correcto.

—No sé qué pensar.

Mi bolsillo vibra. Una amiga me llama, no el tipo de amiga que se limita al uso de la cama. Descuelgo.

—Dime, Raquel. —saludo.

—James, ¿tú no serás el amigo del Alan Brody que están buscando? —pregunta desde el otro lado.

Suenan el viento y coches desde el auricular, parece como si ella condujese.

—Sí, pero ¿qué ha pasado?

—Hubo un problema serio. Si no han conseguido atraparlo, Alan se dirige hacia mi casa a pie.

—¿A pie?, no entiendo.

Me cuenta la historia de su amistad con Vanessa, el trabajo que le ofreció en el hospital y el orfanato al que fueron juntas de niñas. También habla sobre los sueños de Alan, afirmando ser testigo de su veracidad.

—Ha aparecido en el hospital y hemos estado hablando. Todo se ha complicado cuando ha llegado la policía preguntando por Vanessa y sus documentos. Él se ha sacrificado fingiendo un secuestro y ha escapado corriendo. Escuché disparos en la calle. Solo espero que esté bien. Acabo de salir del hospital tras evadirme de la policía. Voy a volver a mi apartamento por si hubiera llegado ya.

Data da un salto de alegría.

—¡Lo he conseguido, se enciende! —exclama.

—¿Lo has reparado, hablas en serio?

—Por supuesto, ¿acaso lo dudabas? Funciona perfectamente. Puedo ver el registro de llamadas, los mensajes, todo.

—¿Por qué Data está tan eufórico? —pregunta Raquel.

—Es muy largo de explicar, profundizaremos los detalles más adelante. De momento, te cuento

que Alan le dio el teléfono averiado de Vanessa y lo ha conseguido reparar. Le pidió que buscara en el historial de mensajes y llamadas. Es posible que encontremos algo importante. También tenemos una dirección de correo electrónico de Vanessa, pero no conseguimos acceder porque nos falta la contraseña.

—No te preocupes, traedlo todo a mi casa y veremos que encontramos. Os tengo que colgar, hay mucho movimiento policial por la zona. ¡Daos prisa!

—Enseguida nos vemos. Hay que darle solución a esto de una vez.

Cuelgo.

—¿Qué pasa? —pregunta Data.

—Tenemos que irnos ya. —le digo —Te lo contaré todo por el camino.

**Alan Brody**

*Última parada*

Abro los ojos y veo la luz.

—Tranquilo, estoy aquí. —dice Raquel —Me han estado interrogando durante un rato, pero tu huida ha conseguido despistarles y me he escabullido.

Estoy tumbado sobre un sofá. Tengo el torso desnudo, vendado desde el hombro hasta el costado pasando por la espalda.

—¿Dónde estoy? —pregunto.

—Estás en mi apartamento. —responde Raquel —Tranquilo, todo está bien. He podido atenderte a tiempo y mientras te recuperabas he limpiado la sangre que había en el pasillo. Es un edificio aislado y pequeño, nadie se ha dado cuenta, aunque por los pelos. —mi brazo derecho está vendado y me duele —No te muevas mucho, necesitarás tiempo para recuperarte.

Todo está ordenado con delicadeza y tacto femenino. Cuadros de arte moderno cuelgan sobre las paredes verde pistacho y naranja, y muebles de diseño minimalistas están sutilmente donde deben. Parece un comedor sacado de un catálogo. Lo único que rompe con el ambiente es el suelo, lleno de sangre, gasas y utensilios para cortar.

—Tranquilo. —dice Raquel al verme preocupado —Ya lo limpiaré más adelante. No hay restos de sangre en todo el edificio, eso es lo importante.

Se sienta a mi lado y posa su mano sobre la mía. Suspira profundamente y me mira con ojos compasivos.

—¿Malas noticias? —pregunto.

—Más o menos. —susurra —Sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

—Soñar.

Asiente.

—La mente humana almacena recuerdos que, aunque creamos que ya no existen, siguen dentro de nuestro subconsciente y en algunos casos como el tuyo se desvelan a través de los sueños. —frunce el ceño —Desconozco el porqué, pero guardas sus recuerdos. La única forma de alcanzarlos es recorriendo tus sueños. El problema es tu interior, te controla tus emociones y te impide profundizar en ellos.

—¿Cómo puedo hacerlo?

—Existe otro método, la hipnosis, pero no tengo los conocimientos necesarios para realizarla. Conozco a gente capaz, aunque ya es tarde para pedirles ayuda. Tienes que conseguir abrir tu mente, como sea.

—¿Y entonces?

—Soñar es la única opción. Cuando sueñas y te das cuenta de que nada es real tu voluntad domina a la mente. Puedes controlarlo todo, pero hay muchas posibilidades de que despiertes.

—¿Entonces nunca podré controlar mis sueños?

—Tu yo interior es el conjunto de toda tu vida. Tendrás que controlar al niño que hay dentro de ti y que sufre.

—Las últimas veces estuve cerca de conseguirlo. Hay una barrera que nunca consigo atravesar y, al llegar a ella, mi yo interior se vuelve incontrolable.

—Seguro que en tu recuerdo hay algo tan traumático que ha creado un bloqueo. Debe ser algo tan fuerte que tu mente se ha asegurado de esconderlo bien.

—Estoy pensando, sinceramente. No recuerdo nada tan extremo. —respondo.

—Lo más probable es que no sea un recuerdo tuyo. —explica —Te sedaré para evitar que, al tomar control de tu mente, despiertes.

—Ya lo intenté por mi cuenta. —confieso —No funcionó.

—Vaya, reconozco que eso no me lo esperaba.

—No quiero entrar en muchos detalles. Me inyecté el sedante en mi cuerpo yo solo. Estuve a punto de llegar al fondo, pero desperté. —explico.

—Eres inexperto, muy probablemente no introdujiste la cantidad necesaria. Conmigo no pasará, te lo aseguro. Soy doctora, ¿recuerdas?

Suena el timbre. Mis latidos rebotan por todas partes. Imagino una docena de perros con uniforme tras la puerta, dispuestos a derribar la muralla para cazarme y alimentarse con mi carne.

—¡Mierda, están aquí, nos han seguido! —grito acojonado.

Me pongo en pie para escapar. Raquel se interpone y me detiene.

—Tranquilo, confía en mí, Alan.

Confío en ella. Si hubiera querido entregarme lo habría hecho antes. También me ha salvado la vida, sí, pero tengo que ser cauteloso. Sujeto el arma por debajo de la... un momento. ¿Dónde coño está mi pistola?

—¿Dónde has metido mi arma? —pregunto.

Raquel se sorprende.

—Ya veo lo que confías en mí. ¿Estabas buscando tu arma?

—No, no. Ha sido un acto reflejo y me he dado cuenta de que no la tenía.

—La he guardado en un lugar seguro por si acaso. No te preocupes por ella ahora.

Raquel abre la puerta y entran dos caras conocidas.

—Data, James... —susurro.

—Alan... —dice James.

—¿Cómo es posible que estéis aquí?

—Soy amigo de Raquel, cuando me llamó no podía creer que fuera amiga de Vanessa. Además, ella no podía cargar contigo sola por el edificio.

—¿Os lo ha contado todo? —pregunto.

—Sí, todo. —responde Raquel —He llamado a James mientras yo te buscaba.

Me viene a la memoria la traición de mi amigo, máximo exponente de la deshonra. James viste un kimono de la época feudal japonesa. Está arrodillado frente a un cerezo blanco que deja caer suavemente sus hojas sobre el suelo, recitando un poema haiku. Su señor le vigila mientras desgarrar su estómago con un pequeño cuchillo envuelto en un papel blanco. Agoniza y grita.

—¡Traidor! —le digo.

—¡No supe que hacer, Alan! —grita James —Hice lo que debía y tú habrías hecho lo mismo.

—¡Parad, por dios! —exclama Raquel —Sois amigos, joder. Olvidad lo que ha pasado y vamos a buscar una solución entre todos de una vez. Enfadados no conseguiremos nada.

Se hace el silencio. James y yo nos miramos como dos amigos pequeños enfadados.

—Está bien, tienes razón. —dice James —Lo siento. Te pido disculpas.

Me pongo en su lugar y sí, yo también habría hecho lo mismo. No soy tan rencoroso para no perdonar a mi mejor amigo sollozando como un bebé. Ambos nos abrazamos y recordamos los viejos tiempos, cuando todo era sencillo.

—No te preocupes, James. Te necesito conmigo más que nunca. He tirado mi vida a la basura y quiero que me ayudes para que no sea en vano. —explico.

—Raquel nos lo ha contado todo. —dice James —Hay que acabar con esto rápido. Tienes que confiar en ella y dejarte llevar.

—Lo sé.

Raquel y Data arreglan el sofá y lo convierten en cama. Ha llegado el momento.

—Cuando quieras, Alan. Prepararé lo necesario. —dice Raquel.

Limpio mis lágrimas con la manga. Data se toca la oreja de forma descontrolada. Se retuerce el lóbulo, lo introduce en el oído sin parar y hace que parezca un diminuto escapista encajando en una caja minúscula.

—¿Qué haces? —pregunto a Data.

—Es un tic que tengo cuando me pongo nervioso. Me pasa desde pequeño.

Raquel se acerca.

—Bien, es la hora. —dice, preparando una inyección —Es un sedante muy potente. Te mantendrá dormido sin dañarte, así que relájate y ya sabes lo que tienes que hacer. Accede a ese recuerdo como sea.

Me pongo nervioso. Curiosamente, no es por la aguja.

—Antes necesito un segundo a solas. —pido.

—Bien, tómate tu tiempo. —acepta Raquel.

—¿Dónde está el cuarto de baño? —pregunto.

—Es esa puerta. —dice, señalando con el dedo.

Entro. Es pequeño. Todo es de color azulado y brilla debido a su limpieza. La perfección personificada en higiene. Me refresco la cara frente al espejo. Solo me saluda una cara barbuda y fatigada por las horas de rebelión. Extiendo de nuevo agua fresca sobre mi piel. Una pequeña araña corretea por encima del grifo. Vaya, con lo limpio que está todo... incluso en un perfecto jardín puedes pisar heces de perro. Acercó mi dedo al insecto y sube. La pongo a la altura de mis ojos, a unos pocos centímetros de mi nariz.

—Hola, minúscula amiga. Ya no das tanto miedo. —sonrío —Tengo que irme, pero nos veremos pronto.

La devuelvo al grifo y salgo al salón, fresco y renovado. Me tumbo y relajo los hombros. Aún me duele la venda del brazo, caliente y palpitante.

—Se fuerte. —dice James.

Asiento.

Raquel introduce la aguja en mi vena con cuidado y apenas me doy cuenta, es muy profesional. Lo que yo hice fue un desastre.

—No temas al miedo, Alan, hazle frente. —me susurra al odio y encaja el somnífero suavemente —El temor es natural. —más fluido entra —No le temas, no podrás escapar de él. Forma parte de James, de Data, de mí, de ti y formaba parte de Vanessa. —un frío glacial recorre mi sistema circulatorio —Hazle frente... —mi cuerpo se vuelve pesado y frío.

Tengo mucho sueño...

Oscuridad... Sueño...

—¿Por qué no me habéis dejado contarle lo del móvil? —escucho a Data.

Se desvanecen las palabras en la nada.

*El hijo del sueño*

Entre una gran oscuridad, una luz ilumina una infinita mesa. Parece un extenso puente en mitad de la nada. A lo largo de ella, mujeres desnudas se tocan en un mar de lujuria sublime y tentador, hombres fuertes apuñalan a hombres débiles sin piedad, y cientos de rostros iguales se arrodillan ante un dios orgulloso.

—Ya era hora de que llegases y disfrutaras junto a mí de esta deliciosa cena que he preparado para tu disfrute personal. —dice el monstruo de humo y sangre negra.

El pequeño Alan, como un rey autoritario y genocida, me espera. Me acerco y todos me siguen con la mirada mientras avanzo hacia mi destino. La luz se aclara y muestra un manantial de manjares dispuestos a ser devorados. El pequeño Alan sonrío alegremente mientras sujeto la silla que me corresponde frente a él. Extiende su mano ofreciéndome asiento. Esperan que actúe, entre gemidos de placer, aullidos de sumisión y risas de orgullo.

Ocupo mi lugar.

—No he venido a perder el tiempo. —amenazo.

El pequeño Alan se estira sobre su asiento.

—Lo sé, recuerda que estoy en tu mente. No tengas prisa y disfruta de la grata compañía. Come un poco. —sugiere.

—¿No estarás pensando en envenenarme?

El niño ríe.

—Alan, grandioso amigo, ¿destruiría yo mi propia casa? Aquí no puedo hacerte daño real. Lo que ves en este lugar es falso, es producto de tu mente, puedes estar tranquilo. Come. Tu cerebro hará que sea delicioso, te lo prometo.

—En ese caso no puedo fiarme.

—Come. Solo quiero hablar contigo, nada más. Démonos un pequeño respiro, nos lo merecemos.

Aparece un muslo de pollo con muy buena pinta sobre el plato que tengo delante. La salsa, rebosante, cae por los lados del plato. Doy un bocado. No he saboreado nada tan delicioso en toda mi vida.

¿Me pregunto por qué hay tantos invitados en esta cena?

—¿Qué hace esta gente aquí? —pregunto.

El niño mira a ambos lados, inexpresivo.

—Todo aquello que perturbó tu juventud, todo lo que habitó en tu mente durante esos días, está hoy aquí, contigo. —explica —El sexo retumbando en tu cabeza como en la de todos los hombres, tus enemigos más acérrimos asesinados por tu álter ego, y el poder que anhela todo ser humano. Hoy no te estoy molestando, estoy haciendo que vivas un sueño. Disfrútalo.

—Yo no tenía estos deseos. —replico.

Golpea la mesa por el centro con la fuerza de un titán, hace arder sus puños. Ambos lados de la

mesa, de longitud kilométrica, se alzan. Los invitados se unen en el aire con un golpe seco, como una trampa gigantesca, despedazando los torsos y provocando una lluvia de sangre. Ambos lados de la mesa vuelven a caer llenos de sangre, pedazos de carne y miembros enteros. El eco del golpe al caer suena como el paso de un gigante.

El pequeño Alan se levanta y se acerca con ojos amenazadores.

—¿No los tenías?! —grita, furioso —¿A quién acudías cuando llorabas solo en un rincón, cuando todos se reían de ti y te refugiabas en la soledad de tu mente?!

El suelo tiembla y se agrieta a sus pies.

—No lo recuerdo.

—¿Quién era tu único amigo, Alan?! ¿Quién?!

—¿No lo recuerdo!

Está tan cerca que siento su rencor.

—¡¡Yo!!! —exclama rabioso, con su cara frente a la mía.

—Mientes, ¡mientes!

—Hasta ahora te había dejado jugar conmigo, pero dado que insistes tanto en acabar con esto voy a tener que enseñarte algo que he guardado como un tesoro. ¿Crees que lo descubriste todo tu solo? —ríe —Eres patético, por ese motivo existo.

Agarra mi muñeca con fiereza divina. Forcejeo con él, pero no me suelta. Lentamente, las venas negras del pequeño Alan pasan por su mano y entran en la mía. El dolor es intenso. Miles de hormigas afiladas recorren mi interior. Me retuerzo y grito. Cierro los ojos e intento despertarme, pero el somnífero es una manzana envenenada y no hay ningún príncipe azul cerca para darme el beso que rompa la maldición. Mientras aumenta el dolor, la oscuridad toma forma entre una espiral de viento y tormentas.

El silencio... el silencio me rodea.

Abro los ojos, envuelto en miedo, y vuelvo a la vieja aula de mi infancia. Los pupitres oxidados agonizan de pena al no tener alumnos a los que enseñar, y sobre estos, los libros antiguos y solitarios se deprimen al no haber ojos que les presten atención. Algo sucede. El mapa del mundo, colgado sobre una pared, se vuelve más amarillento; las cortinas de las ventanas que dan al pasillo, rotas y grasientas, se balancean con el paso del ausente viento; al fondo, entre las sombras, la pizarra y la mesa del profesor me saludan sin apenas dejarse ver.

Se percibe una extraña paz. El aula es muy pequeña, pero el silencio y la infinita oscuridad la hacen parecer colosal. Creo escuchar el aleteo de un pájaro, pero en realidad es el sonido de un libro pasando sus páginas. Me acerco al origen con paso lento. Una libreta aletea sobre un pupitre vagamente iluminado y en esta se forma un extraño dibujo sin que nadie lo haga. Lo contemplo. Es el garabato de dos niños idénticos; uno sonríe y el otro, en cambio, llora.

Los engranajes oxidados no suelen funcionar correctamente y sin embargo el reloj sobre la pizarra hace su tic tac como antaño. Tic tac, como un latido. Suena una y otra vez. Algo interrumpe mi visión del dibujo. Creo ver a alguien entre las sombras, aunque no estoy del todo seguro. Trago saliva. Hay alguien mirándome, mi cuerpo me lo dice.

—Alan, no temas, —me digo —solo es tu mente.

Se hace presente un golpe desde la pizarra. Camino despacio hacia ella, atravesando la espesura de la oscuridad. Mis pasos se humedecen sobre charcos rojizos y pegajosos. Cuanto más me acerco, más aumenta la intensidad de los golpes. Al llegar, alguien ha escrito un mensaje con sangre.

—No debes abrir los cajones viejos, guardan cuentos con los que los niños no pueden dormir. —leo.

Los golpes, ahora más intensos, llegan desde el otro lado.

Acaricio la pared.

El tacto es sedoso. El tacto es suave.

El tacto... pero... ¿y los golpes?

La pizarra ondea. ¿Qué coño? La acaricio y, como si hubiera sido bordada con la tela más barata del mundo y a su vez desgastada por la carga de muchos siglos, se convierte en ceniza. Un estrecho túnel aparece con una intensa luz al final. Parece el camino hacia la otra vida.

Quiero dar un pequeño paso al frente, pero dudo.

Dudo.

—Camina, Alan. —el pequeño Alan habla, soberano e indiscutible —Te espera la verdad.

Al fin doy el primer paso.

Un segundo paso. Tercer paso.

Cuarto.

Quinto.

—¿A dónde voy? —pregunto al destino.

—Continúa sin miedo y te doy mi palabra de que revelaré lo que buscas. —sexto paso —Sé a qué has venido, lo leo en tu mente. —séptimo paso —Su nombre.

Me paro.

—¿Lo sabes? —pregunto —Si hubieras querido decírmelo ya lo habrías hecho.

—Alan, no te pares. —dice el pequeño Alan.

—Tramas algo, lo sé.

—Yo soy el portador de la respuesta y, te guste o no, dirijo las reglas del juego.

La luz al fondo ilumina la meta tras una larga carrera. Me ha convertido en un perro dócil y temeroso de su cruel amo.

—No confío en ti. —susurro.

—Decide, Alan, solo así alcanzarás tu objetivo. —amenaza.

—Mi amor, no tengas miedo. Estoy aquí, en ti. —susurra Vanessa, sin estar en ninguna parte.

—¡Te equivocas, monstruo! —exclamo.

Entre intensa niebla y nubes negras que se aproximan, sus gritos estallan.

—¡Me amenazas, valiente solitario?! —vocifera el pequeño Alan.

Doy media vuelta y corro con todas mis fuerzas hacia el otro extremo, escapando así de mi guardián.

—¡¿A dónde crees que vas, maldito engreído?! —grita —¡No puedes ignorarme!

Cruzo el aula a la velocidad de la luz y rompo la pared de la otra parte de la sala que estalla en cientos de pequeños trozos. Tras ésta, un hermoso y frondoso bosque espera lejos, bajo mis pies. Caigo al vacío a toda velocidad.

Concéntrate, Alan. Volarás.

No lo consigo y sigo cayendo.

Impacto contra el duro suelo y creo un enorme cráter. Todos los árboles me dan la espalda debido a la onda expansiva. Estoy exhausto, sin embargo, todavía almaceno vida en mi interior. De pie, respiro a la vez que mis sueños. Saboreo el olor de la fresca libertad.

—No he seguido tu juego, no he obedecido tus órdenes. —digo.

El fuego se abre paso y crea un sendero, convirtiendo el verde en sombría ceniza y la roca en frío carbón. Dentro de las llamas desfilan dos ojos.

—Ahora me gustas de verdad, Alan. —dice el pequeño, entusiasmado.

—¡Ahora bailarás mi canción! —rujo.

El pequeño Alan camina entre la maleza y se aproxima. El color verde se cobija a mí alrededor y tras el pequeño Alan lo hacen el gris y la oscuridad.

—No estés tan seguro de ello. —amenaza.

El suelo tiembla con fuerte intensidad. Bajo mis pies, una inmensa falla, tan distante como el horizonte, nace de extremo a extremo del mundo.

Caigo por su olvido.

—No podrás conmigo... no podrás... —pienso.

Caigo.

—Alan, despierta. —pide una dulce voz familiar.

Estoy desorientado en la habitación de mi niñez. De niño me obsesionaron los grupos de rock de los ochenta, y la decoración está basada en la libertad que me hacía sentir entonces ese tipo de música. La nostalgia se adueña de mí.

—Despierta de una vez, dormilón. —dice mi madre, recogiendo y amontonando sobre su brazo una montaña de ropa que reposaba encima de una silla azul con ruedas que tengo frente a la mesa de estudio —Vas a llegar tarde a clase.

No la recordaba tan guapa como yo la veo ahora. Sus ojos azules brillan con intensidad y su sonrisa baña con aire fresco el dormitorio.

—No lo crearás, he tenido un sueño extraño. —digo —Compartía esta casa con una chica muy guapa y una noche que volvía del trabajo todo ardió, matándola.

—Vaya... sí que es extraño, hijo.

Abro las cortinas. La luz casi me deja ciego.

—Sí, muy extraño. —coincido —Después, durante días, tuve una serie de sueños sobre una niña que luego resultó ser ella. Todo muy raro, mamá.

—¿Cómo de raro? —se gira —¿Cómo yo?

Mi madre ya no está, pero si dos ojos de niebla y venas de petróleo.

—Monstruo, ¡maldito monstruo! —exclamo.

Mi grito lo lanza por los aires y destroza la ventana. En el último instante, usa sus manos como gancho y se queda colgado. El pequeño Alan ríe con furia, orgulloso por haberse burlado de mí.

—¡Eres inocente y dócil como un moribundo! —se burla.

Creía que tras mi ventana de siempre se mostraría mi viejo barrio, pero no es así. La calle ahora es un rascacielos. Bajo los pies del pequeño Alan pasan las luces de centenares de vehículos que hacen sus recorridos, ajenos a nuestro conflicto. El aire sopla con violencia y mueve el cuerpo del niño como un péndulo. Tiene que alzar la voz para que le escuche.

—¡Por mucho que lo intentes, siempre estarás a mi merced! ¡Eres mi perro y no puedes hacer nada para evitarlo! —grita —¡Tengo el control!

—No lo tendrás si mueres. —respondo.

—¡Estúpido! ¡No puedes matarme!

Cojo carrerilla y salto por la ventana, pegando su cuerpo al mío. Caemos. El viento me impide respirar. Me aferro al sueño sintiendo su naturaleza irreal para tomar el control de la caída y ser el macho alfa en nuestra odisea vertical.

Golpeamos el suelo con extrema dureza.

Mis clavículas ronronean al intentar mover los brazos.

Me he roto todos los huesos del cuerpo. Mierda. Ambos estamos heridos e inactivos entre los escombros.

El pequeño Alan vomita sangre boca arriba, con los ojos cerrados y la piel arrancada a trozos en algunas partes de su cara. Tengo que tomar el control ya.

—¿Ahora me necesitas después de tanto tiempo ignorándome? —balbucea el pequeño Alan.

—Solo necesito un nombre, eso es todo. Podemos estar así hasta que me muera de viejo si lo prefieres.

—Tu chantaje no me importa en lo más mínimo. —presume —Tendrás que ganártelo si lo quieres saber.

—Dámelo o te lo arrancaré de la cabeza. —amenazo.

Se desvanece como partículas de agua nadando sobre el sol.

—No voy a satisfacerte. —dice, mezclándose con el viento que fluye.

Estoy atrapado en mi propia mente, sin saber qué rumbo elegir ni cómo actuar. No puedo pedir ayuda. ¿Perdido en el mundo de los sueños? La fe en mí mismo se reduce velozmente.

—Es inútil, jamás lo conseguiré. —me lamento.

Me rindo.

En mitad de un fresco prado, me siento roto por el dolor físico y mental. Espero la llamada del despertar. Más allá de las distantes nubes, el universo se contrae como un dios vigilante, deleitándose con millones de hermosas estrellas que desfilan suavemente alrededor del centro más brillante.

—Vanessa... Vanessa... no puedo seguir. —pienso —Hice lo que pude.

Caen lágrimas de mis pupilas que se fusionan con el rocío del césped.

—Quiero que sigas teniendo fe. —Vanessa habla a mi lado.

Siento su abrazo a mí alrededor.

—La perdí cuando te fuiste. —le digo.

—¿Recuerdas el motivo por el que has venido?

—Estoy aquí porque la situación se ha escapado de mis manos. —asumo —He perdido el control de mi locura.

Vanessa ríe con su hermosa voz.

—Te equivocas, mi amor. Estás aquí porque conservas algo, aquello por lo que sigues adelante, aquello que te hace fuerte, el motivo por el cual sigues luchando, por el cual plantas cara al mundo con las manos vacías, por el cual sigues enfrentándote a tu interior. ¿Lo recuerdas, mi amor?

No la veo, pero siento su abrazo.

—Lo recuerdo... —digo.

Me alzo. Vuelvo a sentirme fuerte.

—La esperanza. —me inspira.

Camino entre la maleza y los árboles, guiado por el instinto. Huelo al pequeño Alan. Todo tiembla. Centenares de pájaros huyen ante el inminente peligro, volando con fuerza. Los árboles se funden, abrasados. Meteoritos del tamaño de la luna caen y golpeaban el suelo a millares de kilómetros de mí y abren cráteres magníficos.

—¡Alan, estoy aquí! —le llamo.

Desde la inmensidad del horizonte, un pequeño niño observa. Está esperándome en la alta cima de la iglesia orfanato. Todo se oscurece levemente por una nube que se aproxima como la mano de dios tapando al mundo.

—No llegaras hasta mí, Alan, —dice —soy el dios de este reino.

Su voz es tan clara que parece estar a mi lado.

De la tierra que nos separa surgen millones de cuerpos que corren hacia mí. Me apuntan con sus ojos. El pequeño Alan se enmascara asustado tras un puente cuya madera cae a trozos. Los corredores se aproximan, pero no les tengo miedo. Me dan alcance. Sus dientes me muerden, sus uñas me desgarran, sus puños me golpean, su rencor me aprisiona, su miedo me quema, pero sigo

sin tenerles miedo. Pongo las manos sobre el suelo mientras me hacen pedazos. Acercó con mi mente otra simétrica tierra desde el cielo y se convierte en un gran espejo aproximándose a gran velocidad. Los golosos no son conscientes de lo que se les viene encima, ajenos a su implacable destino.

Mi cuerpo se despedaza rápido, pero continúo con las manos sobre el suelo, concentrado.

El impacto es inminente.

Sonríó.

El mundo se estremece con fuerza cuando ambas tierras colisionan levantando grandes vientos huracanados de roca y polvo. Se escuchan incontables gritos de mis atacantes y de repente se hace la sombra absoluta.

Nadie habla, nadie susurra, nadie respira... Sin más, un perfecto silencio me saluda. Aparto las piedras que hay sobre mi cuerpo que, a pesar de su gigantesco tamaño, no pesan más que una hoja de papel. Mis heridas, que poco a poco se cierran, ya no gotean sangre. Me acercó a mi viejo amigo Alan que está tendido en el suelo, herido y sangrando. Tiene un brazo menos pegado a su cuerpo.

—Bien, lo has hecho muy bien. Ahora tú decides las reglas. —dice, sujetándose la articulación fantasma.

—Dime su nombre y me marcharé. —le pido.

No responde.

Me siento a su lado. Tiene los órganos al aire y completamente destrozados. Escupe sangre.

—Fuimos grandes amigos hace años, ¿lo recuerdas? —pregunta, desprendiendo una pequeña lágrima.

—Lo recuerdo. —respondo.

—Siempre que te sentías solo me llamabas. Fuiste mi objetivo y mi motivo. Lo has olvidado, ¿verdad?

—Alan, necesito saber su nombre, por favor.

—Ya no me necesitas, no sé porque vivo en tus sueños. —da los últimos soplos de aire — Tengo que morir.

—¡¡¡Su nombre!!! —le amenazo.

Aún me desafía, aunque por cómo me mira sabe que no puede ganarme.

—Tú no sabes su nombre, yo tampoco. Se lo que tú sabes. —explica el pequeño Alan —Soy una parte de tus recuerdos más personales y ocultos. Puedo mostrarte aquello que no recuerdas, pero no aquello que desconoces.

Han sido sus últimas palabras. Deja de respirar.

—¿Y ahora qué hago? —me pregunto.

Alguien de piernas cortas observa el cadáver del pequeño Alan, sonriente e infantil.

—En el fondo no quería hacerme daño, era mi ángel guardián —me explica la pequeña Vanessa —Solo me protegía.

Cientos de flores rodean el cuerpo del pequeño Alan que ha perdido su apariencia grotesca para ser solo un niño. La pequeña Vanessa posa su mano sobre la frente del pequeño.

—¿De quién te protegía?

No me escucha.

—Él sigue en ti, siempre. El niño de tu interior nunca debe morir. —dice.

Intuyo de quien la protegió.

—Ahora soy tu protector. —le digo —Muéstrame a que le tienes miedo.

La pequeña Vanessa da unos pasos hacia atrás, asustada.

—No, no quiero hacerlo, mi padre no tiene buen corazón. Es un monstruo sin alma ni sentimientos que solo busca complacerse a sí mismo. No quiero llevarte y no vuelvas a pedirme que lo haga.

—No te preocupes, seré tu ángel de la guarda, te doy mi palabra.

Veo dudas en ella.

—De acuerdo, sígueme. —me dice, asustada.

Coge mi mano.

Damos pasos. Frente a nosotros, ladrillo a ladrillo y según avanzamos, madura un hogar de madera extrañamente familiar.

—¿Él está aquí? —pregunto.

—Sí, tenemos que entrar. —pasamos cogidos de la mano —Contigo a mi lado no tengo miedo.

El interior de la casa es muy hermoso, bañado de dinero y buen gusto. Muebles a medida, cuadros con un estilo moderno y único, pintados sin ningún objetivo para que la mente del observador cree una historia a su antojo, y electrodomésticos de última generación, todos como nuevos. Sin duda, el tipo de casa que jamás podré permitirme. Una escalera, cubierta con una elegante alfombra roja, sube al segundo piso. La niña aprieta mi mano con fuerza y siento su temor en mi alma.

—Acompáñame. —me suplica.

—Seguimos juntos, te lo prometí. —le digo.

Una gran boca, con afilados dientes dispuestos a tragarme de un solo bocado, protege la entrada al piso de arriba. Una vez en lo alto, se ve un pasillo con varias habitaciones a los lados. El silencio es asfixiante. La niebla se aparta ante nuestro discreto avance. Una de las dependencias tiene la puerta entreabierta. Escucho un pequeño rumor llegar de su interior.

—Mira, está aquí. —susurra la pequeña Vanessa de forma tan ligera que casi no la escucho.

No se puede controlar el paso del tiempo desde este lugar; no sé cuánto falta para la llegada de mí despertar. Tengo que permanecer un poco más en el mundo de los sueños.

—Vamos, Alan, obsérvale. —insiste la pequeña mellada.

Abro la puerta despacio y ojeo el interior. La madera resuena con eco debido al desgaste por los años que tiene. Es una pequeña habitación, con las paredes rojizas y sudadas. Al otro lado, alguien escribe en soledad. Es raquítrico y con el pelo grasiento. Se le ve entusiasmado con su labor. Termina el trabajo y guarda la libreta en un cajón a su derecha. Vanessa llama mi atención tirando de mi camiseta.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Hace pucheros como una niña que acaba de perder su muñeca favorita, aquella que todas piden como regalo de cumpleaños y que inexplicablemente, un día desaparece sin dejar rastro.

—No hace falta que te escondas, él sabe que tú estás aquí. —dice la pequeña Vanessa.

Me quedo sin respiración.

—¿Cómo?

El delgado autor me mira. A su cara y a su cuerpo le faltan trozos de carne, músculos y huesos. Desprende veneno a través de su piel grisácea y expulsa vapor a través de sus poros debido al odio que reside en su interior. Es la expresión de la muerte en proceso de descomposición.

Habla con alguien por teléfono.

—Lo siento. —dice el monstruo —Cometí un error, pero deben perdonarme. Su anonimato está a salvo conmigo, les doy mi palabra. Sigo siendo la luz.

Cuelga.

—¿Con quién habla? —pregunto a la niña.

Ella se encoge de hombros.

—Vienen a por mí, tengo que escapar. Me matarán si me encuentran. —se lamenta el monstruo levantándose.

—Ayúdame, sálvame de él. —llora la pequeña —Siempre me vigila.

Cojo a Vanessa de la mano y juntos corremos hacia el exterior de la casa. Saltamos escaleras abajo, sin llegar a caer.

—¡No te sueltes! —exclamo —¡Te ayudaré a escapar!

Fuera hay tanta niebla que solo veo el suelo. Un gran cartel espera en un lateral de la pared exterior, sobre un pequeño porche.

—Calle Nathan. —leo.

Sobre la puerta, el número treinta y uno.

La niña ya no está entre mis manos.

¿Dónde está?

Todo tiembla y gira con violencia, envolviéndose con luz dorada.

—Dulces sueños, amor mío. —susurra Vanessa, oculta entre la bruma, adulta y dulce.

*La resaca tras la tormenta*

Despierto. Abro los ojos y todo es muy blanco. ¡Maldita luz! He llegado bastante lejos y por eso estoy orgulloso de mí mismo. Raquel, James y Data están sentados a mi lado, con la mirada muy fija y tensa. Data se toca la oreja.

—No hace falta que lo menciones, —salta Raquel —lo has gritado mientras dormías. La palabra Nathan.

Estoy fatigado, como si hubiese corrido una maratón por primera vez tras una sesión de ingesta masiva de hamburguesas baratas.

—Estoy hecho polvo, me duelen todos los huesos. —digo.

—Es normal, el sedante es muy fuerte. —explica Raquel —Te recuperarás en unas pocas horas.

—Mientras descansas, voy a salir un momento para vigilar la zona. Si la policía anda cerca, os doy el aviso. —dice James.

—De acuerdo. —dice Raquel.

Ha anochecido. Debo haber dormido muy plácidamente. James se marcha. La última parte del sueño ocupa todos mis pensamientos.

¿Quién es el propietario del horrible rostro que vi? ¿Y ese libro que escribía?

—¿En qué piensas, Alan? —pregunta Raquel —¿Hay algo más que debemos saber?

—Creo que he dado con algo importante sin quererlo. —explico.

—Cuéntanos. Estamos aquí para ayudarte. —dice Data.

—Apareció Vanessa de niña, me llevó hasta el interior de su casa y pude ver una representación de su padre. Era horrible, monstruosa.

—Eso es normal. Al tenerlo como principal objetivo, has desarrollado un odio ciego hacia él. —explica Raquel.

—Él escribió algo en una libreta y la guardó en un cajón. Desconozco su significado, pero si realmente ese libro existe, puede que nos diga algo importante. —sugiero.

—¿Hablas en serio?, tu mente puede jugarte una mala pasada. Tienes que pisar con pies de plomo con relación a tus sueños. —dice Raquel.

—¿Crees que todo esto tiene una explicación lógica? —pregunto —Tú, como doctora, deberías de tener alguna respuesta.

Yo la tengo para mí. Locura.

—Desgraciadamente, no la tengo. Hay cosas que la ciencia médica no alcanza a explicar. Debemos ser pacientes, Alan. Pero es cierto que parece importante. Tendremos que recordarlo por si acaso. Nunca se sabe.

—Y el nombre... Nathan... —recuerdo.

—¿Es el apellido de su padre? —pregunta Raquel.

—No, no. Ni mucho menos. El nombre estaba escrito en una calle. Calle Nathan, número treinta y uno.

—Bien, pues tendremos que ponernos en marcha. —dice Raquel —Data, busca la dirección. Hay un ordenador portátil en ese cajón que podrás utilizar.

Data enciende el ordenador y mueve los dedos a través del portátil a toda velocidad, sin dejar respirar a las teclas. Entra James.

—Bien, Alan, —dice, estirándose sobre uno de los sillones —creo que debes escuchar lo que Data tiene que decirte. Casi se le escapa antes, cuando estabas durmiéndote.

—Soy todo oídos.

—Es sobre el teléfono que me diste. —dice Data, dejando de prestar atención al ordenador durante unos leves segundos —He conseguido descubrir algo que puede ser interesante. No es mucho, pero menos es nada. Conseguí extraer la información del aparato. Había algún conector del procesador suelto, pero nada grave. Tengo el número que pertenece a la última llamada que recibió. Hemos llamado y da tono.

—¿Es una broma? —me sorprende.

—No, no lo es. —dice Raquel —Tenemos el número que alteró a Vanessa.

—Pero nadie contesta. —añade James —Intento tras intento, y nada.

—¿No podéis descubrir a quien pertenece ese número?

—La policía no nos dará ninguna información sin una orden judicial, y dada tu situación, lo veo complicado. —explica Raquel.

—¿No conocéis a nadie que trabaje para alguna compañía?, quizás nos diga a quien pertenece. —sugiero.

—No, Alan, a tanto no llego. —dice Data, volviendo al ordenador —Lo siento muchísimo.

—Bueno... —suspiro —Seamos pacientes. Quizás, consigamos que responda.

Data teclea tan rápido que sale humo de sus dedos. Paciencia.

—¡Tengo la dirección! —grita Data —Es una calle pequeña, alejada de la ciudad.

Todos guardan silencio y esperan mis palabras, mis órdenes, mi decisión.

—Tengo que ir, es mi última oportunidad de encontrar algo, pero tengo que hacerlo solo.

—Iremos contigo, no voy a abandonarte de nuevo. —dice James —Estaré a tu lado hasta que esto termine, para bien o para mal, lo prometo.

—No permitiré que corras ese riesgo, iré solo. —corrijo —Si te ven conmigo sospecharán de ti y no voy a permitir que eso ocurra.

—No te he pedido permiso, Alan. Voy a acompañarte, me digas lo que me digas.

—Todos iremos contigo. —dice Raquel.

No tengo opción.

—Bien, entonces está todo decidido. Vamos en mi coche. —dice James.

Data cae por efecto dominó.

—Algo se me olvida. —recuerdo —Raquel, mi arma.

—No sé si deberías tenerla. —Raquel se preocupa.

—Si la encuentran aquí dentro te meterás en problemas. Esto es cosa mía, no tuya, Raquel. —repito —Mi arma.

—Está bien, como quieras. —acepta Raquel. Ni Data ni James se interponen. Opinan como yo —Vámonos lo antes posible. No tardarán en encontrar mi dirección. Te recuerdo, Alan, que saben que Vanessa trabajó en mi hospital.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunto.

—No te preocupes por eso ahora, ya buscaré una excusa —explica Raquel —Les diré que era voluntaria y ella me engañó, u otra cosa. No hay ningún documento por ninguna parte. De momento cerremos esto y después veremos.

Toco la punta de mi pistola con los dedos. Si resulta que es cierto y el padre de Vanessa tiene algo que ver, mi pequeña acompañante va a hacer horas extra esta noche.  
Nos ponemos en marcha.

*Pasos épicos*

Equipado con nuevas y limpias ropas que me prestó Raquel, un traje muy elegante de un antiguo compañero suyo de piso, me acomodo en el asiento de atrás del coche con Data a mi lado. Parezco un millonario escoltado. Pasamos los últimos edificios que pertenecen a la frondosa civilización. James conduce y Raquel charla con él. Todos parecen muy tranquilos, aun sabiendo que nos dirigimos hacia lo desconocido. Aun así, estamos alerta, puedo sentirlo. Si nos cruzamos con un coche patrulla es el fin de la partida. Cada segundo que pasa me estresa más que el anterior.

—Ya estamos llegando. —dice Raquel.

Data toca mi hombro con el dedo, intentando llamarme la atención.

—Toma esto. —me dice.

En su mano hay un pequeño móvil.

—¿Un teléfono? —pregunto.

—Es un móvil liberado. Dentro está la tarjeta de Vanessa. Lo he pasado todo a este teléfono y he añadido el número al que queremos llamar en la agenda, porque del viejo teléfono no nos podemos fiar. Funciona a duras penas. Puedes intentar llamar cuando quieras y probar suerte. Le he asignado un nombre, así sabremos quién es si nos llama.

—¿Qué nombre le has asignado? —pregunto.

—¿Quién coño es? —responde.

—No te has esforzado mucho, Data. —sugiero.

Tras unos minutos de recorrido aparece, como un dios entre la niebla y la noche, el lugar que buscamos. Nos acercamos con sigilo y una antigua casa se ilumina gracias a los focos del coche, en medio de la nada, sola y olvidada, bañada con matorrales de más de un metro de alto.

Todos tragamos saliva a la vez.

Las luces del vehículo convierten el lugar en un intenso misterio que nos reta, cara a cara, a descubrir las respuestas de sus entrañas.

—Tenemos que entrar. —sugiere James —Dejemos el coche aquí.

—Esto está muy apartado, ¿no? —pregunto.

—Es un viejo camino de campo. Todas las casas de alrededor se han demolido o abandonadas, menos esta. —explica Raquel.

—¿Por qué? —pregunto de nuevo.

—No lo sé. —responde ella —Las familias abandonarían el lugar con el tiempo. Ocurre a veces. Las calles alejadas suelen quedarse vacías. Muchos compraron estas casas con la idea de que, poco a poco, la zona se llenase de comercios, pero no fue así y todo quedaba muy lejos. Colegios, tiendas, transportes... todo lejos de aquí, entonces lo mejor fue marcharse a otro lugar.

—Al menos nadie nos molestará. —sugiere Data con mucha razón.

Saltamos la verja uno tras otro. No es demasiado alta, por suerte. Recorremos un viejo jardín

con las flores marchitadas. La puerta principal está cerrada, como es de suponer.

—Deberíamos buscar otra forma de entrar. —sugiero —Si tenemos suerte, alguna de las ventanas tendrá la cerradura rota.

Buscamos por los alrededores, pisando la hierba muerta escandalosamente. En la parte trasera, una ventana parece entreabierta.

—Entremos por aquí. —sugiero.

Pasamos a través del estrecho margen que nos deja el dañado hueco. Hay tinieblas y telarañas por todo el lugar. La casa debió de ser muy hermosa en sus días de gloria, pero ahora la soledad y el polvo figuran como principales propietarios en sus escrituras. La humedad interior me encharca los pulmones.

—En algún lugar debe haber algún dato sobre Vanessa o de los motivos que la llevaron a marcharse de aquí. —dice Raquel —Lo que sea.

—¿Y si no es así? —pregunta Data.

—No tenemos otra opción. —aclaro —Hay que buscar.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta James.

—Vosotros, buscad en la planta baja. —digo a James y Raquel —Data y yo echaremos un vistazo en la planta alta.

—De acuerdo. —obedece James.

Data y yo subimos con cautela. Ya he soñado con este lugar, pero es distinto de cómo lo recuerdo. Es hermoso paisaje desconocido, expuesto ante mi ansiedad más curiosa. Justo frente al último escalón, sucio y descuidado, una puerta continúa con vida. La abro e ilumino el interior con una linterna.

—Esta es mi especialidad. Destriparé a este pequeño en un instante. —dice Data, aproximándose a un viejo ordenador que acumula mugre sobre una mesa llena de papeles amarillentos —Intentaré sacar algo útil de este viejo montón de chatarra. Tú sigue buscando por los alrededores, Alan.

—¿Y la electricidad?

—Tiene razón. Daré un rodeo por si hay suerte y la electricidad funciona. No lo creo, pero no nos queda otra más que probar, ¿verdad? —dice Data —Así a lo mejor averiguo la contraseña del email de Vanessa.

—¿De qué hablas?

—¡Es verdad, tú no lo sabías! —exclama —Dentro de una biblia James encontró una dirección de email. Todavía no he conseguido la contraseña, pero puede que en ese ordenador haya alguna pista.

Recuerdo mi nota.

—Toma esto. Me lo dio un amigo de Vanessa. Quizás te ayude.

Data la lee.

—*Siempre te amaré, Alan. En Dios está la respuesta.* Obviamente se refiere a la biblia. —anota Data —MOLE, mole... tiene que ser esta. Me pongo manos a la obra.

—No lo dudo, amigo.

La lluvia nace en el exterior. Últimamente el clima no está de mi lado. Las gotas golpean el viejo hogar, como pájaros sacudiendo con su pico los muros para demolerlos. Creo, por un instante, estar viviendo una película de terror.

Continúo con el registro.

Primera puerta a la derecha. Telarañas, un viejo flexo jorobado llorando angustiosamente, un armario abierto vacío y polvoriento, y un colchón con manchas oxidadas por el moho. ¿Habitación

de invitados quizás?

Data baja por las escaleras, supongo que en busca de la caja de fusibles de la casa.

Segunda puerta al lado de la primera. Todo está pulido con vientos tétricos e infantiles, con una pequeña cama llena de viejas muñecas que se sorprenden por mi llegada y me vigilan firmemente, y un baúl apenas abierto con viejos juguetes colgando de él, como si intentaran con su último esfuerzo escapar del carnicero. Es la habitación de una niña, no hay cabida para la duda. Una de las bombillas del pasillo salta por los aires y la oscuridad se esfuma durante un pequeño parpadeo. Data ha debido de encender el generador eléctrico.

Tercera puerta, de frente, mirando a la segunda. Un cuarto de baño con las paredes negras por la humedad y la pintura parcialmente despegada. No encuentro nada extraño ni interesante. Suenan pasos en la escalera y al poco traquetean las aspas del ventilador del ordenador que, tras años de sueño, vuelve a despertar. Data consigue resucitarlo.

Cuarta y última puerta, al fondo del pasillo. Cerrada. Mierda. Tras un fuerte empujón con el hombro, logro abrirla con un oxidante chirrido. Una cama de matrimonio se postra en el centro, escoltada por las correspondientes mesitas de noche a cada lado salvaguardando a su majestad. A la derecha hay un armario ropero que se ha convertido en un manjar para termitas, atiborrándose de sus tripas, y que apenas puede mantenerse en pie. A mi izquierda hay un escritorio con un pequeño cajón a su derecha. No puedo resistir la tentación de abrirlo. En su interior encuentro un pequeño libro que ya he visto antes, o casi. En el primer folio solo hay un nombre, Barry Stillman. Paso las páginas ansioso y busco las partes que puedan contarme algo importante.

Leo.

—El papeleo ha sido largo y tedioso, pero tras mucho esfuerzo y algunos sobornos, hemos conseguido la adopción de Vanessa. Mi mujer merece ser madre por encima de todo y no seré yo quien le arrebatase ese deseo. —paso páginas deprisa —El cáncer de mi esposa la impiden tener hijos, pero no ha sido un motivo lo suficientemente fuerte para detenerme. —siguientes páginas — El cáncer que sufre se ha vuelto incontrolable. Hoy es el peor día de mi vida, sin ninguna duda. Voy a perder a mi compañera demasiado pronto, y lo peor de todo es tener que contárselo a la pobre Vanessa. Es demasiado pequeña para comprender la dura verdad. —siguiente página. Nada que yo no supiera o sospechara. Al menos confirmo que no estoy loco. Lo que vi en mis sueños ocurrió de verdad. Siguiendo página —Al final ha ocurrido. Hoy he tirado junto a Vanessa las cenizas de mi esposa al mar, como ella pidió. Me voy a hacer cargo de la pequeña y no tengo a ningún pariente con quién compartir esta carga. Sé que va a ser duro, pero es mi deber como padre. —siguiente, siguiente, tiene que haber algo, siguiente —Vanessa crece muy deprisa, tanto que ya no la veo como a mi hija, si no como a una pequeña mujer. Sale con chicos. Temo que alguno de ellos le produzca un dolor que no soy capaz ni de mencionar. El amor es algo duro y complicado, no sé si ella estará preparada. En el fondo, es muy egoísta, porque ya no me pregunta cómo me siento. Solo piensa en ella. —¿pero qué cojones...? Sigue leyendo, Alan, deprisa. Ya meditarás después —Anoche Vanessa dormía plácidamente y he unido mi cuerpo con el suyo. Ha aceptado mi amor. No se puede rechazar el destino. La amo. —sigo leyendo... ¿Pero qué mierda...? —Ella se acurruca en un rincón al verme llegar por la noche. No deja de decir protégeme... protégeme... Es muy estúpida. ¿Acaso no es lo que hago ya, protegerla? Ojalá pudiésemos casarnos y estar juntos, pero la gente no lo entendería. —no puedo seguir, pero he de hacerlo — Protégeme en un rincón, otra vez. Para mí ha sido muy especial y ella también comprenderá lo especial que son las noches para nosotros. —termino de leer.

No puedo creerlo.

¡Maldito hijo de puta!

Se repetía la misma historia, noche tras noche, página tras página.

Furioso como un animal que ha acorralado a su cazador junto a un árbol completamente desarmado y se complace de ver los ojos de su enemigo llenos de terror mientras le muestra sus afilados colmillos antes de convertirlo en su cena, lanzo el diario y sale despedido por una ventana que baila con el viento.

He hecho mal en arrojarlo a ciegas, contiene información vital. Tengo que salir a recuperarlo. Con la lluvia que cae corre el riesgo de estropearse.

Algo reacciona en mi bolsillo. El teléfono que me prestó Data minutos antes vibra alocadamente. Miro el número que indica la pantalla.

—¿Quién coño es? —leo —Dios mío. —descuelgo y presto atención.

Coloco el auricular en mi oído y espero. Unos segundos y nada. Me parece sentir un susurro. Mi corazón no soporta la tensión y cuelgo. Vuelvo pasillo adentro.

—¡Maldito cacharro, funciona de una vez! —escucho gritar a Data —Por cierto, Alan, gracias por conectar los fusibles.

—¿Los qué? —pregunto.

De nuevo el teléfono.

¿Quién coño es?

Descuelgo. Mierda... mierda...

—Hola, Alan. ¿Sabes quién soy yo? —pregunta desde el otro lado del auricular, con voz ronca, adulta y desgastada.

—Barry Stillman. —respondo.

—Sí... ¿Te gusta mi casa? Lo sé, lo sé, no está en su mejor momento. Por cierto, no es de buena educación leer los diarios de los demás, Alan, eres muy poco cortés. —me dice.

—Monstruo. Ojalá dios sea real para hacerte arder. —me enfado —¿Dónde está Vanessa, maldito cabrón?!

—Vaya, vaya. Por lo que veo sabes cuál es su nombre. Si has llegado hasta aquí es porque has descubierto más de lo que creo, y es realmente digno de admirar, lo has conseguido por tu propia cuenta. Eres muy inteligente para ser un simple camarero.

Me quedo sin oxígeno, perplejo.

—¿Cómo sabes que soy camarero?

—Te vigilo desde hace más tiempo del que eres consciente. Ahora mismo te estoy observando, dócil y fácil de matar.

Saco el arma que escondo bajo mi chaqueta y apunto a las sombras. Merodeo por toda la planta alta en su busca, con pasos lentos y sigilosos.

—¿Dónde estás? —digo en voz muy baja, casi imperceptible para camuflarme con la oscuridad.

—Cerca, estoy muy cerca de ti. —amenaza —Puedo sentir tu olor.

Intento reconocer su voz. No es familiar.

—Mientes.

—Ya verás como digo la verdad. —me dice —Ya lo verás.

Apunto con el arma a las tinieblas. No veo ni escucho a nadie.

—¿Por qué la has matado, por qué mataste a Vanessa?

—Ella era mía. Tranquilo, pronto te reunirás con ella.

—Eres un maldito cobarde que se esconde en la oscuridad. ¡Da la cara!

Sigo apuntando aleatoriamente.

—¿Sabes una cosa? —me susurra —Deberías decirle a tu amigo que acercar la vista tanto a la pantalla puede ser dañino para sus ojos.

Aprieto mi pecho con fuerza y aguanto el dolor producido por la respuesta.

—Mierda, ¡Data! —me aterra lo que pueda pasar.

—La partida está un poco más equilibrada. Le toca mover, señor Brody.

Corro pasillo adentro.

Demasiado tarde...

Un único disparo entre las sombras, directo y letal. El cuerpo ya reposa sobre el teclado y estropea los circuitos con la humedad de la sangre que brota de su cabeza, empapándole el pelo. Dejo caer mi arma sobre el suelo, impresionado por la dureza de la escena.

—No... no es posible... —suplico —Esto no, por dios, ¡esto no!

Cuelga.

Algo me llama la atención. Data había conseguido abrir el correo electrónico de Vanessa. Se había mandado un email a sí misma. Muy lista. La pantalla está completamente manchada de sangre y solo puedo leer palabras sueltas, *...amor... mi... dre es un monstruo horrible, no me... tirarlo todo... iglesia junto al acantilado.*

La pistola que dejé caer es recogida por alguien detrás de mí. James me apunta con ella directamente a la frente.

—Cómo has podido hacer esto... —murmura —Sabía que corría peligro si confiaba en ti.

Raquel, a su lado, se tapa la boca con ambas manos, asustada e incrédula.

—Cielo santo... no puede ser verdad. —alcanza a decir, derramando lágrimas.

—James, no es lo que parece. Algo ha ocurrido, deja que te explique. —me defiendo.

—¡Insinúas que soy imbécil?! Estás enfermo, necesitas ayuda. —saca un teléfono y se lo pasa a Raquel —Llama a la policía ahora mismo y que lo encierren en un centro mental, es lo único que se merece este monstruo.

Raquel obedece.

—¡Soy inocente! —pero ellos ni lo creían ni lo sabían.

—Ya vienen. —dice Raquel, directa como una aguja lanzada sobre un ojo.

—James, he recibido una llamada del móvil que Data reparó y en verdad es el padre de Vanessa, yo estoy en lo cierto. La mató el, me lo ha confesado.

—¡¡¡Basta!!! —exclama James, disparando al aire. Va en serio —¡¡¡Cállate de una jodida vez!!! —dispara de nuevo —Si intentas algo extraño te quito la vida, juro que lo haré.

La bala roza mi oreja y me hace una pequeña herida, mientras el casquillo rebota varias veces sobre una de las paredes, sonando como una diminuta campana. En sus ojos, el odio y el rencor me vigilan. Para él soy un sucio y repugnante asesino, un desastroso humano que no merece existir en este mundo por más tiempo. Ha llegado la hora de borrar me del mapa para siempre, pero no tiene el suficiente valor para hacerlo. Gracias a eso podré pasar el resto de mis días encerrado y medicado bajo un sucio cuarto con las paredes acolchadas.

—Si llega la policía y te ve apuntándome a la frente con un arma mientras un cadáver se desangra detrás, tendrás serios problemas, James. —explico con los brazos levantados en señal de alto el fuego —Confía en mí, nunca te he fallado, no he hecho esto.

A través de sus neuronas navegan flotas de odio, decepción, desprecio y una incontrolable sed de venganza.

—Tienes razón, amigo. —me dice —Necesito una historia creíble para cuando lleguen.

Apunta a su pie derecho y aprieta el gatillo. Uno de los dedos golpea el techo y vuelve a caer al suelo, manchándolo con pintura roja. James grita, rabioso de dolor. Vuelve a apuntarme.

—¡¿Qué has hecho?! —exclamo —¡James!

—Vas a pagar por esto, asesino. Si he de sufrir para que te encierren que así sea. Llegarán y

creerán que intentaste matarme, pero por suerte pude robarte el arma. —amenaza.

—No lo hagas, por favor. Necesito que me escuches.

—Demasiado tiempo llevo escuchándote, pero ya nunca más. Ha llegado la hora de que pagues por tus crímenes. Me has intentado engañar todo este tiempo. Estás enfermo y vas a recibir tu justo castigo.

Las sirenas suenan fuera con sed de sangre, mi sangre. Los cazadores suben y ven a Data muerto, a James herido y a mí, amenazado por mi mejor amigo.

—¡Quieto! —gritan.

No opongo ninguna resistencia.

Me dan un fuerte golpe en la nuca, nada más.

*Valiente inadvertido*

La luz del foco destroza mis retinas. Maldita sea. ¿Acaso he dormido y estoy en otra de mis pesadillas? Me duele la cara por la paliza que me han dado durante la noche. Tengo uno de los ojos de color morado intenso e hinchado como un globo de feria, cortesía de la gentil policía. Mis muñecas se retuercen, retenidas por el frío metal de unas esposas. Mierda, esto es real.

El viejo veterano con la cara plagada de cicatrices, al que conocí el desdichado día del fuego, espera sentado frente a mí en una habitación gris. Le acompaña un joven con gafas elegantes, el pelo largo y grisáceo, y un aire a rata de laboratorio desbordante.

A pesar de la fuerte iluminación, no consigo descubrir que hay a mí alrededor. Solo veo a cara cortada, a su acompañante y a la lámpara de techo que se tambalea como el péndulo de un reloj antiguo.

—Buenos días, ¿cómo ha pasado la noche, señor Brody? —pregunta el hombre cicatrizado.

Otra vez, las mismas nauseas al ver su dañada piel.

—Genial, ¿no lo nota en mis ojos? Irradian felicidad. —respondo —¿Dónde estoy?

—¿Dónde imagina que está?

—¿Una sala de interrogatorios?

—Bingo, chaval. Como en las películas, ¿eh? Ahora podrás ser un malo de verdad.

—No lo pretendo. —explico cabizbajo —¿Cómo se llamaba usted?

—No necesitas recordarlo. Te basta con acordarte de mi cara.

Saca una pitillera de un pequeño bolsillo y enciende un cigarro. Tras unos ligeros toques sobre la mesa para alinear equitativamente las hojas del tabaco, procede a consumirlo. Me lanza el humo a la cara.

—No me asusta con su humo de mierda. —amenazo.

—¿Estás seguro? Tengo cierto olfato con los cobardes. —presume.

He usado un tono dominante, pero estoy tremendamente asustado.

—Sé que me va a decir a continuación. —le digo —Lo veo en sus ojos.

—¿Cómo dice? —pregunta.

—Ustedes piensan que soy el asesino de mi propia compañera y por eso me fugué, pero no es así, lo juro. Tengo sus recuerdos dentro de mí, perturbándome cada noche. Su padre la mató y tengo pruebas.

Siento entre las sombras a Brian y a Data, ansiosos y la esperanza de tener un nuevo compañero en el otro mundo. No lo van a tener fácil.

—¿Qué pruebas? —pregunta.

—Recibí una llamada del padre de Judith, cuyo verdadero nombre es Vanessa, mientras estaba en el interior de la casa. —explico —Podrán ver las llamadas en la memoria del teléfono que muy probablemente tienen ustedes. Se llama Barry Stillman.

—Sabemos que su compañera no se llamaba Judith Hall. —responde.

—¿Entonces qué hago yo aquí? —me impaciento.

Se coloca cómodamente sobre su silla. No deja de fumar.

—Bien, se lo explicaré detenidamente. Usted mató a su mujer, colocó el cuerpo en el comedor, echó un poco de gasolina, la justa para que todo ardiera despacio, y se fue a trabajar. ¿Me equivoco en algo?

—Sí, en todo.

—La cerradura no estaba forzada, y solo usted y su chica tenían la llave. Ningún vecino escuchó ni vio a la señorita Hall hablar con nadie. Según los cálculos de nuestros científicos, han encontrado restos de gasolina, pero en muy poca cantidad. Según el estado del lugar y el avance de las llamas, el fuego se inició alrededor de la hora en la que usted se fue a trabajar, y teniendo en cuenta el margen de error de los científicos... bueno... la cuestión está clara.

—¿Qué? —me sorprende —¿Habla en serio? Le acabo de decir que el culpable es Barry Stillman.

Saca otra carpeta.

—Barry Stillman... en efecto hace años tenía una hija llamada Vanessa, que se fugó de casa. Era un hombre con mucho dinero y muy conocido.

Estoy con el agua hasta el cuello, ahogado y flotando. Necesito un poco de agua. Doy un trago a un vaso que tengo a mi lado. Sabe amarga.

—¿Lo ve? Tengo razón, Vanessa, los nombres coinciden. —le digo.

—Ya, pero no las fechas. El señor Stillman murió hace más de dos años en un naufragio. Su barco se perdió. —me explica —Al poco de adoptar a la niña, su mujer murió de cáncer. Eso le provocó una depresión y estrés que le hizo maltratar a su hija. Los servicios sociales le dieron una advertencia y al poco ella se fugó y él murió, como le acabo de explicar.

Petrificado, en shock...

—Eso es imposible. Busquen el diario.

—Encontramos un libro fuera, pero por culpa del agua el texto es ilegible.

—¿Entonces?

—Entonces está usted jodido. Solo nos falta terminar la autopsia, pero no creo que queden muchas dudas de su responsabilidad. Si a este caso le añadimos la muerte del señor Scott y la del pobre chico... ¿Cómo me dijeron que le llamaban? Ah, sí, Data, va a pasar el resto de su vida encerrado. Hágase a la idea.

—No puede ser, es un error, seguro. —susurro —He visto a Vanessa de niña por la calle, indicándome el camino, ayudándome.

—Se llama estrés postraumático y puede producir alucinaciones de algo pasado. Todo lo que ha visto es producto de su mente. —explica.

—No puede ser.

Mierda...

—¿Le ocurre algo? —pregunta cara cortada —Está amarillo, señor Brody.

Realmente me mira preocupado. ¿Qué me está pasando?

—Estoy bien, solo un poco mareado.

El suelo está congelando mi mejilla.

—¡Un médico! ¡Un médico! —grita.

¿Qué le pasa a cara cortada? ¿Por qué llama a un médico? Joder, que frío hace. Entra más gente a la sala y se acercan a mí corriendo.

—Mierda, pierde el pulso. ¡Rápido! —grita uno de ellos.

¿Qué dicen?

—El puls... —la voz se desvanece.  
Muero.

*Segunda oportunidad*

Abro los ojos. No hay luz. ¿No estoy muerto? No creo en la otra vida, de modo que si respiro estoy vivo, aún. Si no tengo razón, mis pecados alimentarán a Lucifer. Palpo por todas partes y siento el frío metal que me envuelve. Desorientado, escucho voces llegando de ningún lugar.

—Fin de la jornada, Joel. —una mujer habla.

Parece madura, aunque con la garganta algo ronca. Como si hubiese pasado mucho frío.

—¡Uf!, al fin. Muero de hambre, pero se hace complicado comer con normalidad después de pasar todo el día viendo muertos. No sé cómo lo consigues. —dice un joven, probablemente el tal Joel.

—No te preocupes, novato, te acostumbrarás.

Se alejan y lanzan palabras al viento que se apagan poco a poco.

—¿Cuándo haremos la autopsia al joven que acaba de llegar? —pregunta Joel.

¿Cómo?

—¿A Alan? —¿es una broma? —Todavía no me han confirmado nada. Hasta que no reciba una orden no puedo tocar su cuerpo.

—¿Se indica la supuesta causa de la muerte en el informe? —pregunta Joel.

—Insuficiencia cardiaca. —responde la mujer —De momento es lo que ha pasado hasta que no confirmemos lo contrario en la autopsia.

Me viene el recuerdo de una antigua película de terror en la que el protagonista, a pesar de estar científicamente muerto, es consciente de todo lo que ocurre a su alrededor. Incluso siente el dolor por los profundos cortes durante la autopsia. Horrible. Rezo para que este déjà vu no sea una profecía de mi destino.

—¿Y a la chica, cuando voy a examinarla? —pregunta Joel —El cuerpo está muy deteriorado y lo estará más todavía si no nos damos prisa en realizar el examen.

—Ya sabes, novato, esto viene de arriba. Ve a casa y desconecta. Te está empezando a gustar este trabajo y me asustas. —sugiere la mujer.

Se abren y cierran puertas desde algún lugar. Pienso en el siguiente paso, en escapar. ¿Qué harías tú en esta situación? Empiezo a dudar de mi existencia. ¿Estaré muerto en realidad? Hace un frío visceral. Puede que sea el motivo de la voz ronca de la mujer. Necesito calor desesperadamente. Golpeo el aluminio. Espero una respuesta y nadie responde. Al menos sé que estoy a solas. Empujo el cajón con ambas manos y la bandeja se desplaza ligeramente, mostrándome la anhelada libertad. Demasiado fácil, pero mejor para mí. En la sala hay poca luz, sin embargo, no pueden ocultarse las mesas manchadas con sangre. Cinco, pero solo en dos de ellas hay un cuerpo, envueltos con abismos de plástico negro y en un letargo eterno. El olor es nauseabundo. Me siento sobre el suelo, tiritando de frío y sin nada de ropa. No tengo puesta la venda que cubría mi herida de bala, ahora reemplazada por puntos de sutura mostrados al mundo. Ya no me duele la herida, se ha cerrado bien, aunque el desgaste físico es monstruoso.

Necesito un respiro, por dios. Quizás, más tarde. Tengo que revisar el lugar detenidamente. Me duelen con fuerza el corazón y el estómago. Algo se retuerce dentro de mí, intentando salir. Mi esófago se mueve violentamente. Expulso el contenido de mi interior y me quemo la garganta. Vomito varias veces, dejándome un sabor agrio en el paladar. Los restos de comida y fluidos estomacales se desplazan en todas direcciones sobre el suelo. ¿Un momento? Recuerdo las palabras del chico. La joven... ¿La joven? ¿Será Vanessa? ¿Me atreveré a examinar sus restos? Cielo santo... El simple hecho de pensar en ello me resulta repulsivo. Por debajo de una de las bolsas para cadáveres asoma un pie con una etiqueta colgando. Judith Hall. Aún conserva su antiguo nombre, eso significa que no la han tocado desde el fatídico día de su muerte.

Tengo que ser fuerte y hacerlo a toda velocidad. Abro la bolsa y veo el cuerpo quemado, con la piel deformada, de plástico derretido. Sus ojos son de un negro perfecto. Observan el techo, asustados. Huele como la carne podrida de un restaurante barato.

—Hola, chaval. Al fin has despertado. —escucho.

Teniendo en cuenta el lugar en el que estoy, no me he hecho de vientre de milagro. Me doy la vuelta muy suavemente, aterrado. Una mujer ruda come una manzana apoyada en una mesa. Sonríe levemente. Debe rondar los cuarenta años. Es muy morena y su mirada me asusta. Creo que encajaría mejor en el ejército que aquí. Lleva puesto un uniforme blanco. Tiene la voz ronca debido al frío. Es la mujer que escuché antes.

—¿Es usted doctora? —pregunto.

—Forense. —corrige —No te asustes, estoy en tu bando. Vengo de parte de Raquel. No estás aquí por casualidad.

—No entiendo nada. Hace un momento estaban interrogándome y ahora me he despertado en una morgue. Expílicate o me volveré loco.

—Raquel ha contactado conmigo. Es una gran amiga mía.

—¿Qué tipo de amiga?

—Una gran amiga, y punto. A nadie le interesa mi vida privada. Ella quería información sobre la autopsia de Judith. Me sorprendió que me la pidiera, así que la hice de forma superficial antes de recibir la orden y descubrí algo extraño.

—¿Qué fue?

—Tendrás que descubrirlo por ti mismo. —sujeta la cabeza del cuerpo con sus guantes azules —Ponte unos guantes y mete la mano en su boca.

¿Cómo?

—¿Me pides que haga qué? —pregunto sorprendido.

—No sé si eres sordo o idiota. Mete la mano en su boca.

—¿En serio tengo qué...?

—Mira chico, estás desnudo y congelado. O metes la mano en su boca ya o te dejo aquí para que tu cacahuete se encoja y mueras de hipotermia.

—Está bien, como quieras.

Me pongo unos guantes. El cuerpo sobre la camilla está irreconocible. Sujeto la barbilla con dos dedos. Joder... que asco. Abro la boca de Vanessa despacio. Miro en el interior. La mujer me interrumpe.

—¿Notas algo curioso? —me pregunta.

—Sí... dos dientes, solo tiene dos putos dientes.

—¿Qué significa?

La mujer aparta mis manos de la boca de Vanessa, se quita los guantes, los tira a la papelera y me indica que me quite los míos.

—Significa que este no es el cuerpo de tu chica. Es el cuerpo de una mujer de más de setenta años.

—¿Vanessa está viva?!

—Puede. Al menos no murió en el incendio. No sé quién es la anciana que tenemos aquí, pero tu chica no es, desde luego. Cuando se lo conté a Raquel y supe que llegabas, tuve que hacer algo para ayudarte. Eres inocente, de eso no hay duda. Me colé en la sala de interrogatorios y eché un suero en tu vaso de agua que te provocaría una catalepsia. Te haría pasar por muerto, al menos temporalmente.

No sé qué decir, me ha salvado el culo.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Linni. Es posible que me escucharas antes hablando con mi compañero. Me ha costado quitármelo de encima. Bien, el tiempo pasa deprisa y tenemos que movernos. Pongámonos en marcha.

Abre una de las taquillas y me pasa un uniforme. Me lo pongo deprisa.

—¿Por qué me ayudan después de lo que ha pasado con Data? —pregunto.

Se hace un corto silencio.

—Por lo visto, James y Raquel vieron la llamada del teléfono, aunque un poco tarde. Si te hubiesen escuchado un poco no habrías pasado por esto. —explica —Por cierto, ¿te queda mucho, chico?

—No, no. Ya estoy. —le digo —¿No te meterás en problemas cuando vean que mi cuerpo no está?

—Tranquilo, he salido de peores, solo tengo que rellenar unos documentos y estarás incinerado, no literalmente, claro. Es cosa mía.

—Ya estoy.

—Estás muy elegante, Alan. —dice. Pura cortesía, no lo estoy —Vámonos, deprisa. Colócate la identificación. Sal conmigo y nadie se fijará en ti. —salimos por la puerta del vestuario. Hombres de uniforme se cruzan por ambos lados. Me ignoran. Por lo que percibo, le tienen pánico a Linni y no se acercan. No me extraña, parece una mujer dura —Sígueme con cuidado y sin llamar la atención.

Asiento. Mis manos sudan como si se cocieran a fuego lento. Algunas gotas de agua salada se desprenden de mis dedos, precipitándose hacia el suelo. Huelo la libertad. Algunos presos esperan su turno sentados en un banco, esposados, añorando el libre albedrío y a sus familiares que esperan desde la frialdad de su hogar. Continuamos.

—Ya casi está. —susurra Linni —Aguanta un poco más.

Veo la salida con un cartel verde luminoso que confundo con las puertas del cielo. La deseada luz del día me ciega. El sabor de la calle es diferente e igual al mismo tiempo, como la primera noche en la cama con una chica nueva; te retuerces con ella, inhalas su aroma y con tus manos experimentas un tacto único. Un vehículo espera al otro lado de la calle. Llegamos a él. James sujeta el volante, sonriente y confiado.

—No hay tiempo para saludos. —dice Linni —Iros deprisa, antes de que vean que no estás.

—Siéntate en el asiento trasero y mantente agachado, Alan. No quiero que nadie te reconozca. —me pide James. Obedezco. Entro y me tumbo —Adiós, Linni. Le diré a Raquel que todo ha salido bien gracias a ti.

—Eso espero. —dice.

Arranca y nos movemos. Recorremos un largo camino antes de que James hable.

—Siento haber desconfiado de ti, amigo. —se arrepiente.

—No tienes que disculparte. Linni me ha contado lo que os dijo. De hecho, lo he visto con mis propios ojos. El cadáver que tienen no es de Vanessa.

—Sí, me sorprendió mucho, posiblemente sigue viva. Ahora tenemos un problema, hemos llegado a un callejón sin salida.

—No, sé dónde tenemos que ir. Lo vi en la pantalla, tras la sangre de Data. Vamos a la iglesia donde creció Vanessa, junto al acantilado.

—Bien, miraré en el mapa y le mandaré las coordenadas a Raquel.

Buscamos el lugar. Aparece, aunque teóricamente está abandonado. Eso no nos importa y nos ponemos en marcha. Le manda las coordenadas a Raquel. El lugar está a unas dos horas. Pasamos casi todo el camino en silencio. Cuando estamos a menos de cinco minutos, un coche patrulla nos hace las luces para que nos detengamos.

—Mierda, un coche patrulla nos hace luces. —dice James —Casi hemos llegado al desvío.

Decelera con suavidad.

—No pueden verme, James.

—Tranquilo. Levanta disimuladamente el respaldo del asiento trasero y entra en el interior del maletero. No te ocurrirá nada, ya lo verás.

Así lo hago. Me retuerzo como un reptil y me escondo, comprimido. El vehículo se para. El maletero está en la más absoluta oscuridad.

—No tiene pinta de policía, tiene el uniforme demasiado ajustado. —susurra James —Hay que guardar las formas para no llamar la atención.

No veo nada desde mi ofuscada posición, pero lo escucho todo con una claridad cristalina. Se escuchan fuertes disparos que rompen la luna delantera, y los consecuentes gritos de James, luchando por sobrevivir. Salgo de mi escondite a toda velocidad. Abro la puerta para ver quién ha disparado a James. El viento sopla sobre mi cabello, despeinándome. Busco por los alrededores al verdugo, entre carretera, árboles y matorrales. Nadie por ninguna parte. Vuelvo para socorrer a James que pierde mucha sangre.

—¡Mierda! —grita —¡Ese hijo de puta me ha dado en el hombro y ha salido corriendo!

—¿Ha sido quien yo creo?! —pregunto.

—¡No me jodas! ¡¿Quién coño quieres que sea?! ¡Seguro que es el hijo de puta que estás pensando! ¿Quién más tendría un motivo para dispararme?

—¿Le has visto la cara?

—No, ha sido muy rápido. Llevaba puesto un uniforme de policía. No sé de dónde lo habrá sacado. —James da un grito épico —¡Mierda, me duele mucho!

—¡Aguanta un poco! —suplico. Coloco una gasa en la herida y hago toda la presión que puedo —¡Voy a coger tu teléfono para llamar a Raquel!

Saco el teléfono y llamo.

—Dime James. —contesta.

—¡Raquel! —grito —¡Han disparado a James en un hombro y está malherido!

—¿Qué?!

—¡No sé qué hacer!

—¡Alan, cálmate! ¡Aprieta la herida lo más fuerte que puedas y en cinco minutos llego! ¡He salido cuando James me ha mandado la ubicación! ¡Estoy muy cerca!

—Bien, bien. Así lo hago. —le digo —Date prisa, por dios.

Cuelgo.

Tiemblo, asustado.

James pone su mano sobre mi hombro.

—Alan, márchate. —dice —Debes ir, es por ese camino.

Señala un sendero que se pierde entre la niebla.

—Estaré contigo el tiempo necesario.

—No te preocupes por mí, estaré bien. Me ha dado en el hombro, pero sobreviviré. —me tranquiliza —Ve y resuelve esto de una puta vez.

—No me pienso ir. Estaré aquí hasta que llegue Raquel.

—Eres un cabezota, Alan. Raquel está al caer y yo estoy bien. —me dice. Ciertamente, la herida apenas sangra —Vete, estoy a salvo. Te lo debo. No te preocupes.

A lo lejos, tras unos diez minutos, llega el coche de Raquel.

—Está bien. —acepto —Voy haciendo camino. Luego nos vemos.

Tapa su herida con la gasa. Sus manos y el asiento del coche están manchados con sangre.

—Caza a ese hijo de puta, Alan.

*La verdad no siempre está delante*

Mis pies lloran de dolor al arrastrar largas filas de cansancio.

¿Qué hay al final del camino? No tengo ninguna idea.

Al fin, tras una interminable caminata veo algo entre las sombras. Es un robusto edificio con una cruz en lo alto, como en mis sueños. Aquí está, el orfanato. De alguna forma siempre lo supuse. El atacante de James puede estar siguiéndome, vigilo todo lo que me rodea. Llego a la puerta, dolorido por la herida de bala, con la cara todavía magullada por la paliza de los policías y cansado por el viaje hasta este lugar. ¿Estará escondida Vanessa aquí? Salto la verja y aterrizo al otro lado del muro dando un fuerte golpe sobre el suelo. Me acerco a la entrada. Es una vieja puerta de madera sin cerradura, abierta por el desgaste de los años y por el maltrato recibido de los vagabundos que buscan un refugio cálido.

Entro.

Todo está en total oscuridad. Palpando, recorro un largo pasillo. Toco muñecas abandonadas con el pie y bicicletas oxidadas con las manos. Poco a poco, mi vista se acostumbra a la oscuridad y me permite distinguirlo todo con más nitidez. El lugar está abandonado, desolado y sin ningún rastro de vida. Subo al primer piso. Ninguna señal de Vanessa. Me acompañan algunas habitaciones vacías, papeles rotos tirados por el suelo y rallos de luz lunar entrando a través de los huecos de las persianas deterioradas y mugrientas. Justo cuando estoy al borde de la desesperación y la locura, escucho un ruido proveniente del sótano, un ligero, pero perceptible sonido. ¿Ratas quizás? Tengo que comprobarlo por mí mismo.

Vuelvo sigilosamente. No quiero asustar al inquilino que se esconde tras una máscara por la noche. Examino la sala principal. Escucho otro ruido bajo mis pies. Quiero bajar al sótano, pero no encuentro la entrada.

Unos niños reclaman mi atención, unos niños que me miran tras una foto que está adjuntada con un clip a una ficha personal. Encuentro decenas de fichas sobre la mesa de recepción, cada una diferente de la otra, pero todas iguales en su tristeza. Aparto la silla que protege la mesa y un eco hueco surge bajo ella.

¿Pero qué coño...?

Una pequeña cuerda se oculta tras toneladas de polvo. Al tirar de ella, se muestran las escaleras al sótano. Bajo sin dudar y llego al almacén donde las monjas guardaban los colchones y las sábanas para los niños, ahora llenas de mugre y manchas amarillas. Hay muchas puertas a mí alrededor. Tengo que ser paciente y examinarlas una a una. Escucho un crujido que llega de detrás. Me doy la vuelta y, al instante, una pequeña rata sale huyendo asustada por mi presencia.

Solo ha sido un leve sobresalto, menos mal.

Otro crujido cerca, esta vez por delante. Una ligera luz sale por debajo de una de las puertas. Me acerco a comprobar, alertado. Llego y la abro despacio. Una vez dentro, encuentro estanterías con comida enlatada de todo tipo, carnes envasadas, sopas, legumbres, otros alimentos esenciales,

frutas y verduras. En el suelo hay decenas de botellas de agua, zumos y refrescos. En el otro extremo de la habitación reposan paquetes de jabón, detergentes y utensilios de cocina. Creo estar en un búnker nuclear en miniatura.

En un rincón, entre una cama y una mesita con una minúscula televisión, alguien tiembla.

—No es posible, ¡estás aquí! —exclamo emocionado —Joder, ¡Estás viva!

Vanessa tiritita sobre el suelo, con las piernas plegadas en posición fetal. La abrazo con mucha fuerza, sollozando por la emoción.

—No has debido venir. —susurra.

Sus ojos se abren de par en par.

Alza el brazo y señala detrás de mí.

No tiembla de frío.

Recibo un golpe seco en la nuca.

Pierdo el conocimiento.

*Última ración de adrenalina*

La lluvia no para de caer. El mar se escucha cerca y embravecido. Alguien me arrastra silbando una canción lenta mientras un hermoso cielo nublado y brillante se extiende frente a mis ojos. Las rocas pasan por mi espalda con un masaje desagradable. Estoy atado y muy malherido. Me ha tratado como a un perro moribundo.

Tras remolcarme, pega mi culo a un árbol y ata mis manos alrededor. Vanessa respira. También está atada a un árbol a apenas dos metros, tan cerca que casi la toco con la punta del pie.

—Vanessa... —digo, afónico por la paliza y el desgaste físico —Vanessa... escúchame.

—¿Alan? —me susurra.

Apenas puede levantar la cabeza y hablar. El señor Stillman la ha drogado apropiadamente. El monstruo que queríamos cazar nos ha dado caza a nosotros. Tiene la cara limpia, el pelo engominado y muy bien peinado. Parece que se ha arreglado para la ocasión. Se pone unos guantes de látex y saca una pistola semiautomática. Coloca el cargador lleno de munición y tira del pasador para cargar el primer cartucho. Si la utiliza debidamente tendrá suficiente con un disparo para liquidarme.

Le hablo. Necesito algunas respuestas.

—¿Señor Stillman, puedo hacerle una pregunta?

—¿Qué sentido tiene preguntar algo cuando estás a punto de morir? Aunque de perdidos al río, ¿verdad? Adelante.

—¿De quién era el cuerpo que encontraron?

—Eso no me lo preguntes a mí, —se acerca a Vanessa —pregúntaselo a tu chica.

—¿Qué quiere decir? —pregunto.

Apoya la punta del arma sobre la barbilla de la debilitada Vanessa. Su piel está muy pálida y babea.

—Vamos, mi niña. Dile la verdad a Alan. Quiero ver su cara de sorpresa antes de que muera. —dice Barry. Sin dejar de apuntar a Vanessa, se gira y me mira con sus ojos oscuros —¿Sabes? Tu chica me ha contado como lo hizo todo.

—No sé de qué me hablas. —murmura Vanessa.

Barry tira del martillo de la pistola y la situación se tensa en mi contra.

—Dile lo que me has contado o aprieto el gatillo. —la amenaza.

Vanessa levanta la cabeza. No puedo verla así, tan deteriorada.

—Mi amor... lo siento. —se disculpa —Yo quemé tu casa, lo hice para estar a salvo de mi padre.

—¿¿Qué?! —me sorprende.

—El me llamó la noche anterior al fuego para buscarme y yo no supe qué hacer. Es un hombre muy peligroso, pero creo que ya te has dado cuenta de eso. —me explica, asustada. Apenas puede hablar —En cuanto te fuiste a trabajar pedí ayuda a nuestra vieja vecina, a la anciana cotilla que

tanto odias. Solo yo me preocupaba por ella y me hizo una copia de las llaves de su casa para emergencias, pero la encontré muerta. No tuve elección, así que dejé su cuerpo en nuestra casa y lo quemé todo. Tenía que desaparecer y la muerte de la anciana me ayudó fingir mi muerte.

Barry ríe.

—Mira, le viene de familia. —me mira extrañado —Hey, yo no tuve nada que ver con la muerte de tu vecina, y lo digo en serio, no me mires así. La gente mayor muere, es ley de vida.

—No es posible, la vi mirando por su ventana, vi sus ojos. —le digo a Vanessa.

Barry interrumpe.

—Creo que tengo algo que decir a eso. Me viste a mí. —levanta el dedo y se señala a sí mismo —Mía culpa. No sabía que había muerto, creía que la casa estaba abandonada. Al poco de llegar se escucharon las sirenas y decidí esconderme. Desde ese momento me has guiado hasta el escondite de Vanessa sin saberlo. Muchas gracias, chaval.

—Mi vida, ¿dices la verdad? —pregunto a Vanessa. Asiente —No te preocupes por la casa. Saldremos de esta y empezaremos de nuevo.

Barry gruñe al levantarse, es demasiado viejo. Se acerca y me apunta de pie con el arma.

—Bien, joven camarero, te concedo el honor de mirarla por última vez. Dentro de poco será mía. —amenaza —Vas a morir en breve.

El agua suena en lo profundo.

—¿Vas a arrojarme al acantilado? —balbuceo.

—Vaya, ahora que lo mencionas tienes razón. —corrige Barry —Tenía pensado pegarte un tiro en la puta cabeza, pero supondría manchar un árbol con tu sangre y ya sabes lo que eso supone, restos, pruebas y policías. En definitiva, problemas innecesarios. Quería sentir el subidón que produce matar a alguien mientras lo miras, pero que le voy a hacer. Ya lo haré en otra ocasión.

—Ya has disparado al alguien mirándole, disparaste a James y Data. —corrijo.

—Vamos, hombre, no seas delicado. —presume Barry —Solo ha sido un disparo en un hombro, no morirá por eso, no es tan blandengue como tú, y tu amigo friki... me lo puso en bandeja. —el tiempo se oscurece —En fin, se acerca una tormenta y el mar se está agitando, tenemos que aprovechar el mal tiempo para hacerlo.

—Eres un ser infernal. —le digo.

Me levanta por el cuello de la camisa y me lleva a rastras.

—Lo sé... —abre los brazos —Somos como nos dicta nuestro corazón. Tú eras un simple camarero, pobre y sucio, y ahora eres un joven valeroso que morirá por su amada. Deberías estar orgulloso.

Me coloca al borde de una gran caída.

—Salta. —me amenaza.

Miro a Vanessa. Está inconsciente, su cuerpo no aguantó más. Dragones y demonios vuelan en espiral sobre un torbellino de lava al fondo del abismo.

No siento miedo...

Escupo en su ojo derecho y doy en el blanco. Salto maniatado y hago crujir con mi frente su tabique nasal. Llevado por el descontrol, Barry dispara a ciegas y la bala sale por mi espalda, probablemente atravesando el hígado, pero no me detengo. El fuerte retroceso desorienta su mano y su orientación, dándome unos pocos segundos vitales. Segundo disparo. Esta vez impacta más arriba, concretamente en el hombro, atravesándolo, pero no me detengo. Estamos al borde de una vertiginosa caída. Coloco mi cabeza en su estómago y empujo. Forcejemos con furia, ambos desorientados. Apunta con el arma en mi pecho y dispara. Me resbalo con mi propia sangre, pero no me detengo. No hay marcha atrás y acepto la verdad. Doy un fuerte grito y empujo como un

espartano con mi último aliento.

Ambos caemos.

Una fuerte ola me sacude y me hundo. No puedo nadar con las manos atadas, sin embargo, me esfuerzo por subir con mis piernas. Barry consigue agarrarse a una roca y me hunde con sus piernas. Mi instinto de supervivencia aflora y rompo las ataduras. Clavo las uñas en Barry, pero es inútil.

No consigo subir. Oxígeno, por favor. El tiempo pasa.

Oxígeno, rápido. Oxígeno...

Ya no hay dolor.

—Hola, gran amigo. —escucho una voz y pasos bajo el agua.

El pequeño Alan camina entre el brillante líquido de la vida. Se acerca sonriente y juvenil.

—¿Estoy soñando otra vez? —pregunto.

Ríe dulcemente.

—Más o menos. —extiende su brazo —Ven, quiero mostrarte algo.

Al tocarme, un inmenso huracán dorado crea una puerta de madera. Se abre con un sensible chirrido.

—¿Debo entrar? —pregunto.

—Debes entrar.

Le sigo al interior. Al parpadear veo mi querida habitación. Vanessa me acaricia el pelo con dulzura mientras yo sueño. Ella me susurra y yo duermo como un tronco. Murmura historias de su pasado, cuentos de sus tormentos, de su vida. He ahí el momento en el cual se introdujeron en mí, noche tras noche.

—Buenas noches, mi vida. —dice Vanessa —Mañana te contaré más. Ojalá pudiésemos hablar con sinceridad, pero debe ser así. No quiero que pongas en peligro tu vida. Te amo tanto...

—Éste es mi mayor secreto, aquello que he intentado proteger con fiereza de ti. No podías saber la verdad hasta este momento. —explica el pequeño Alan.

—No te preocupes, ahora lo entiendo.

Todo se agrieta con una cegadora luz dorada. Abrazo al pequeño Alan. Entra agua por todas partes.

—Tengo que irme, ¿verdad? —le pregunto.

—Todavía no, —me responde —puedes despertar una vez más, pero después tendrás que volver.

Agua y vida.

Nado hacia la superficie y Barry toma forma por encima de mí. Agarro su tobillo y lo hundo conmigo. Mi enemigo lucha por salvarse arañando la roca, golpeándome con el talón en la cabeza, zarandeándose alocadamente. Mi cuerpo cae al fondo del mar y mientras el agua se oscurece veo a Barry. Está muy débil y las rocas muy blandas. No tarda en resbalar.

Nos hundimos juntos para siempre.

Al fin un descanso.

Estoy listo.

**Judith Hall — Vanessa Stillman***Le pertenecerás a esta roca para siempre*

Camino unos pocos pasos y llego al acantilado que se muestra ante mí como un dios. Hace un frío insoportable, igual que hace un año. El viento sopla con fuerza. La tumba de Alan es el mundo.

Alguien se acerca. No puedo ver su cara, se protege del frío encogiéndose con su chaqueta. Creo saber quién es.

—Hace mucho que no nos vemos. —me dice —¿Qué tal estás?

Suelto aire con delicadeza.

—Voy superándolo, James, pero aún tengo pesadillas. Me cuesta mucho aceptar cada día que ya no está, ni estará.

Ambos miramos al horizonte, movidos por el viento.

—Sabes que Raquel y yo somos tus amigos, estaremos contigo cuando nos necesites, es lo que Alan habría querido. —consuela James —Ya le fallé una vez, no volveré a hacerlo, lo prometo.

—Tú no le fallaste, yo sí. —explico.

—¿A qué te refieres?

—Nunca quise que le ocurriera nada malo, no imaginé que se inmiscuiría tanto en buscarme. Yo le amaba, él era mi puerta de escape del dolor y ahora ya no está. No sé qué hacer.

—Vanessa, lo que le pasó a Alan fue por su propia decisión, tú no eres culpable. De hecho, yo intenté detenerle en varias ocasiones, pero no hubo manera de hacerle entrar en razón. Ahora, tú estás aquí gracias a su locura.

Sonrío.

—Lo sé, tienes razón, —asiento —pero no puedo evitar sentirme culpable.

—Date tiempo, es natural. Si quieres sentirte mejor deberías hacer algo que le honrase.

—¿Cómo qué? —pregunto.

—No lo sé, eso depende de ti, pero deberías buscar un camino a seguir.

James se toca el hombro.

—¿Aún te duele la herida del disparo de mi padre? —pregunto, preocupada.

—Los días como este sí, cuando hace tanto frío.

—Siento lo que pasó, sinceramente. En el fondo está mejor muerto, era un monstruo. Abusó de mí, de una niña huérfana.

—¿Siempre fue así? —pregunta James.

—No, siempre no. Al principio, cuando me adoptaron y mi madre vivía, mi padre me cuidaba bien. Reía y jugaba mucho conmigo. Fue al morir mi madre cuando todo cambió gradualmente. Empezaron los gritos que se convirtieron en palizas y terminaron en quemaduras de cigarro.

—¿Alan nunca vio esas quemaduras?

—No las habría visto, aunque hubiese querido; las disimulé con pequeños tatuajes. Brazos,

piernas, estomago... Creía que vivía en una pesadilla, aunque lo peor estaba aún por llegar. Cuando cumplí trece años dejó de verme como una niña.

James interrumpe.

—Ya, conozco los detalles, no es necesario que los cuentes.

—Desesperada, acudí a la policía. Mi padre, arruinado por el juego y la prostitución, desapareció. Lo dieron por muerto. Me quedé con lo poco que le quedaba e intenté rehacer mi vida, hasta que recibí una llamada suya. Me asusté tanto que escapé y busqué a Raquel, la única persona que me quedaba. Gracias a ella pude sobrevivir en un piso de alquiler, pero volvió a encontrarme mi padre. Alan se fijó en mí. He de reconocer que al principio solo lo utilicé, pero con el tiempo se ganó mi confianza y me enamoré de él. Por su seguridad no me atreví a contarle cara a cara mi historia, así que lo hice mientras dormía.

—Y él se aseguró de recuperar tus recuerdos a través de sus sueños. —explicó James.

—Sí, eso parece. Gracias a eso ahora estoy aquí, viva.

**Barry Stillman***Rebobinando*

La librería abandonada apesta. Descuelgo y hablo.

—¿Dónde estás? Tardas mucho.

...

—Sí, creo que ya se ha calentado el agua, dúchate tu primero si quieres, yo necesitaré más tiempo, lo haré otro día.

...

—¿Has comprado lo que te dije?

...

—¿Qué para que lo quiero? ¿Has visto la barba que tengo? Seré un mendigo, pero también puedo ser limpio. De vez en cuando no viene mal limpiarse la cara.

...

—¿La gomina? Pues porque tampoco viene mal arreglarse el pelo.

...

—Vale, vale, está bien.

...

—Está la cena lista, date prisa que tengo un asunto que resolver.

...

—Ni te lo imaginas. Tengo ganas de volver a verla, sí.

...

—¿El chico? Su pierna está bien, se va recuperando. Sigue inconsciente. Ha tenido suerte, los colchones le han salvado. Se ha hecho un pequeño corte en la pierna. Ahora mismo se lo iba a coser.

...

—Me da pena. No es mal chico, pero parece desorientado. Creo que con nuestra ayuda encontrará un camino.

...

—Date prisa y no tardes.

...

—Bien, nos vemos pronto, Mathew.

Cuelgo. Mathew todavía cree que me llamo George.